FELICIDAD^2

EXPONENCIAL

Ana Galera

1.

Todo empezó el día que me di cuenta que apretaba la mandíbula y frotaba los dientes, y me di cuenta porque no era la primera vez. Era algo que había hecho a menudo durante mi adolescencia consumida por la ansiedad de no entender este mundo. Así que no me venía de nuevo, reconocía ese síntoma. Lo que me sorprendió fue por qué entonces. Yo iba en el Metro hacia el trabajo, como cada día. Como cada día el metro iba atiborrado de gente, pero ya estaba acostumbrada a eso, solía concentrarme en alguna lectura y ni me enteraba. De pie agarrada a la barra, con la mirada en mi Tablet por entonces repleta de novela fantástica. Leía novelas fantásticas, no porque el género me entusiasmara, salvo el Señor de los Anillos (un clásico) y algunas pocas más que se salvan, me parecen infantilmente dramáticas y poco interesantes. Pero estaba interesada en el género fantasía porque me había enrolado como programadora en un proyecto de videojuego con temática fantástica. Él guión me parecía una mierda, pero cómo programadora no tenía mucho que opinar sobre eso, así que trataba de saber más del tema para ver si en verdad, el guión no era tan malo, sino que estaba a la par con las historias de fantasía corrientes.

Entonces un día, como tantos, tan bueno y tan malo como cualquier otro, haciendo lo mismo de siempre, en el metro leyendo, me di cuenta que apretaba las mandíbulas y frotaba los dientes. ¿Pero por qué? Es un síntoma clarísimo de estrés. La tensión se acumula en todos los músculos de nuestro cuerpo y empiezan a trabajar de modo automático fuera de nuestro control. Qué os voy a contar del estrés, seguro que todos sabéis de que hablo. En fin, como no me venía de nuevo y sabía que en vez de una férula de descarga en los dientes, o algún ansiolítico que te deja aturdido, era mucho más eficaz encontrar la causa de estrés, empecé a repasar mentalmente. Lo primero que me vino a la mente fue que no era feliz. Que por eso frotaba los dientes, por eso me consumía la ansiedad, porqué no era feliz. ¿Pero por qué no? Hasta ese mismo instante me creía feliz. Tenía un trabajo que me gustaba, no era el mejor del mundo, pero hacia lo que siempre me había gustado hacer: jugar con ordenadores. Quería a mi novio, también informático, al que conocí en la Universidad y llevábamos diez años viviendo felizmente juntos. Nuestra relación tenía el equilibrio

perfecto de amistad y confianza. Nos conocíamos lo bastante como para coordinarnos en todo momento y teníamos unas muy cómodas y razonables dosis de sexo. Todos los domingos por la mañana, el día en el que estábamos más relajados y lo disfrutábamos más, y algún día entre semana al azar para dar un pequeño toque de espontaneidad y excitación. Bueno, en realidad no era al azar, era rotativo, cada semana echábamos un polvo tres días después del día en que lo habíamos hecho la semana anterior, pero Víctor, mi novio, creía que era al azar. Y a mí me hacía feliz saber de ante mano cuando tocaba sexo. Me gusta poder prever y mantener las cosas bajo control. No podía ser más feliz.

Tal vez era lo del videojuego que me estresaba. Pero pensando en ello no, porque era algo que me hacía ilusión. Siempre había querido hacer un videojuego y meterme un poco en otros campos de la programación. Así que el videojuego me hacía incluso más feliz. Sólo había una cosa a la vista que me daba una pereza tremenda y era la boda de una prima mía. La boda iba a ser en un par de semanas y mi madre y mi hermana no paraban de comerme la olla con el tema: que sí ya tienes el vestido, que si ya le has hecho regalo a tu prima, que por supuesto que tienes que ir, cómo no vas a ir a la boda de tu prima. Ese tema sí me ponía de mal humor. Y mientras mi madre y mi hermana me agobiaban mi padre, por supuesto, no se manifestaba. Para variar, él era lo más parecido a un mueble, ya jubilado, a lo único que le prestaba atención era a la televisión. Sí, tal vez era esa dichosa boda.

Mi hermana, Elisa, machacándome sobre como debía ir vestida, y que ni se nos ocurriera a mi y a Víctor no ir bien combinados, que con lo hortera que somos ni siquiera nos molestaríamos en que su corbata tenga un color parecido a mi vestido. ¡Pero que tontería! Claro que para ella eso era muy importante, y cuando yo le decía que no me importaba nada, ella se ponía dramática diciendo que yo tengo la suerte de tener novio y poder hacer esas cosas, que ya le gustaría a ella ir combinada con su ficticio novio. Y es que mi hermana, mayor que yo, a pesar de todos los novios que tenía nunca tenía novio. No sé muy bien por qué. Si alguna vez, después de que se quejara de no ser capaz de encontrar pareja, le preguntaba por qué, aún se enfadaba conmigo por preguntar. Su frase favorita era: “Mónica, es que tú no entiendes nada, eres un bicho raro”. Mi hermana era una infeliz profesional.

Y mi madre: que ni se te ocurra hacer nada raro, nada de vestirte con traje y corbata, te pones un vestido bonito como Dios manda. Y a ver que dices, que te conozco, nada de soltar una de las

tuyas. No sé por qué mi madre siempre ha estado muy preocupada por lo que los desconocidos puedan opinar sobre ella y nunca le ha importado mucho mi opinión. Extraño ¿no?

Pues estaba yo en el metro repasando mentalmente todo esto y entonces lo vi claro. La solución llegó así de repente, como suele llegar. Dicen que eso es realmente la creatividad: la capacidad de encontrar soluciones innovadoras. Y una vez te llega la idea, la solución, no sabes muy bien como ha llegado, ha aparecido de repente, porque parece ser que nuestra mente hace una asociación de ideas aleatoria y desorganizada, pero eso es en sí la creatividad. Cazar ideas al vuelo. Por eso, en momentos de mayor "inconciencia" como cuando soñamos, nos ensoñamos o consumimos algún tipo de droga es más fácil que nuestra capacidad creativa de asociar ideas dispares se ponga en marcha.

Pues ahí estaba el problema y la solución: no era que yo fuera infeliz, es que me hacían infeliz. Es que había demasiada infelicidad a mi alrededor. Yo me lo había montado bien, pero mis allegados no. No es mi culpa, pero desgraciadamente los seres humanos somos animales sociales y vivimos interconectados y nos afectamos unos a los otros. Concretamente, una persona cercana infeliz te resta un 7% de felicidad. Mientras que una persona feliz a tu alrededor incrementa un 15% tus posibilidades de ser feliz. Así que, en realidad, y aunque me fastidiaba, el problema era la infelicidad que pululaba a mi alrededor, y aunque fuera porque no se lo han sabido montar bien, a diferencia de mí, su infelicidad me afectaba, así que tenía que hacer algo. Si no eran capaces de ser felices, tendría que hacerles yo felices por el bien de mi propia felicidad.

2.

Mi descubrimiento, de algún modo extraño, me entusiasmaba. Supongo que a nadie le hace feliz descubrir que no es feliz, pero en verdad yo sabía que no era culpa mía. Así que podía enorgullecerme de que yo había cumplido con mi parte. La culpa era de los demás. Igualmente, y esto era lo que me entusiasmaba, una vez localizado el problema, ya hay una forma de solucionarlo así que, manos a la obra.

Llegué a casa con ganas de contarle todo esto a Víctor, él que me entendía mejor que nadie en el mundo, era quien más me podía ayudar. Mi intención era hacer un *brainstorming* con él para ver que problemas tenían la gente a mi alrededor y cómo solucionarlos.

—Víctor, me he dado cuenta que no soy feliz.

—¿Cómo? —dijo él muy extrañado.

Para mi sorpresa Víctor estaba bastante sorprendido. Pero le expliqué que no era tanto que yo no fuera feliz si no la gente a mi alrededor. Por ejemplo Elisa, mi hermana, era tan amargada que era imposible que no acabara por amargar a otros. Ahí sí me dio la razón, Víctor solía burlarse bastante de mi hermana. La llamaba la *fashion* o la *cougar* porqué tenía treinta y cinco pero se comportaba como una cincuentona que no para de tirarse a jovencitos y se lamenta por no encontrar el amor de su vida. En su caso era simple, un novio era lo que necesitaba. Bueno, no era tan simple, novios tenía muchos pero, por alguna razón o por otra, nunca eran los suficientemente buenos. O tal vez ella no era lo suficientemente buena o…la verdad es que nunca supe bien cuál era el problema.

Mi madre, otra amargada profesional. Parecía estar siempre de mal humor, todo le molestaba y por todo se quejaba y echaba broncas. ¿Qué le pasaba a ella?

—¡Ya sé! Está enamorada. Más bien, tiene el corazón roto.

—¿De que hablas? —preguntó Víctor.

—¿Sabes? Cuando yo era adolescente, quince años, algo pasó. A mí me lo ocultaron pero bueno, hubo mucho revuelo en mi casa, mis padres estuvieron a punto de separarse.

—¿Por qué?

—Creo que mi madre tenía un amante y la pillaron. Tal vez sigue enamorada de su amante, por eso esta siempre tan de mal humor. Lo hecha de menos.

—Pero Mónica, eso pasó como hace quince años. Ya se habrá

más que olvidado del tipo.

—O tal vez no. Seguro que Elisa sabrá algo más. Ella era más mayor que yo, y bueno, ella siempre ha estado más pendiente de todo lo que pasaba en casa. ¿Le preguntaré?

—¿Y tú padre?

—No sé. A ti te parece que es feliz.

—No. —dijo Víctor riendo.

—Ya, a mí tampoco. Pero… no sé nada de él. No tengo ni idea de que pasa por su mente. Sólo sé que le gusta mucho ver películas. Es más, en toda mi vida todos los momentos que hemos compartido juntos han sido viendo películas en casa o en el cine.

—Pues cómprale una tele nueva, bien grande, y ya verás que feliz será.

—¡Claro!

—Era broma.

—Pero tienes razón. No todo el mundo es tan complicado ¿sabes? Hay gente que es feliz con poca cosa.

Mi padre estaba resuelto. Mi hermana y mi madre serían más complicadas, pero lo mejor era preguntarles directamente. Quedaba también mi amiga Laura. Era la única amiga que tenía, todos mis amigos eran chicos, compañeros de trabajo. Pero Laura y yo éramos muy amigas de niñas, en el colegio. Sin embargo, con la edad nos fuimos distanciando mucho y cada cual tenía intereses muy diferentes. Ahora nos veíamos una o dos veces al año como mucho, y porque ella me llamaba. Pero lo cierto es que me daba muchísima pereza quedar con ella. Tenía tres niños que traía siempre a nuestros encuentros y se limitaba a hablar de lo que su marido le hacía sufrir y lo mucho que quería a sus hijos, todo esto enmarcado por los gritos y jaleo de los niños. Era tremendamente desgraciada y, realmente como amiga no me aportaba nada. Lo mismo podría decir de mi familia, pero parece ser que la familia es la que es y no puedes hacer nada más que aceptarlos. Pero a los amigos los eliges. Así que en el caso de Laura estaba claro. Tenía que cortar con ella.

—¿Vas a cortar con Laura?

—Sí.

—¿Cómo si cortaras con un novio?

—Sí, ¿por qué no? En verdad es lo mismo, se trata de relaciones personales que por una razón u otra dejan de convenirte así que decides cortar. Y así se lo voy a explicar. Nuestra amistad se basa nada más que en pura inercia y tradición. Ella lo entenderá y seguro que estará de acuerdo. Siempre que quedamos, ella me aburre

hablando de niños y yo la aburro hablando de ordenadores. —Víctor asintió.

Un problema menos. Deshaciéndome de Laura y sus interminables lamentos ante una taza de café, ya ganaba al menos un 3% de felicidad. Con la tele de mi padre otro tanto y si al menos conseguía que mi hermana y mi madre también fueran felices yo creo que ya tendría un 40%. El otro 60% lo pongo yo así que 100% felicidad asegurada.

—¿Y tú eres feliz? —le pregunté a Víctor.

—¿Yo? ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, sé que eres feliz. Somos la pareja perfecta. Y tienes un trabajo que te gusta, y hasta donde sé, no te he oído quejarte demasiado por nada. Pero hay gente que esconde cosas, nunca te puedes fiar.

—Pero tú me conoces de sobras.

—No sé, no me fío. Nunca sé si realmente conozco o no a la gente, siempre me confunden.

—Pero a mi sí me conoces. Claro que soy feliz. —se puso un poco más serio. —¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Eres feliz?

—Te lo acabo de decir. No lo soy pero por culpa de la gente de mi entorno.

—¿Pero eres feliz conmigo?

—¡Claro!

3.

Sin perder ni un segundo puse en marcha los primeros pasos razonables de mi plan. La gente suele decir que soy impulsiva, que no pienso las cosas. ¡Claro que las pienso! Muchísimo. Lo analizo todo. Pero una vez ya he sacado mis conclusiones, ¿para que más dilaciones? Mucha gente hace eso, cuando ya han decidido algo, ya han encontrado una solución y saben que deben hacer ante un problema, siguen pensándolo, dándole más vueltas. ¿Para qué? ¿Acaso esperan encontrar mejor solución? ¿No será que esperan que el problema se resuelva por sí solo? Bueno, eso no pasa. Así que mi problema era claro. Demasiado infeliz a mi alrededor, la solución no era fácil pero ya tenía algunos primeros pasos claros. Comprarle una tele a mi padre: eso hice, la compré online y a entregar en su casa el domingo que iríamos a comer y ahí estaría también mi hermana. Así, además, tendría la oportunidad de indagar sobre mi hermana y mi madre. El siguiente paso claro era cortar con Laura. Pensé en enviarle un mensaje al móvil o tal vez un e—mail explicándole el porqué de mi ruptura. Pero luego caí que, igual que cuando cortas con tu pareja, hacerlo por mensaje es cobarde y lamentable. Lo menos que se merecen es una explicación cara a cara. Así que le dije de quedar el sábado, por primera vez en años era yo quien proponía un encuentro. Ella, como siempre, empezó dándome mil excusa, todas tenían que ver con los niños. Esto es algo que nunca entendí. Incluso cuando era ella la que quería quedar, ella misma ponía excusas para no quedar. Era como si en realidad no quisiera verme y, sinceramente, yo no sabía como tomármelo. Una razón más para acabar con nuestra absurda relación. Finalmente, ya el sábado por la mañana, me confirmó que sí que podía, igualmente iba a venir con los niños, así que no sé cuál era el problema al principio.

Yo esperaba no perder mucho tiempo, así que, a pesar de sus típicas preguntas: ¿cómo estás? ¿Qué tal está Víctor? ¿Cuándo os vais a decidir a tener hijos? yo las esquivé todas y fui al grano.

—Tengo algo que decirte, por eso he quedado hoy contigo. No es para charlar. Tengo que cortar contigo. Creo que nuestra amistad no tiene ningún sentido y nos hace perder el tiempo. Además emocionalmente no nos aportamos nada que sea positivo la una a la otra.

—Pero… no entiendo —dijo Laura.

—Pues… eso. Que nuestra amistad está basada nada más que en una costumbre arraigada pero sin ningún fundamento. Es una amistad que no es real y creo que lo mejor es acabar de una vez con ella, como deberíamos haber hecho hace años. —ahora debía entender.

—Pero…

Sin decir nada más a Laura se le encharcaron los ojos y empezaron a caerle lágrimas.

—Pero tú eres mi amiga de toda la vida.

—Mami, ¿por qué lloras? —le preguntó uno de sus niños sentado sobre su regazo.

Ella no le contestó. Fingió tratar de disimular sus lágrimas tan teatralmente que lo hizo todavía más evidente.

—¿No le vas a contestar? Yo también quiero saber por qué lloras.

—¡Mónica, cómo puedes ser tan insensible!

La otra niña, la más mayor, desde el principio estaba sentada en silencio dibujando en un papel. Sólo entonces levantó la vista un momento para mirarme, pero siguió dibujando.

—Mala, mala, eres mala. —me dijo el niño sobre el regazo.

—Mami, quiero ir allí a jugar. —dijo el otro niño.

—Ahora no, mami está ocupada.

—Yo ya te he dicho lo que te quería decir. Así que no te preocupes, puedes ir a jugar con tus niños.

—¡Sí! Vamos a jugar. ¿Tú también vienes? —me preguntó el niño.

—Yo no me junto con niños. No me llevo bien con ellos. No piensan con lógica. —el niño me miró extrañado. La niña levantó de nuevo la mirada de su dibujo.

—Mónica, en serio, no le digas eso al niño. ¿Es que no tienes corazón?

—¿Ves que tengo razón? Somos totalmente incompatibles.

—Pero tú eres la única amiga que tengo.

—¡Quiero jugar! —interrumpió el niño.

—De verdad. —siguió ella—. Desde que tengo a mis hijos estoy siempre ocupada con ellos, y he perdido a todas mis amistades, porque no puedo hacer lo que ellos hacen. Tú eres la única que le parece bien simplemente sentarse a tomar un café y charlar.

—Tú no entiendes las cosas de las que hablo. Y bueno, yo tampoco entiendo las cosas de las que tú hablas.

—¡Quiero jugar, mami!

—No llores, guapa. —le dijo el otro niño enjuagándole las

lágrimas.

—Me siento tan sola, mi marido nunca está en casa y… ya sabes. A ti es a la única que puedo contarle las cosas y desahogarme.

—Pero yo no estoy aquí para que tú puedas desahogarte. Yo no quiero una amistad así.

—¡Mami, mami!

—¡Cállate niño! —le grité. —¿No ves que tu madre está ocupada?

El niño instantáneamente empezó una mueca extraña en su cara. Tensando todos los músculos hasta que espetó en un chillido agudísimo que casi me reviento los tímpanos.

—No llores, mi amor. Mira, la tía Mónica no está enfada.

—Sí que estoy enfadada, porqué eres un niño mal educado que no deja hablar a los mayores. Y no dejes que tu madre te mienta.

—Mónica, que está llorando.

—Mira, no sé que estamos haciendo aquí. Ya te he dicho lo que te tenía que decir. Así que me voy. Si necesitas amigas búscate a alguien más como tú. Alguna de las madres del colegio, que se yo.

—Mónica…

Me levanté y me fui. Laura me llamó un par de veces al tiempo que los niños seguían gritando y ella consolándolos. La niña una vez más levantó la vista de su hoja de papel para ver como me alejaba, pero enseguida siguió dibujando, ignorando por completo el drama a su alrededor. Mi cabeza iba a estallar. Aceleré el paso para salir de ahí lo antes posible. Todo aquello me había puesto nerviosa. Cuando salí a la calle apretaba las mandíbulas con fuerza. Tuve que respirar hondo cuatro veces. Estaba claro que había tomado la mejor decisión. Todo eso no me convenía para nada.

4.

Cuando volví a casa Víctor me estaba esperando. Para mi sorpresa había cocinado, y por el aspecto sucio y desordenado de la cocina, había puesto mucho esmero. Mientras que no me tocara a mí limpiar, no había problema. Una buena cena siempre entra bien. Una vez más, para mi sorpresa, todo estaba muy bueno. Cenamos. Después estaba tan llena que me levanté de la mesa con velas y copas elegantes, para sentarme en el sofá con la botella de vino en una mano y la copa en la otra.

—Ah, que llenura. No sabía que fueras capaz de cocinar. Deberías hacerlo más a menudo.

—Bueno, todo es ponerse. La verdad es que cocinar tiene su rollo.

—¿Sabes? —dije yo pensativa—. Laura se ha quedado llorando… y lo niños lloraban. Ha sido horrible.

—Bueno. ¿Qué esperabas?

—Los niños son un coñazo.

—La verdad es que pensaba que Laura estaría de acuerdo. Sin embargo, parecía no entender lo que le decía. Y sólo lloraba y repetía "tú eres mi única amiga". ¡Qué triste! Porqué yo para nada pienso así. Tengo muchos más amigos.

—Y me tienes a mí.

—Claro. Tú eres mi mejor amigo.

—Soy mucho más que eso. —Víctor cambió el tono. Más dulce. —¿No?

—Bueno, eres mi novio. Técnicamente la única diferencia es que además de ser amigos tenemos sexo y bueno, vivimos juntos, dormimos juntos cada noche…

—Sí. Y hablando de sexo…

—¿Qué?

—Después de una cena así. —se me echó encima. —Que tal un poco de…

—¿Sexo? ¿Ahora? Estoy demasiado llena.

Y no sólo eso. No era día de sexo. Al día siguiente lo sería, como cada domingo. Pero ese día no tocaba sexo. No lo había planeado y no podía tener sexo sin haberlo planeado.

—No, hoy no. Estoy demasiado llena. Vomitaría.

—Bueno, tú no tienes que hacer nada. Ya lo haré yo.

Víctor me levantó la camiseta y me besó el vientre. Después fue

haciendo un caminito de besos hacía abajo. Hacía mi entrepierna. Desabrochó mi pantalón. Una oferta tentadora, pero aún así, no planeado. Imposible.

—No, Víctor. Déjame.

—Vamos… —continuó insistiendo.

—Que nooo…

Traté de ser lo más suave posible pero él seguía insistiendo. Yo intenté abrocharme de nuevo el pantalón, pero él me cogió las manos para impedírmelo. Yo luché en contra y él también. Parecía que nos estuviéramos peleando. Yo culebreaba en el sofá y él intentaba dirigir su cara hacia mis bragas, moviéndose como una cobra, mientras tenía sus manos ocupadas sujetando las mías.

Al final simplemente le di un empujón y me escurrí del sofá hasta ponerme de pie y abrocharme los pantalones, sofocada.

—¿Pero qué co…?

—¿Por qué te pones así? ¿Cómo puedes resistirte a una chupesca gratuita? —dijo en tono bromista.

—Pues porque hoy no toca. —yo estaba bien seria.

—¿Qué más da?

—Si quieres mañana, aceptaré tu oferta encantada.

—¿Por qué mañana? ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no ser un poco más espontáneos, mi amor?

—¿Desde cuando me llamas “amor”? —me reí.

—Pues porque lo eres, ¿no? Ven aquí. —me cogió del brazo arrastrándome al sofá.

—No. —me deshice de su mano.

—¿Por qué no?

—No me apetece. Mejor jugamos a algún videojuego.

Por fin Víctor se resignó. Se reincorporó y se sentó en el sofá. Pero estaba muy serio, diría que triste incluso. Yo enchufé la Xbox y le acerqué uno de los mandos al tiempo que me sentaba junto a él en el sofá. Él, cabizbajo, cogió el mando y empezamos a jugar. Yo hacía los comentarios y bromas habituales pero él no decía nada. Estaba en silencio. Incluso, eso sí lo noté, no hacía muchos esfuerzos por jugar bien. Se dejaba matar constantemente.

—Oye, así no vamos a ninguna parte. —le dije. —Deja de matarte.

—Yo sólo quiero hacerte feliz.

Pausé el juego. Me di cuenta de que había algo más.

—Víctor, el problema no eres tú. Ya lo sabes. No hagas esto. No necesito a otro infeliz en mi vida. Juega bien, haz el favor.

—Cómo quieras. —dijo él todavía triste.

—Eres el novio ideal. No te cambiaría por nada. No tienes de que preocuparte. Y mañana tendremos sexo, como cada domingo. Ya sabes como soy. Necesito mucha estabilidad. Eso es lo que me hace feliz.

Le di un beso y por fin parecía más contento. Terminamos la partida y nos fuimos a dormir. Por la mañana al levantarnos retomé su oferta de la noche anterior y tuvimos nuestro sexo dominguero.

5.

Por fin llegó el domingo. Era el día de poner por fin el plan en marcha. Hasta entonces había hecho lo fácil: quitarme de encima lo que me sobraba. Ahora venía cuando debía modificar aquello de lo que no podía librarme: mi familia. ¿Cómo hacer que fueran felices?

Cuando Víctor y yo llegamos a casa la tele ya estaba ahí. Fue lo primero que me dijo mi madre nada más cruzar la puerta. Había llegado un paquete enorme a mi nombre. No paraba de hacerme preguntas sobre por qué me hacía llegar paquetes tan grandes a su casa. Parecía realmente conmocionada por el hecho en sí. No sé si es que le molestaba, o le entusiasmaba. No me quedaba muy claro. Igualmente en cuanto pude le dije que era un regalo para mi padre que, como siempre, estaba en el sofá mirando la televisión.

—¿Un regalo? ¿Para mí? —dijo mi padre sorprendido.

Parecía que aquello le emocionaba, que por fin algo le emocionaba. Se levantó corriendo hacía la caja y se quedó mirándola. No se atrevió a hacer nada. Yo le dije que le había comprado una televisión nueva. Una televisión plana de cincuenta y dos pulgadas. La mejor del mercado. Víctor me ayudó a desempaquetarla y la instalamos en el lugar de la antigua televisión.

—Pues justamente lo que más necesitamos, una tele nueva. —dijo mi madre.

—Me alegro de haber acertado con mi regalo. —contesté yo.

—Hija mía, ¿no me entiendes? No es una tele lo que más necesitamos. Ahí lo tienes, embobado, mientras yo me paso el día limpiando y cocinando y haciéndolo todo, pero a mí no me cae ningún regalo.

—Si quieres podemos contratar a una asistenta, así tu no tendrías que limpiar y cocinar. ¿Eso te haría feliz?

—¿Y quién iba a pagarla? —se quejó mi madre.

—Pues yo o Elisa, o las dos. ¿No?

—No es problema. —dijo Elisa.

—¿Eso te haría feliz? —le volví a preguntar.

—Me haría feliz que tu padre no se pasara el día enganchado a la tele.

—¿Podrías no pasarte el día enganchado a la tele, papá? —le dije a mi padre.

—¿Qué? —mi padre no había escuchado nada de la

conversación.

—¿Y que iba a hacer? —contestó Víctor por él. —Si ver la tele es lo que más le hace feliz.

—Es verdad. Es un problema. ¿Es posible que lo que a ti te hace feliz a él le hace infeliz y viceversa? —le pregunté a mi madre que no me entendió.

—Mónica, ¿qué estás haciendo? —preguntó mi hermana Elisa—. ¿De qué va esto?

—Vale. Es mejor que me explique. Resulta que me he dado cuenta que últimamente no soy del todo feliz.

—¿No eres del todo feliz? ¿Quieres la felicidad perfecta? —dijo mi hermana.

—Hija mía, no se puede tener todo en esta vida. —añadió mi madre.

—Yo sí lo tengo todo. El problema no soy yo. Es la gente a mi alrededor. Vosotros. Como no sois felices hacéis que yo no sea del todo feliz. Porque los seres humanos nos influenciamos los unos a los otros. Por algo somos animales gregarios.

—O sea que nosotros tenemos la culpa de que tú no seas feliz. —dijo mi madre.

—No me vengas con tus rollos. Yo ya tengo bastante con mi jodida vida para que me tenga que sentir culpable por no ser lo suficientemente feliz para ti. —replicó mi hermana.

—No os hecho la culpa. Sólo quiero ayudaros.

—Pues acusándonos de hacerte infeliz no nos ayudas mucho. —protestó Elisa.

—Bueno, decirme que os haría feliz.

—A mí déjame en paz. —dijo Elisa.

—Yo me conformo con que te comportes como Dios manda. —añadió mi madre. —Por cierto, ¿ya tienes el vestido de la boda?

—Sí. —respondí.

—¿Te has comprado un vestido?

—No.

—¿Y como piensas ir?

—No sé. Todavía tengo el vestido de la última boda.

—No puedes repetir. Tienes que comprarte un vestido nuevo. —dijo Elisa.

—Y no montes ninguno de tus shows que te conozco.

—No son shows. De hecho no quiero ir. No creo en el matrimonio así que no sé por qué debo ir y además disfrazarme de alguien que no soy y en general fingir muchas cosas que no…

—No empieces. —me cortó mi madre.

—Pero…

—Te compras un vestido bien bonito.

—Y, por favor, que la corbata de Víctor haga juego con tu vestido. —añadió mi hermana. —Ya que tú tienes pareja.

—No sé porqué le dais tanta importancia a un acontecimiento sin relevancia.

—Por qué es importante. —dijo mi madre— Es de las pocas ocasiones que nos juntamos con la familia.

—Pero si casi ni nos vemos, yo apenas se nada de ellos, y me da bastante miedo verme juzgada por todo aquello.

Nadie dijo nada. Todos se quedaron mirándome paralizados. Me había salido un verso sin darme cuenta y a mis padres y hermana no se les había pasado por alto. Sin duda se acordaban de cuando en mi adolescencia, pasando por mi primera crisis de ansiedad, me daba por hablar en verso cuando más tensa estaba. El silencio se hizo eterno. Víctor, que hasta entonces había estado ocupado con la tele, también se dio cuenta. Sabía de este fenómeno mío pero nunca lo había vivido. Sin embargo, le sorprendía más la reacción de mi familia, que parecían paralizados de terror. Finalmente mi madre carraspeó y simplemente dijo que la comida estaba lista, mientras se dirigía corriendo a la cocina. Elisa la siguió con la excusa de ayudarla y mi padre volvió de nuevo la vista al mando a distancia y siguió jugueteando con la televisión.

6.

Nadie se atrevió a sacar ningún tema de importancia durante la comida. Mi madre y mi hermana eran las que más hablaban y saltaban de un tema a otro sin ningún problema. Desde la crisis, a la película que vieron la noche anterior, al terrorismo internacional o a su marca favorita de champú. Yo trataba de seguir la conversación, para nada interesante, pero en verdad no dejaba de darle vueltas a por qué mi familia parecía enfadarse o ofenderse por qué yo quisiera hacerlos felices. Tal vez es que la felicidad es algo que tienes que conseguir por tus medios, si no pierde valor. En tal caso debía ser más sutil y manipular las cosas para hacerles feliz sin que supieran que yo estaba detrás.

Poco después de la comida esperamos un rato prudencial, siguiendo el protocolo del café y algo más de charla banal antes de podernos marchar. Elisa dijo que debía irse y nosotros aprovechamos para marcharnos también. Siempre lo hacíamos así. Había aprendido hacía tiempo que si yo quería marcharme a la hora que quería marcharme a mis padres siempre les parecía que me iba pronto, pero si era al mismo tiempo que Elisa estaba bien.

Tan sólo cerrar la puerta tras nosotros Elisa me preguntó que a qué venía eso de comprarle una televisión nueva a mi padre. Que si creía que con eso ya lo hacía feliz. Y lo cierto es que era exactamente lo que creía y además que había funcionado muy bien, pues mi padre estaba entusiasmado. Pero Elisa no podía creer que fuera tan simple hacer feliz a alguien, tal vez porqué ella era muy infeliz. Parecía que la felicidad fuera algo totalmente desconocido para ella y yo no sabía por qué. Pero bueno, ya sabía desde el principio y tenía asumido que Elisa iba a ser la más difícil de todos. Sin embargo, con mi madre lo tenía mucho más claro.

—Oye, ¿tú tienes alguna idea de quién era el amante de mamá y como encontrarlo? —le pregunté a Elisa.

Seguro que ella sabía más que yo. Elisa se paró en seco. Miró a Víctor. Luego me miró a mí. Volvió a mirar a Víctor y se rió.

—Pero ¿de qué hablas? —dijo confundida.

—Seguro que te acuerdas. Tú eras más mayor que yo.

—No sé de que hablas. —dijo muy sería y siguió caminando.

—Pero claro que lo sabes. No me engañes.

Sin parar de caminar me cogió del brazo con fuerzas. Y se me acercó al oído para hablarme en voz baja.

—No hables de esto en frente de Víctor.

—¡Pero si él ya lo sabe!

—Víctor —le dijo Elisa. —¿A ti te parece normal que mi hermana hable de estas cosas?

—A mi todo en este mundo y a la vez nada me parece normal. —le respondió Víctor.

—Mira Mónica, no vayas por ahí. ¿Qué pretendes? ¿Que mami se fugue con su amante? ¿Así será eternamente feliz y comerá perdices? Las cosas no van así, no son tan simples. ¿Y qué pasa con papá? ¿Crees que la tele le hará olvidar que su mujer lo ha abandonado? ¿Así es como vas a hacer feliz a papá?

—No había pensado en eso. Pero simplemente hay que encontrarle otra pareja para papá y todos felices.

—¡Ah, ya está! Así de simple. Estás loca. —me dijo mi hermana.

—¿Por qué? Tiene bastante sentido.

—Bueno. —Víctor intervino. —A mí me parece un poco drástico, la verdad.

—¿Es mejor que sigan siendo infelices y que la tristeza en sus vidas eche raíces? —dije yo.

De nuevo me salió un pareado, y de nuevo la reacción de mi hermana fue hacer ver que no había pasado, al tiempo que cortar por lo sano la conversación. Siguió caminando sin más y en silencio hasta llegar a su coche. Una vez allí y mientras habría la puerta y se sentaba en el asiento me dijo:

—Mañana pásate por mi tienda cuando termines del trabajo. Te ayudaré a encontrar un vestido para la boda. —después le dijo a Víctor. —No te preocupes, a ti te compraré una corbata. Espero que tengas traje.

Víctor tenía un traje, el mismo que tenía desde hacía años para todas las bodas y los eventos, pero estaba bien aceptado que un hombre vistiera el mismo traje una y otra vez. Sin embargo, para mí no. Parecía que fuera un pecado capital para una mujer volver a vestir el vestido que ya había lúcido en una ocasión anterior. Yo no entendía por qué, una más de tantas cosas del sexismo. Pero ésta me molestaba especialmente porque me obligaba a ir de compras y, además, para comprar algo que no me gustaba y gastar un dinero que no me sobraba.

7.

—¿Qué le pasa a mi hermana? —le pregunté a Víctor cuando llegamos a casa.

—A mí no me preguntes. —contestó él.

Desde que yo recuerdo mi hermana fue una tirana conmigo. Parecía que todo lo que yo hacía le molestaba y siempre parecía de mal humor. Cuando éramos niñas solíamos ir andando al colegio. Mi madre le decía a Elisa que me vigilara, pero Elisa no me permitía ir con ella. Me obligaba a caminar unos metros por detrás y fingía que no me conocía. Siempre me decía que no le hablara y que no le dijera a la gente que éramos hermanas. Por alguna razón, que no entendía, se avergonzaba de mí. O simplemente quería molestarme. Quejarme de su actitud ante mi madre no me servía de mucho. Mi madre regañaba a mi hermana que acto seguido venía y me regañaba a mí. Me amenazaba si volvía a decirle nada a mi madre y, para asegurarse de que su amenaza era efectiva, siempre se despedía dándome un puñetazo en el antebrazo. Aprendí que era mejor, en verdad, ignorarla. Eso era lo que ella quería y eso era lo que más me convenía. Lo cierto es que ella no quería que caminara a su lado, pero yo tampoco quería caminar con ella. No la necesitaba para nada. Tenía todo lo que yo necesitaba, mis cuentos y mis juguetes, tan sólo tenía que procurar mantenerlos a salvo de sus garras. ¡Oh! y cuando por fin, ya siendo adolescentes, un ordenador apareció en casa, eso fue todo lo que necesité. Al principio no fue fácil. Cómo siempre Elisa lo acaparó y sólo por fastidiarme no me dejaba usarlo. Pero pronto se cansó de él y fue todo para mí. Descubrí mi pasión y con aquel ordenador aprendí y experimenté. De hecho, entonces todavía lo conservaba. Víctor y yo lo llamábamos el Frankenstein porqué le había cambiando tantas piezas que apenas le quedaba de original la carcasa. Estaba remendado por todas partes pero aún funcionaba. Víctor decía que, por muy pragmática que pretendiera ser, en realidad era una romántica. Por eso conservaba mi Frankenstein con apego. Pero es que no volví a tener ningún otro ordenador hasta que me lo pude pagar yo misma con mi sueldo. De ahí el apego.

Pero mi hermana. ¿Qué se le podía hacer? ¿Por qué estaba tan amargada? Siempre se quejaba de sus novios, o ligues o ex novios, lo que fueran. Y tenía muchos, pero según ella todos eran unos cabrones. La trataban mal, la abandonaba, o no la querían lo

suficiente, o no la entendían. Parecía sufrir mucho por amor. Yo nunca la entendí, pero tampoco me molesté en hacerlo. De niña aprendí a ignorarla y eso fue lo que hice también de adulta. Pero yo tenía una relación estable desde hacía mucho tiempo. Se podía decir que a mí se me daban bien las relaciones de pareja, no como a mi hermana. Así que tal vez sí podía ayudarla. Si todos esos hombres con los que salían eran idiotas, que no la entendía y la trataban mal, tal vez era sólo porque ella no sabía elegirlos bien. Con mi ayuda sí podría elegir a una pareja adecuada. Por fin, mi hermana sería feliz. ¿Por dónde empezar? ¿Cómo saber cuando alguien es la pareja ideal? Sí alguien podía ayudarme con eso era Víctor.

—Pero tu hermana no eres tú. Si no tal vez se hubiera enamorado de mí o algo, y ya lo ves, más bien me odia. —dijo Víctor.

—No todos somos iguales, eso es cierto, pero, en verdad, sí que todos buscamos lo mismo en una pareja. Ya sabes, esas cosas que siempre se dicen, comprensión, protección, entendimiento.

—En teoría sí, pero a la práctica ya ves. Tú hermana es todo un drama y los ha tenido de todos los colores y sabores.

—Se me ocurre que la diferencia puede ser sólo una diferencia de valores. Es decir, los factores son los mismos sólo que para cada cual tiene diferente valor. Hay que encontrar la “cifra” de cada cuál. ¡Víctor! —dije entusiasmada y él me leyó el pensamiento.

—Una fórmula.

—Exacto.

—¿Pero crees que eso no se ha hecho ya antes? Todas esas páginas web para encontrar pareja van de eso. Está claro que está más que explotado y no debe funcionar tanto, porque, Mónica, la gente es cambiante. No siempre piensan igual y no siempre quieren lo mismo.

—Puede ser. La diferencia es que vamos a hacer una formula especialmente adaptada a mi hermana y especialmente a su momento actual.

—Debo confesar que me parece buena idea. No como la idea de encontrar al amante de tu madre.

—Yo sigo pensando que eso es buena idea, pero ya hablaremos más adelante. Ahora tenemos que encontrar cuales son los factores importantes e idear una escala de valores.

Nos pusimos a ello. Estuvimos hasta las tantas de la madrugada trabajando en la fórmula, en lugar de ver alguna película o jugar a videojuegos. Lo cierto es que aquello parecía unirnos. Era divertido,

era interesante y representaba un reto. Pero en realidad me sirvió para descubrir cosas que no quería ver.

—Habría que tener en cuanta cosas como: lo que nos gusta en otras personas en contraposición a lo que realmente necesitamos en una pareja. Creo que esto es el problema principal. Mucha gente se deja llevar por lo que les gusta, en el caso de mi hermana, pues un hombre que sea atractivo según los estándares sociales, pero eso no quiere decir que sea lo que necesita.

—¿Quieres decir que necesita a un feo?

—Tal vez, no lo sé aún.

—También hay que pensar en la otra persona. Las parejas son cosas de dos. Creo que ese es el problema real de tu hermana. Sólo piensa en ella y espera encontrar a alguien que se adapte perfectamente a lo que ella quiere como si ese hombre no tuviera personalidad o voluntad.

—Exacto, ese es otro factor a tener en cuenta, las necesidades del otro. Y por supuesto las necesidades básicas. Lo que sí es universal. Cómo que sea alguien en quien puedas confiar. Que no sea un criminal o un asesino, que no ponga tu integridad física en peligro. Pero hay que diferenciar esas necesidades básicas de las otras que son las personales de cada cual.

—Creo que tenemos un buen comienzo. Esto pinta bien. —dijo Víctor.

8.

El lunes después del trabajo me fui a la tienda de mi hermana, que no es que fuera suya, pero ella se comportaba como si lo fuera. Era una de las tiendas más grandes de esa firma (me abstendré de nombrarla) que había en la ciudad. Ella era la Store Manager. Elisa era una adicta total al trabajo. Hacía más horas que nadie en esa tienda. No le importaba trabajar por las tardes, por las mañanas, lo fines de semana, cuando fuera. Estaba totalmente comprometida con la empresa. Siempre estaba haciendo planes de cómo ascender más, ser promocionada y escalar dentro de la empresa. En una empresa de moda tan grande como esa parecía que el camino era inacabable. ¿Cuál podía ser la cumbre de ese ascenso? ¿Ser la directora general? En una corporación internacional como esa parecía algo imposible, pero creo que la ambición de mi hermana llegaba hasta ahí. Por algo había estudiado empresariales y no moda, a pesar de que era su pasión y había sido su primera preferencia. Sea como fuera, parecía su trabajo ideal. Le obligaba (y a ella le gustaba) ir siempre impecablemente vestida y maquillada según la última moda, y pasearse por la tienda dando órdenes a todos. Eso era lo que le gustaba, estoy segura, no la moda, no el marketing; ser la jefa era lo que realmente le encantaba. Lo sé de sobras, mi hermana siempre fue una mandona.

Me acerqué a una de las dependientas para preguntar por mi hermana, pero tan pronto como pronuncié su nombre mi hermana apareció a toda prisa y no me dejo hablar ni a mi ni a la pobre dependienta.

—Ven conmigo. —me ordenó sin parar ni un segundo de taconear sobre el mármol al tiempo que le daba ordenes a las dependientas con las que nos cruzábamos, que todas parecían temerla. —Arregla esa burra, por favor. La de ahí, ves, está desordenada. —Creo que hay un par de vestidos que te pueden quedar bien. Ya te los tengo guardados en el probador. 40, ¿verdad? —me dijo, yo no estaba segura de sí me hablaba a mí.

—¿40 Vestidos?

—Tú talla. ¿Qué te pasa?

—Se me ha ocurrido una idea. —no me interesaban los vestidos, quería hablarle de mi fórmula.

—Miedo me dan tus ideas. ¿Estamos hablando de tu *outfit* para la boda?

—No, es para encontrarte novio.

—¡No! Ni hablar. —dijo sin dejar de caminar y ni siquiera mirarme.

Llegamos hasta los probadores, a la chica que había allí le pidió que le diera no se qué. La chica le alargó unos cuantos vestidos que Elisa automáticamente me los dio conduciéndome hasta uno de los probadores.

—Pruébate primero el verde, y date prisa que tengo otras cosas que hacer. —me cerró la cortina.

—Elisa, creo que puedo ayudarte a encontrar novio.

—No, gracias, no necesito tu ayuda.

—¿Es tu hermana? —interrumpió la chica del probador. —Os parecéis un montón.

—Sí. Lo sé. —dijo Elisa con desgana. —Date prisa. —me insistió.

—No sabía que tuvieras una hermana.

—Pues la tengo. Hay alguien esperando, ves. —le dijo a la chica para que se fuera. —Mónica, por favor, ¿quieres dejarme en ridículo?

—No, yo no.

—¿Por qué dices esas cosas delante de mi staff? No les importa si tengo novio o no ni nada de mi vida personal. Me tienen que respetar, y que sepan cosas de mi vida sólo servirá para que cotilleen. Y créeme. No ves que ya me odian de por sí, por ser la jefa.

—Lo siento. No sé como funciona los roles sociales en un tienda de moda.

Elisa abrió la cortina de golpe pillándome medio desnuda. Pero aún así ella ya supo que ese vestido no me quedaba bien y me hizo probar otro. Me obligó a quitármelo mientras me iba poniendo un vestido sobre otro para ver si el color me sentaba bien. No le gustaba ninguno. La dependiente volvió en cuanto estuvo libre.

—Yo soy Marta, encantada de conocerte.

—Mónica. —respondí.

—Por fin conozco a alguien de tu familia. Parece que los guardes en secreto.

—Bueno… ¿Sabes? —me dijo Elisa—. Aquí no vamos a encontrar nada que este bien. Amo está empresa pero no nos engañemos. Sus vestidos no son los mejores. Se ven… baratos. Vamos vístete. Te llevaré a otra tienda. Te espero en la entrada. —luego le dijo a la dependienta. —Me voy ya. Asegúrate de que todo queda ordenado para mañana.

—Claro. —le contestó la chica.

Se fue de allí como un rayo. Yo volví a vestirme y la esperé en la entrada. Llegó enseguida tirando de mi brazo para que nos fuéramos rápido de ahí. Una vez más volvía a sentirme como cuando niñas, volvía a sentir que se avergonzaba de mí. Que no quería ni siquiera que sus compañeros de trabajo me conocieran. Igual que de pequeñas, cuando no quería que sus compañeros de clase me conocieran.

Me llevó a una tienda muy diferente. Llena de vestidos de gala, largos y de todos los colores. A mí me gustó un vestido negro pero ella no me dejó ni mirarlo. Dijo que ir de negro en las bodas era demasiado fácil, eso de que el negro siempre sienta bien es la excusa de los que no se atreven a ser glamorosos. Bueno, yo no es que fuera muy glamorosa pero parecía no tener ni voz ni voto. De nuevo volvió a elegirme ella varios vestidos y conducirme hasta el probador para que me los probara. Me probé uno azul, era complicadísimo. Elisa tuvo que ayudarme a ponérmelo y abrochármelo. Era pomposo. Una falda larga y con mucho vuelo que llegaba hasta debajo de las rodillas. Escote palabra de honor que se cerraba en el centro con una especie de lazo, y algunos finos tirantes que iban de un lado a otro, como una telaraña. Era bonito, la verdad, pero no me sentía nada cómoda. No dejaba de pensar que en cualquier momento enseñaría las tetas.

—Creo que tenemos un ganador —dijo ella. —Date la vuelta.

—Elisa. De verdad creo que puedo ayudarte. —le dije tan honestamente como pude. —Yo sé como tener una relación estable. Hace siglos que estoy con Víctor.

—Oh, por favor, Víctor no cuenta, es tu perrito faldero.

—Sea como sea, creo que puedo ayudar. Estoy trabajando en una fórmula con la que calcular las probabilidades...

—¿Probabilidades? Por favor, ¿por qué eres tan bicho raro? ¿No podrías decirme simplemente que conoces a alguien en el trabajo que podría gustarme?

—No creo que nadie de mi trabajo te guste. Pero podemos usar páginas web y aplicaciones de encontrar pareja y calcular…

—Mónica. Eso es humillante.

—No. Mira.

Quería enseñarle la fórmula, o lo que tenía hecho hasta entonces, no quería que se me escapara el momento. Vi que Elisa tenía un bolígrafo en el bolsillo de su americana. Se lo cogí y arranqué la etiqueta de uno de los vestidos. Me puse en cuclillas, dejé la etiqueta en el suelo para escribir sobre ella. Al agacharme la falda voló para luego caer suavemente abrazando mis piernas. Fue

una sensación maravillosa, me sentí como un hada. Y eso me llenó aún más de inspiración, de fe, de que yo era quien iba ayudar a mi hermana a ser feliz. Era como una hada madrina. Y realmente tuve ese efecto para Elisa, que en vez de preocuparse por si manchaba el vestido, se dejó llevar por el encanto del momento. Se agachó conmigo, cautivada por aquello que estaba escribiendo sobre la etiqueta. Cómo si fuera un hechizo mágico más que una fórmula.

—No entiendo nada pero, ¿tú crees que realmente puede funcionar?

—Sí. —le dije con la mejor sonrisa que yo fui capaz de dedicarle.

9.

Elisa sentía curiosidad acerca de mi fórmula. Solía hablar de sí misma como un caso perdido, alguien que no estaba hecha para el amor. Pero por eso mismo se notaba que tenía obsesión por el tema. De ser cierto, ¿por qué molestarse e insistir en el tema? Sin embargo, para ella el tener o no pareja era algo vital. A mí no me parecía tan crucial. Yo tenía pareja por pura casualidad, porqué me encontré con Víctor y nos llevábamos bien, pero no porqué lo hubiera buscado. Nunca sentí esa necesidad desesperada de mi hermana. Si tan importante era para ella tener pareja, ¿por qué no se esforzaba más para que sus relaciones funcionaran? Y si era cierto que el problema era que aún no se había encontrada con un hombre que le fuera conveniente en todos los sentidos, estábamos a punto de resolver ese problema gracias a mi fórmula.

Tras comprar el vestido nos fuimos a cenar a un restaurante, ella me invitó. Pude explicarle mejor en qué consistía mi fórmula y cómo tenía planeado aplicarla.

—Tenemos la ventaja de que hoy en día existen infinidad de páginas web y aplicaciones que aumentan exponencialmente la posibilidad de conocer gente. —dije a modo de introducción.

—Conocer gente por Internet es humillante. —replicó mi hermana.

—¿Por qué? Internet es una gran fuente de recursos. No te dejes llevar por prejuicios sociales sin fundamente. En tu día a día cotidiano jamás tendrás la posibilidad de llegar a tanta gente. Hasta ahora no te ha ido tan bien, tal vez, simplemente, porqué en tu círculo social no existe nadie que sea adecuado para ti. Pero en la red están todos los círculos sociales posibles.

—Sí, ese es el problema. No quisiera acabar con un pervertido o un criminal.

—Para eso está mi fórmula. Hay infinidad de hombres hay fuera

pero la fórmula servirá para discriminar los no—adecuados. Mira. —le expliqué la fórmula. —G representa lo que te gusta en una pareja y N representa lo que realmente necesitas de tu pareja. No es lo mismo y es importante tener en cuenta esa diferencia. B son las necesidades básicas, lo que absolutamente todo el mundo busca en una pareja, y A es el factor ambiental. Es decir, cosas tales como la cultura, la religión, clase social, etcétera que puede afectar a una relación de pareja. Cómo ves tengo en cuanto todos los factores.

—Estoy impresionada.

—Por eso mismo, no hay que olvidar que una relación de pareja es cosa de dos, hay que tener en cuenta también L lo que le gusta a tu posible pareja y E lo que él necesita.

—¿Y cómo vamos a saber eso si no le conocemos?

—Por su perfil, normalmente en las páginas de contacto todo el mundo debe poner un perfil y contestar a preguntas sobre gustos y tal.

—¿En serio? Normalmente dicen solo cuatro cosas muy superficiales.

—Lo sé, por eso lo que tenemos que hacer es aplicar la fórmula con valores muy sencillos basándonos sólo en una cosa que le guste y una cosa que necesite. Lo mismo contigo. Después, una vez quedes con alguien en persona, será cosa tuya encontrar más respuestas a sus gustos y necesidades para ver si es realmente, como a la gente le gusta decir, estás ante “el hombre de tu vida”.

—Esto es muy complicado. Mira, Mónica, te agradezco el esfuerzo pero no creo que hayas inventado nada nuevo. Y ponerme ahora a quedar con gente, así como al azar, me representa un desgaste emocional muy fuerte.

—¿Por qué?

—¡Por qué! Pues porque cada vez que quede con alguien estaré pensando que él podría ser el hombre de mi vida, que podría enamorarme de él. Y cada vez que me de cuenta de que no es así, me llevaré una gran desilusión. Esa es la historia de mi vida.

—¿Pero por qué piensas que puede ser la pareja que buscas cuando todavía no lo sabes? Sólo tienes que pensar que estás al principio de un proceso del que no sabrás los resultados hasta el final.

—Para ti es fácil pensar así, pero para mí no. Siempre me hago ilusiones.

—En este caso no lo estás haciendo. Estas dando por hecho que te vas a llevar una desilusión. Podría ser al revés. No lo sabrás si no lo pruebas.

—Estoy cansada de probar.

—¿Y qué quieres hacer?

—Nada.

—¿Ser infeliz?

—Tal vez es así. No estoy hecha para ser feliz.

Me quedé sin argumentos, esta actitud suya destruía, en parte, mi plan. Si mi hermana iba a ser infeliz fuera como fuera, eso daba una dosis de infelicidad en mi vida que no quería. Otra opción era simplemente eliminar a mi hermana de mi vida, como había hecho con mi ex amiga Laura. Pero eso iba a ser complicado. Para ello también tendría que hacer desaparecer a mis padres, si no, aunque yo no quisiera tener contacto con Elisa, seguiría existiendo de alguna forma en mi vida a través de mis padres. No, se podía hacer algo. Seguro. Por otra parte, todavía creía firmemente que mi fórmula funcionaria, sólo necesitaba que Elisa le diera la oportunidad.

—Emm… hay un factor más. C es la frecuencia en la que las necesidades de él coinciden con las tuyas. —Elisa no dijo nada. —Creo que las necesidades son mucho más importante que los gustos. Así que para hacerlo muy simple en esta primera fase. Podemos crear una simple escala del 1 al 5, dando a cada valor una necesidad concreta y lo mismo con los gustos. Por ejemplo, 1 entretenimiento, incluye cine, televisión, juegos, literatura, etcétera, 2 gastronomía, 3 deportes, 4 noche, incluye salir de copas o a bailar, 5 viajar. Por ejemplo. Tienes que elegir sólo uno de los cinco, el que realmente te guste más.

—¿Sólo uno? Pues… diría que 5 viajar.

—¿Viajar? Tú no viajas mucho. —era la última opción que esperaba.

—Porqué no tengo tiempo. Pero me gusta mucho.

—Bueno. Pues ahora hacemos lo mismo con las necesidades. Dime cuales son tus necesidades, así podemos crear una escala del 1 al 5.

—Pues… no sé. Que me entienda.

—Pues… no sé. Que me entienda.

—¿Eso es una necesidad?

—Sí, ¿no?

—No lo creo. Te entenderá si te haces entender, ¿no? Las necesidades creo que tienen algo más que ver con una característica de esa persona que tú necesitas para llevarte bien con ella. Que sea una persona resolutiva, siempre dispuesto a solucionar problemas, o bien que sea una persona que da mucho apoyo, capaz de seguirte en

todo lo que te propongas. Tal vez alguien de mentalidad abierta y no muy apegado o alguien todo lo contrario, que crea firmemente en la exclusividad y sea muy fiel. Eso que necesitamos en la personalidad de las otras personas para que todo vaya como la seda.

—¿Con Víctor es así?

—Claro, Víctor es increíblemente fiel, se tiraría incluso por un puente si yo lo hago. Me apoya en todo, incluso cuando no está de acuerdo, eso es lo que yo necesito. A menudo no entiendo el mundo, y el mundo no me entiende a mí, pero necesito que la persona que tengo más cerca me apoye incondicionalmente. Eso me da seguridad.

—Es una cuestión de seguridad.

—Básicamente sí, eso es lo que necesitamos, seguridad. Así que la cuestión es ¿qué necesitas tú para sentirte segura en una relación?

—Mmm… muy buena pregunta. —Elisa hizo una pausa para pensar, luego dijo decidida. —¡Dinero!

—¿Dinero? Tú ya tienes dinero.

—Ya, pero… si quiero tener hijos, necesito que mi pareja gane bien, no podría pensar que yo y mis hijos podamos pasar malos ratos.

—Pero tú ya tienes un buen sueldo, estás bien posicionada, podrías tener hijos tu sola sin ningún problema.

—Pero no los quiero tener sola.

—¿Por qué? —me surgió una duda. —¿Dime para qué necesitas una pareja?

—¡No lo sé! No sé que necesito. Creo que… bueno, ¿te acuerdas de Xavi?

—No.

—El último novio que tuve. Tenía barba y pelo un poquito largo.

—Ah, sí.

—Él tenía dinero y… era fiel. Y me quería. Mónica, creo que soy yo. Yo lo estropeo todo. Él ya era ideal y yo… creo que voy a llorar.

—No llores, por favor.

—Lo siento. —le cayeron un par de lágrimas.

—No llores que no se que hacer cuando la gente llora.

—Joder, eres un bicho raro. Me voy a casa.

Elisa se levantó enjuagándose los ojos. Se fue a la barra a pagar. Yo no la seguí, porque, como le había dicho, no sabía que hacer cuando alguien llora. No sabía que decirle en un momento así. Esperé sentada hasta que se fue del restaurante. Después conté hasta diez antes de levantarme yo e irme también. ¿Pero cuál era el

problema de mi hermana? Como había pensado al principio, lo que le pasaba era que no sabía ser feliz. El problema era suyo y de nadie más.

10.

Me desperté por la mañana muy temprano, de madrugada, y estaba agitada. Tenía una especie de rumor en el corazón, como una vibración incesante. No era buena señal. Ya no pude dormirme y estuve pensando que ya era oficial que había entrado en una nueva crisis de ansiedad. Empezó con apretar las mandíbulas pero ya había tenido un episodio de hablar en verso, que era mi máximo índice de ansiedad. Era hora de ir al médico. Yo pensaba que era algo que ya tenía superado, y sin embargo, estaba perdiendo el control, no sabía cómo sobrellevarlo, ni de dónde exactamente venía y por tanto cómo atajarlo. Lo que sí era seguro era que mi infelicidad se estaba haciendo evidente. Hasta entonces había conseguido un extraño equilibrio en el que no pasaba nada y todo seguía igual. Pero el poner mi plan en práctica estaba habiendo removiendo cosas.

Llamé al trabajo diciendo que estaba enferma, en parte lo estaba, de ansiedad. Como no, al principio no quisieron atenderme por no tener hora. Tuve que insistir, soltar un par de versos más y estar a punto de llorar para que finalmente me pusieran en la lista. Me dejaron esperando con la promesa de que, en algún momento que el médico estuviera libre, me atendería. En la sala de espera tuve mucho tiempo para pensar en todas las quejas que mi madre solía tener sobre el servicio de salud. Mi madre solía quejarse, de modo injusto para mi parecer, sobre la ineficacia de los trabajadores de la salud. Lo cierto es que yo tuve tiempo para observar que el personal más bien escaseaba, fruto probablemente de todos los recortes llevados a cabo por motivo de la crisis económica. Aun así conseguían más o menos atender a todo el mundo. Era más bien admirable. Volví a hacer respiraciones mientras pensaba en la posibilidad de la automedicación. No era algo que soliera contemplar, pero a menudo, pasar por toda la burocracia, se me hacía absurdo cuando yo ya sabía exactamente lo que necesitaba. Me pregunté si no sería más fácil conseguir las drogas que necesitaba por otros medios. Pensé en mi colega Albert, él solía tener siempre proveedores para todo tipo de asuntos turbios. Era extraño, sin llegar a ser un delincuente, tenía esa cosa. Tal vez sólo porque era alguien al que le gustaba estar metido en todo, que absolutamente nada se le hiciera ajeno. Estaba apunto de llamarle cuando por fin el médico me atendió. Fui directa al grano.

—Hablo en verso y creo que es un síntoma de ansiedad, no es nada neuronal, porque no es la primera vez que me pasa. De adolescente ya tuve episodios y me chequearon. Ansiedad. Y… bueno. También aprieto las mandíbulas. Creo que lo hago incluso cuando duermo. No puedo controlarlo.

—Eso es un problema. Puedes sufrir desgaste en los dientes. Te recomiendo que acudas a un dentista. Te puedes hacer una férula de descarga que puedes ponerte por la noche, eso evitará la fricción y por tanto el desgaste.

—Eso ya lo conozco y no resuelve el problema. Ni siquiera el desgaste. Sólo lo frena un poco. ¿No sería mejor no apretar mis mandíbulas? Quiero decir, ¿no es mejor tratar la causa que el síntoma?

—Está claro. Tienes que relajarte y entonces el problema desaparecerá.

—¿Y qué me pongo para dejar de hablar en verso?

—Jamás había oído hablar de un síntoma así.

—Me pasa cuando me pongo muy nerviosa. Cuando estoy en una situación de mucha tensión.

—¿Hablas en verso?

—Sí, espontáneamente.

—Bueno, puedes hacerte poeta. —bromeó el doctor. —Pero te puedo recetar un ansiolítico, eso hará que estés más relajada.

—¿Qué tipo de ansiolítico?

—Te puedo recetar Alprazolam. Pero tómalo sólo puntualmente, en los momentos que lo necesites.

—¿Qué es lo que hace?

—Tiene un efecto sedativo. Sobre todo no conduzcas sí lo tomas.

—Yo no conduzco. Dígame una cosa, ¿afecta a la serotonina o la dopamina?

—No, los ansiolíticos tienen un efecto inhibidor. Lo que hacen es precisamente bloquear algunos neurotransmisores.

—Entonces afecta a los niveles de serotonina y dopamina.

—No directamente, sólo evita precisamente los efectos adversos. Por ejemplo, evita la taquicardia que se podría producir en un estado de nerviosismo y ansiedad.

—Pero entonces si una persona tiene digamos, el ánimo bajo. ¿Cómo le afectaría una medicación así?

—No le afectaría, estaría tranquilo eso sí, pero con el mismo ánimo. Los antidepresivos son los que pueden cambiar el estado de ánimo.

—¿Antidepresivos?

—En ocasiones pueden ser efectivos para combatir la ansiedad también, pero cuando acompaña depresión.

—¿Cuál es el efecto de los antidepresivos?

—Pues por ejemplo el Prozac lo que hace es aumentar la liberación de serotonina que es el neurotransmisor que controla los niveles de dopamina, relacionada con el placer y norepinefrina que aumenta el ritmo cardíaco. Es decir, que todo en conjunto sube el ánimo. ¿Por qué me preguntas todo esto? —me preguntó el Doctor sospechando de mis intenciones.

—Entonces, ¿me podría recetar antidepresivos? —yo preferí ir al grano.

—No. —dijo él contundentemente. —Porque, como tú misma has dicho, lo que sufres es ansiedad. Te recetaré Alprazolam. Pero ten cuidado, como te he dicho causa adicción. Sí ves que no mejoras, vuelve a verme.

Parecía que el doctor sospechaba lo que estaba pensando. O simplemente no se fiaba. Aún así me recetó las pastillas, lo que me pareció un acto de complicidad más que otra cosa. Cómo quien sabe que les estás engañando pero se deja engañar.

—Se que eres una chica lista y las usarás con sentido. —añadió justo antes de que yo dejara su consulta. —Y no estaría mal que visitaras un psicólogo. Por tu ansiedad. Lo mejor es que encuentres la causa, como tú misma has dicho, en vez de simplemente atacar los síntomas.

—Oh, ya sé cuál es la causa.

—¿Cuál es?

—He descubierto que no soy feliz.

—Oh. Vaya. La felicidad no es cosa fácil.

—Lo sé, pero yo no tengo los tapujos y complicaciones de la mayoría de la gente. Cuando sé lo que quiero, voy a por ello y listo.

—Tal vez es que no sabes lo que quieres.

No tuve respuestas para eso. Creía saber lo que quería, creía saberlo desde hacía muchísimos años. Es más, en algún momento sí lo sabía. ¿Podía ser que entonces hubiera dejado de saberlo? O más bien que hubiera dejado de quererlo.

11.

Con todo mi plan para encontrar la felicidad plena, había dejado de lado el proyecto del videojuego, tenía que ponerme las pilas porqué en dos días teníamos una reunión de equipo. Lo cierto es que yo ya había hecho gran parte de mi trabajo pero la productora, Isabel, era una mujer muy exigente, y en cada reunión esperaba que todo el mundo tuviera algo nuevo que enseñar. No porqué fuera realmente necesario. Creo que formaba parte de su show, le gustaba poner a la gente en evidencia, y yo odio que la gente me ponga en evidencia. Básicamente porque no entiendo la finalidad de hacer que alguien se sienta mal. No es nada productivo, menos aún cuando se trata de trabajo en equipo. De todas maneras, seguía sintiendo ese miedo irracional al ridículo, así que dediqué el resto del día a retocar algunas cosas en casa. Sin embargo, no podía quitarme de la cabeza mi plan de la felicidad. Parecía que las cosas eran algo más difíciles de lo que había pensado en un principio. Seguía creyendo firmemente que mi hermana podía ser feliz encontrando una pareja adecuada a través de mi fórmula. Lo difícil era que lo creyera ella. Y el problema de mis padres… En verdad la solución era simple, lo complicado era llevarlo a cabo. Encontrar al amante de mi madre, era todo un reto, no tenía ninguna información sobre él. A mi padre podría encontrarle una nueva pareja usando la fórmula. El problema es que no sabía nada de él: sus gustos, sus necesidades. ¿Cómo aplicar la fórmula? Tendría que interrogarle.

Estaba pensando en todo esto, mientras trataba de suavizar el movimiento del personaje del videojuego, cuando recibí un mensaje de Albert, uno de mis compañeros de trabajo. “Hoy te has perdido las birras. ¿En qué andas?”. A menudo solía ir con algunos de mis colegas del trabajo, todos informáticos, a tomar cervezas. Jugábamos a juegos de rol, o comentábamos series o películas. Era lo mejor de mi trabajo. Justo cuando iba a contestarle se me ocurrió una idea. Sabía que Albert a veces hacía cosas no del todo legales, y que alguna vez había sido capaz de hackear alguna web. Le hice un Skype enseguida.

—Tengo que pedirte un favor.

—Lo que sea. Soy todo oídos.

—Necesito encontrar a alguien.

—Ok. ¿Quién?

—Bueno, ese es el problema, no sé nada de esa persona.

—Alguna información tendrás.

—Sólo sé que era el amante de mi madre como hace quince años.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Podría entrar en el e—mail de tu madre. Dime cuál es.

—No, en aquella época mi madre aún no usaba e—mail.

—Me lo pones muy difícil.

—Tienes razón. Tengo que conseguir más información.

Sin duda tenía que saber algo más sobre el ex amante, pero sí nadie quería decirme nada tendría que encontrar la información de otro manera. Debía intentar sonsacarle a mi madre al menos el nombre del tipo. Decidí pues volver a probar con mis padres.

—Ya te diré cuando sepa algo más. —le dije a Albert. —Mientras tanto otro favor. ¿Me puedes conseguir drogas?

—Claro. —se rió Albert. —¿Pero qué quieres?

—Algo que haga feliz.

Le hice un Skype a mi madre. Últimamente estaba bastante metida en informática. A su nivel, claro. Creo que le gustaba todas las posibilidades que Internet brindaba. Yo procuraba que siempre tuvieran su ordenador en orden y con todo lo necesario. Les enseñé a mis padres como funcionaban todas las redes sociales y mi madre se manejaba bastante bien. De hecho, esto era prácticamente todo lo que hacía cuando iba a visitarles. Me pasaba el rato sentado delante del ordenador arreglando algún problema que tuviera o enseñándoles como hacer algo. Mi madre contestó al Skype pero no conseguía oírla.

—Mami, el micro. ¿Qué está apagado? No te oigo.

Ella seguía haciendo gestos raros y yo seguía sin oírla. Al rato cortó y volvió a llamarme. Por fin funcionaba.

—Ay, hija, que tenía el micro desconectado.

—Lo sé.

—¿Qué pasa?

—Nada, quería saber como estabais.

—Pues bien. Como siempre. ¿Qué pasa?

—Ya te he dicho, nada. Es que… emm.. ¿tú te acuerdas...?

Mi madre hacía caras extrañas ante la cámara.

—Hija, no te veo.

—Seguro que no tienes conectada la cámara.

—Claro que la tengo conectada. A mí sí me veo.

—Ya, pero debes haber hecho una llamada sin cámara.

—Ah, a ver…

—Mami, da igual, escúchame tú te acuerdas que cuando yo tenía quince años papá y tú estuvisteis a punto...

—Creo que si aprieto aquí, saldrá la cámara.

—Déjalo mami. Quiero que me digas por qué estuvisteis apunto de separaros.

—¿Qué dices, hija?

—¿Qué no me oyes?

—Ay, esto es un rollo. ¡Oh! La cámara, ya te veo.

—Mami, contéstame, por favor.

—¿Qué quieres? No sé de que me hablas.

—Sí que lo sabes. ¿Está papi delante?

—Esta viendo la tele. ¿Quieres que le llame? Papi ven.

—¡No, mami! ¡No le llames!

Demasiado tarde, mi padre de pronto apareció por detrás saludando sin decir nada. Se quedaba quieto como si le estuvieran haciendo una foto. Mi madre seguía haciendo caras raras y mirando de un lado a otro.

—Hija, ahora no te mueves. ¿Qué pasa?

—Es la conexión. ¿Sabes qué? Mejor voy a veros.

12.

Decidí que era mejor ir en persona y, quién sabe, tal vez espiar en vez de intentar hablar. Mi madre era una especialista en fingir que algo no había pasado, sabía que muy difícilmente me diría algo. Era una persona que hablaba sin parar pero si había algo que no quería decir, jamás se le escaparía ni una sola palabra sobre ese tema. Para tener tanta verborrea tenía un magnífico auto—control. Era una capacidad admirable. Mi caso era todo lo contrario, hablaba poco pero no sabía controlarme. Decía todo lo que se me pasaba por la cabeza, muy a pesar de mi madre, que trató toda mi vida de iniciarme en su habilidad sin demasiado éxito. Me llevé muchas broncas por ello, y al final su consejo era "no digas nada, mejor no hables, calladita que estás más guapa". Tal vez si, en vez de echarme broncas, me hubiera explicado porqué no debía decir eso o aquello, hubiera sido más efectivo.

Me presenté en casa de mis padres, cosa que les pareció raro, y lo cierto es que no tenía ninguna excusa. Me di cuenta al llegar que no había preparado ningún plan de ataque. Por suerte, mis padres, que me tenían por un bicho raro, aceptaban bien que hiciera cosas imprevistas y sin sentido (para ellos). Así que tampoco insistieron demasiado en preguntar. Mi madre en seguida me preguntó que quería cenar, me dio varias opciones, ella misma al final eligió el qué y se fue a la cocina. Mi padre, como siempre, sentado en el sofá, no fue nada difícil esquivarle. Le dije que iba al lavabo y me colé en su habitación. Empecé a rebuscar por cajones. Había un cajón lleno de cosas de costura de mi madre. Tenía varias latas de galletas con hilos, botones, etcétera y… ¡bingo! Una de ellas tenía cartas. Cartas viejas, cartas de amor. Totalmente previsible. Ahí estaba el nombre del tipo. Hice fotos a las cartas con el móvil y volví a guardarlas.

Había conseguido lo que buscaba, pero ya que estaba ahí decidí seguir probando un poco más. Volví al salón y me senté junto a mi padre.

—Papi ¿qué es lo que te gusta?

—¿Qué quieres decir? —me preguntó mi padre.

—¿Qué te gusta hacer?

—Me gusta ver películas. Me gusta ir al cine.

—¿Vas al cine?

—Sí, al menos una vez a la semana.

—Eso esta bien. —dije. —Papi, si tanto te gusta el cine ¿cómo es que no haces algo más? ¿Nunca se te ocurrió estudiar algo relacionado o…?

—En mis tiempos era impensable.

—¿Y ahora? Tal vez podrías apuntarte a un grupo de teatro o a clases de escritura de guión.

—No sé, hija, supongo que me gusta ver películas no hacerlas.

—Puede ser… ¿Y por qué no te haces socio de la filmoteca? Seguro que hacen eventos y cosas y puedes ir y… no sé, conocer gente.

—Sí, tal vez. —respondió mi padre.

—¿Lo harás? —insistí.

—¿Para qué quiero conocer gente?

—Pues…

—Venga, a la mesa. —interrumpió mi madre. —La cena está lista.

Mi padre obedeció instantáneamente a la orden y yo le seguí. Sólo había conseguido en claro que para mi padre debía encontrar a alguien con la misma pasión por el cine que él, pero poco más. Tampoco sabía siquiera que tipo de películas le gustaban.

—Papi, ¿cuáles son tus películas favoritas?

—Me gustan las de intriga.

—Oh, no me hables. —dijo mi madre. —Es un horror, no sé por qué le gustan esas películas, yo siempre le digo que podríamos ver alguna cosa bonita pero que va. Venga asesinatos y tiros.

—¿Y qué es lo que te gusta de esas películas?

—No sé. —dijo él.

—Seguro que es la trama, adivinar quien es el asesino. Cuando hay una trama bien hecha, que te sorprende, pero que a la vez esta suficientemente bien enlazada como para que todo sea creíble y bien justificado es casi una catarsis. Es realmente un gran placer intelectual. —justo en ese momento descubrí algo. —Ahora ya sé a quién he salido.

—Yo no sé a quién has salido. —replicó mi madre, creo que con ironía.

—Pues al papi. —le respondí a lo que yo creía evidente. —Nos parecemos más de lo que creemos. —le dije a mi padre que sonrió.

—Claro, soy tu padre.

—Ya me ha dicho Elisa que ya tienes vestido para la boda. —mi madre cambió de tema.

—Sí. —le contesté con poco interés.

—Menos mal. —exclamó ella.

—¿Por qué? Tampoco es que fuera a ir desnuda.

—Desnuda no, seguro que algo peor.

—Mami…—me controlé y decidí simplemente ir al grano. —¿Por qué no sois felices?

—Otra vez con ese rollo. —dijo mi madre.

—En serio. —insistí.

—Sí somos felices. —dijo mi padre.

—¿De verdad? —pregunté yo.

—Claro. —respondió mi madre. —No sé por qué tienes esa idea de que no lo somos.

—No lo parecéis porque tú siempre te estás quejando y papi… bueno, tú nunca dices nada.

—Es nuestra forma de ser. —se defendió mi madre.

Decían ser felices pero a mí seguían sin parecerme felices. ¿Se puede ser feliz cuando te quejas constantemente de todo? ¿Cuándo nunca dices nada y parece que trates con todas tus fuerzas de aislarte del mundo? ¿Será que cometía el error de considerar la felicidad sólo desde mi punto de vista y dar por hecho que cualquiera que no fuera feliz a mi manera entonces era desgraciado?

Tras la cena, de vuelta a casa, me dediqué a leer en el móvil las antiguas cartas de amor de mi madre. Mi madre una vez amó intensamente. Aunque me dijera que era feliz, yo quería que volviera a serlo de la manera que lo era en aquellas cartas.

13.

Después del trabajo fui con mis compañeros a tomar algo: Albert, Robert y Mario. El equipo perfecto, yo les llamaba ARMARIO, A de Albert, R de Robert y MARIO de Mario, claro. Lejos de molestarse les encantaba, ellos me repetían la broma diciendo que eran Armario con Armónica.

Estaban muy entusiasmados porque el día anterior habían encontrado un bar donde se podía jugar a videojuegos. Tenía videoconsolas *vintage*, las más míticas. Me explicaron a todos los juegos a los que jugaron y lo emocionados que estaban de poder recrear su feliz infancia jugando a los videojuegos que solían disfrutar de niños. A la vez no paraban de repetirme que me lo había perdido. Finalmente Alberto me preguntó que por qué no había venido. Bueno, él sabía más que los demás por mi llamada, y estaba intrigado de por qué yo buscaba a alguien sin nombre y además quería drogas, aunque fue discreto y no preguntó directamente.

—¿Cómo pudiste perderte un evento como ese? —repetía Mario.

—¡Tenían hasta la Supernintendo! —añadió entusiasmado Robert.

—Estaba ocupada. —contesté.

—¿Ocupada en qué?

—El videojuego, ya sabéis.

—¿El videojuego? —dijo Albert.— Pero si ya lo tienes listo. No nos mientas. Andas en algo más. ¿Algún nuevo proyecto?

—No paras de hacer cosas y meterte en proyectos, pero avísanos. Yo también quiero hacer videojuegos. Estoy hasta la polla de bases de datos. —replicó Robert.

—No, no estoy en ningún otro proyecto. Bueno, al menos no videojuego.

—Entonces, ¿qué es?

—No es nada.

—Cuanto misterio. —dijo Robert.

—No hay misterio ninguno.

Me di cuenta que no tenía sentido ocultarles nada a ellos. De todas maneras ellos también formaban parte de mi vida. Pero en su caso ellos sólo me sumaban felicidad, por eso no me había preocupado de ellos en absoluto. Ellos eran felices así, trabajando con ordenadores, jugando a videojuegos, viendo películas y

charlando con una cerveza en la mano. Igualmente, y ya que insistían, no estaba de más comentarles mi plan y de pasada asegurarme que eran tan felices como yo pensaba.

—Una pregunta. ¿Vosotros soy felices?

Por el contrario de lo que esperaba, no contestaron. Se miraron los unos a los otros con ojos que yo hubiera jurado que eran de susto.

—¿Qué pasa? —pregunté yo asustada.

—¿A qué viene esa pregunta? —dijo Albert.

—Bueno, yo doy por hecho que sois felices. Pero no está de más preguntar.

—Mónica, somos unos *freakies*. —dijo Mario. —¿Cómo vamos a ser felices?

—Entonces no lo sois. No me digas eso que ya tengo bastante trabajo.

—¿Qué trabajo? —dijo Robert.

—¿De qué hablas? —preguntó Albert.

—Veréis, estoy intentando que todo el mundo a mi alrededor sea feliz.

—¿Por qué?

—Para ser yo feliz. Está comprobado que la felicidad es en verdad exponencial. Cuanta más gente feliz nos rodea más posibilidades tenemos de ser felices.

—¿Y tú no eres feliz? —preguntó Albert inquisitivo.

—No del todo. Pero es porque no todo el mundo a mi alrededor lo es. Sino sí que lo sería. Y ahora veo por qué. ¡Vosotros tampoco sois felices! ¿Qué necesitáis para ser felices?

De nuevo hubo un silencio y se miraron los unos a los otros. Mario fue el primero que se atrevió a contestar.

—Una novia.

—Sí, una novia. —volvió a repetir Robert.

—Sin duda. —añadió Albert.

—¿En serio? —pregunté sorprendida.— ¿Por qué tener pareja es tan importante para todo el mundo? No lo entiendo.

—Bueno, no es que sea importante… pero… —Robert intentó responder, pero no continuó.

—¿Qué pregunta, Mónica? —añadió Albert. —Es ley de vida. Todo ser vivo busca como finalidad última el reproducirse, para eso necesitamos un compañero o compañera. En el caso de los humanos, monógamos y gregarios, la pareja cobra todavía más importancia.

—Exacto. ¡Somos humanos! —dijo Mario.

—Eso lo entiendo. Pero pensaba que en la actualidad lo seres humanos habíamos superado eso. Tenemos otras tantas cosas que hacer, tantas otras metas… Incluso tener hijos, podemos hacerlo sin necesidad de una pareja… Claro, ahora entiendo a mi hermana. Le pasa exactamente eso. Está obsesionada con encontrar pareja.

—¡Preséntamela! —espetó Mario.

—No creo que seas una pareja conveniente para mi hermana.

—No, seguramente no lo soy para nadie.

—No lo creo, por suerte por desgracia, hay tantos humanos en el mundo que las posibilidades de encontrar pareja conveniente son innumerables, en contra de la idea mágica de la media naranja. Existen cientos de parejas convenientes para cada uno de nosotros.

—¿Pues dónde está las nuestras? —dijo Robert.

—No os preocupéis. Si es sólo encontrar pareja lo que os resta felicidad, creo que puedo ayudaros. Víctor y yo hemos estado ideando una fórmula para encontrar al o la compañera ideal. Pero tenéis que empezar a buscar en aplicaciones y webs de citas. ¿Ya lo hacéis?

Me miraron de nuevo con cara de susto.

—Pues tenéis que empezar por ahí, sino no puedo ayudaros.

—Yo ya lo hago. —dijo Albert con desgana.— Pero no funciona mucho. Las chicas a penas me contestan y nunca quieren quedar.

—No te preocupes, con mi fórmula funcionará mejor. ¿Te gusta viajar?

—Sí, supongo.

—Perfecto. Te presentaré a mi hermana.

—Vaya, el afortunado. ¿Él si que es conveniente para tu hermana? —se quejó Mario.

—No. —le contesté—. Pero servirá para practicar cómo aplicar la fórmula. Igualmente tanto tú como mi hermana os tenéis que acostumbrar al funcionamiento.

—No lo veo muy claro. —dijo Albert.

Fuera como fuera les prometí a todos que les ayudaría con eso, pero primero tenían que registrarse en páginas de contacto y en varias a ser posible, para aumentar las probabilidades. Aunque no les prometí a todos una cita con mi hermana porque sabía que ella no accedería. Pero al menos con uno de ellos tal vez, si era sólo por probar y así no tendría por qué crearse ninguna expectativa.

Cuando nos despedimos Albert me acompañó por un rato a la estación.

—Oye, sobre lo que me pediste…

—¿Recibiste mi mensaje con el nombre de quien quiero que

busques?

—Sí, pero aún no he tenido tiempo. Sobre las drogas… te puedo conseguir M.

—¿M?

—MDMA, la droga del amor. —dijo con una sonrisa en la cara. —Pero oye, si te vas a meter, yo también quiero. ¿Qué haces el sábado? Podemos quedar.

—Imposible. Tengo la boda de una prima mía. Pero la droga no es para mí. M es ilegal.

—Sí, ya. Por eso me lo pides a mí y no a tu médico ¿no?

—Sí, pero no es posible saber la composición, puede llevar algo más peligroso. No quiero arriesgarme. Prefiero algo más seguro. Prozac.

—¿Prozac?

—El Prozac también produce liberación de serotonina. ¿Puedes conseguirlo?

—Sí, claro. Pero la liberación de serotonina en el Prozac es muy suave. No da subidón.

—Pero creo que servirá para lo que quiero. Y es seguro. No quiero envenenar a nadie.

—¿Para qué lo quieres?

—Sólo quiero comprobar una teoría.

—¿Y no vas a contarme cuál es?

—Te lo contaré si funciona.

—¿A quién quieres drogar? ¿A tú novio?

—Oh, no. A él no le hace falta. A alguien mucho más infeliz.

—¿A mi futura novia?

—¿Quién es?

—¡Tu hermana!

—Oh, ella no es tu futura novia, no hay ninguna posibilidad. Si consigo arreglar una cita entre vosotros es puramente para ver el funcionamiento de mi fórmula. Y sí, es a ella. Quiero saber si su problema es simplemente que no tiene equilibrio de serotonina.

—¿Es depresiva?

—Sospecho que sí.

14.

Cuando llegué a casa me encontré con un Víctor que estaba de un humor muy raro. No sabría decir si enfadado, triste o sólo borracho, o todo a la vez. Me preguntó dónde había estado y qué había hecho con mucho más ahínco de lo habitual. Parecía que me estuviera interrogando. Le dije que había ido a tomar algo con ARMARIO como solía hacer tan a menudo, normalmente los jueves. Día de salir de los universitarios, aún que hiciera años que habíamos dejado de ser universitarios, seguíamos con la misma dinámica. Yo le conté las novedades que tenía acerca de mi plan, que Albert me ayudaría a encontrar al amante de mi madre.

—¿Has estado con Albert?

—Sí, ya te lo he dicho.

—Últimamente quedas mucho con él.

—En realidad no. Quedo exactamente igual que siempre, y no sólo con él. Quedo con el equipo ARMARIO al completo.

No dijo nada más. Siguió sentado en el sofá y volvió su mirada a la televisión, aunque claramente no le prestaba atención. Seguía rumiando. Yo me senté a su lado y me lo quedé mirando esperando que dijera eso que parecía estar a punto de decir.

—¿Qué? —me preguntó, sin embargo.

—¿Qué? —pregunté yo como respuesta.

—¿Por qué me miras?

—¿Qué estás pensando?

—Nada.

—¿Nada? Parece que piensas algo. ¿Qué pasa? Estás raro.

—Tú estás rara.

—¿Cómo puedo estar rara? Yo jamás cambio… no me llames rara…

—Perdona. Es que… —de pronto cambió totalmente el tono y se le dibujó una sonrisilla en la cara. —Hoy he hecho algo. Mira.

Se levantó la camiseta y tiró un poco de sus pantalones y calzoncillos hacia abajo. Yo me incliné para mirar su pubis.

—¿Qué? —no me pareció ver nada especial.

—Me he depilado.

—¿Por qué?

—No sé. —dijo tímidamente.

Yo me paré un instante para pensar. Sabía que con ese acto me quería decir algo que no se atrevía a decir con palabras. ¿Pero

desde cuándo había algo que Víctor no pudiera decirme? ¿Y si en verdad esto llevaba pasando desde hace mucho más tiempo de lo que yo pensaba? Entonces no era honesto conmigo. Esta idea de pronto sembró el pavor en mí. Si había cosas que no me decía, tal vez Víctor me mentía y yo no lo sabía. ¡Yo no me daba cuenta! ¡¿Qué estaba pasando?!

—Víctor, ¿qué pasa?

—Nada.

—Algo pasa y no me lo puedes decir, ¿por qué?

—No pasa nada. De verdad.

—Ahora me dices que te da por depilarte, y no me das ninguna razón radiante, para que yo entienda por qué estás cambiante, sabes que me cuesta tolerar desequilibrantes.

—Oh, guau. —vi la sorpresa en su cara. —Perdona. No te pongas nerviosa. De verdad, no pasa nada. Todo lo hago por ti. Por complacerte.

—No me complace no saber que pasa, por qué no me dices de manera clara, la razón de tu nueva traza.

—Amor, está bien. No es nada, es bastante simple pero me da vergüenza decirlo.

—¿Qué?

—Simplemente quiero gustarte más. Temo que ya no te pongo, y que dejes de quererme.

—¿Qué te hace pensar que el rasurarte va a impedir que deje de amarte?

—¡Porqué ya no sé que probar! Me duele que digas que no eres feliz cuando estamos juntos. Eso quiere decir que no eres feliz conmigo.

—No, no, no. Ya te lo dije, por favor, no empieces de nuevo, mi infelicidad no tiene nada que ver con tu juego… ¡basta! No puedo más con esto. —dije señalando mi propia boca.

—Cálmate mi amor, no pasa nada. Te lo juro, no pasa nada. No hace falta que hables más.

Me cogió y tiró de mí hasta abrazarme, yo me hice un ovillo junto a él en el sofá y procuré respirar bien hondo. Llenando los pulmones y dejando salir el aire lentamente cuatro veces exactas. Pensé en el Prozac que Albert tenía que conseguirme y que por desgracia todavía no tenía, porque con gusto me lo hubiera tomado. Pero también sentí las caricias y los besos de Víctor, y su olor. Pensé que tal vez eso era mejor que el Prozac. Eso me relajaba y de nuevo pensé en mi hermana. Eso es lo que echaba ella de menos. Eso era lo que ARMARIO querían también. Un Prozac humano.

15.

A la hora de la comida tenía la dichosa reunión con la productora del videojuego y no tenía ningunas ganas de ir. Tanto que hasta empecé a encontrarme mal. Pero sabía que simplemente estaba somatizando para tener una excusa para no ir. Decidí armarme de valor y llevarme las pastillas que me recetó el médico en el bolsillo, por si me daba por hacer rimas en medio del *meeting*.

Me escapé un poquito antes del trabajo para no llegar tarde, así que Isabel no tuvo razones para meterse conmigo de entrada. Pero sí con el pobre guionista que llegó tarde. Le soltó un rollo sobre el compromiso y el espíritu de equipo a pesar de que el chico apenas llegó cinco minutos tarde y tan solo un minuto más tarde que Isabel. Finalmente la reunión empezó oficialmente e Isabel expuso los temas a tratar. Especialmente toda la logística de nuestro viaje a Londres. Ya habíamos acordado que viajaríamos todos a una feria de nuevas tecnologías y videojuegos en Londres. Según ella era nuestra oportunidad de conseguir que alguna empresa de videojuegos importantes se fijara en el proyecto. Por eso, todo debía estar perfecto y debíamos tener una presentación impecable de nuestro juego. A todo esto yo procuré no decir nada y fingir mucho interés, frunciendo un poco el ceño, además de asentir con la cabeza a cada cosa que Isabel decía. No es que pensara que tenía razón, es que sólo quería que me dejara en paz. Pero no tuve suerte.

—Mónica, ¿tienes ya lista la nueva animación?

—Eh… —me pilló desprevenida, es más, no sabía de qué me hablaba.

—Te dije que el personaje se movía de un modo muy brusco. Había que suavizarlo.

—Sí, lo hice.

—No lo he visto.

—Te lo envié.

—¿Cuándo?

—El martes.

—¿Estás segura?

—Sí. Suavicé el movimiento pero no hay gran diferencia. Necesitaría una nueva animación completa, todos los *keyframes* para poderlo…

—No me gusta que pases la pelota a otro. —me cortó. —Se trata de que cada cuál asuma las responsabilidades de su tarea. Si no este

equipo no funciona.

—Yo sólo programo, no animo. No estoy pasando la pelota. Tú misma dijiste que…

—Discusiones particulares de cada departamento las discutimos en privado, Mónica, no en las reuniones de grupo, por favor.

—¿Pero tú me has preguntado?

—Por favor, no estamos aquí para esto. Hay que concretar el viaje a Londres y todo tiene que estar listo. Por favor, haz tu parte y no des excusas.

—Mi parte ya esta hecha…

—Bueno. —me cortó de nuevo. —¿Ya todos tenéis hotel? Si alguno no lo tiene que lo diga y miraré que puedo hacer.

Una vez más Isabel lo había hecho, me había hecho sentirme expuesta sin razón aparente. En serio, no sabía y no entendía como comunicarme con esa mujer. Yo trataba de ser los más simple y directa posible pero parecía que ella trataba siempre de tergiversar las cosas por un motivo que yo desconocía.

Cuando por fin la reunión se dio por terminada todos nos fuimos en estampida. Pero el guionista se acercó a mi ha hablarme mientras caminábamos por la calle.

—No te lo tomes a mal. Es su forma de ser.

—¿A qué te refieres?

—A Isabel. Es así de borde porque forma parte de su imagen de ejecutiva agresiva. Es la manera de conseguir las cosas.

—¿Tú crees? Yo no lo creo, su comportamiento es absurdo y pone obstáculos al buen funcionamiento del equipo. En serio, nos iría mejor sin ella.

—Pero ella ha organizado esto desde el principio. Hace mucho que la conozco. Ya ha intentado mover varias de mis ideas y se lo agradezco.

—No parece que te trate muy bien. Si usa tus ideas debería ser más respetuosa contigo.

—¿Por qué? Me está dando una gran oportunidad.

—Sin tus ideas ella no tendría nada. Así que…

—Pero ésta es la forma de conseguir las cosas en este mundo. Hay que ser agresivo. O comes o te comen.

—No estamos en la jungla. Afortunadamente hemos evolucionado en una forma de vida muy civilizada. Nadie se come a nadie.

—Es una forma de hablar.

—Muy errónea. Estadísticamente la cooperación y el apoyo mutuo hace un equipo mucho más efectivo y óptimo. Mientras que

la presión y la competitividad sólo acaban creando conflictos y por tanto haciendo que el equipo no rinda del mismo modo.

—No sé…

El guionista estaba dudando de su propia teoría. Algo que iba más allá de este equipo y proyecto. Algo así como su filosofía de vida. La firme creencia de que estamos en un mundo en el que es necesario ser agresivo. Sin embargo, él no era nada agresivo. Todo lo contrario. Así que en ese mundo que el tenía en su cabeza, él mismo no cumplía con la regla principal. Debía producirle un conflicto interior muy grande. Eso explicaría su aspecto acomplejado. Tener la firme convicción de que no estás hecho para el mundo en el que vives es terrible. Muy frustrante.

—Sí no eres una persona agresiva. —añadí. —No pienses que debes serlo. Eso no te aporta nada. Sólo frustración.

—Bueno, no pienso que deba serlo. Sólo pienso que alguien más debe serlo por mí. Por eso estoy con Isabel. Ella me hace el trabajo sucio.

—Tiene sentido. —tuve que confesar.

—Bueno, yo voy por ahí. —dijo señalando una calle.

—Pues, supongo que nos vemos en Londres.

—Sí, nos vemos.

De camino de vuelta al trabajo estuve pensando en esta casual conversación. El tipo parecía tener un concepto erróneo de la vida y del mundo. Al menos erróneo en el sentido de que no estaba adaptado a su propia personalidad. Sin embargo, había encontrado una manera de sobrellevarlo. De un error había encontrado otro error para soluciona el primero.

Traté de aplicarlo a mi misma. ¿Qué estaba yo haciendo? Sería que tenía un concepto equivocado de la vida y el entorno y que, sin embargo, me había construido un modo de sobrellevarlo. ¿Me había creado una felicidad ficticia basada en un concepto erróneo de lo que la felicidad era o debía ser? ¿Estaba haciendo lo mismo que él? Para mí el mundo era un lugar en el que no encajaba, eso era cierto, y estaba tratando de sobrellevarlo con el error de forzar la felicidad. Por suerte, ahora sé que mundos hay tantos como personas y no se trata de adaptarse al mundo, no tenemos que adaptarnos al mundo, sólo a nosotros mismos.

16.

No tuve mucho más tiempo de pensar sobre si mi concepto de la felicidad era erróneo o no, porque cuando ya estaba llegando al edificio de mi trabajo, Laura, mi ex amiga, estaba allí, con los dos niños pequeños. Me asaltó sin más. Fue todo tan violento.

—¿Por qué no contestas a mis mensajes? —me dijo con tono agresivo.

—Creo que te dejé bien claro todo. Se trata de cortar la conexión. Así que no tiene sentido seguir mandándonos mensajes.

—Pero yo quiero hablar del tema.

—¿Por qué?

—Eres mi amiga de toda la vida. No puedes decirme que deje de ser tu amiga así sin más.

—Ya lo he hecho. La decisión está tomada y no hay nada que pueda cambiarlo.

Laura se tapó la cara con la mano, la que tenía libre, en la otra aguantaba al niño pequeño. Empezó a sollozar.

—Oh, no llores por favor. No sé que hacer cuando la gente llorar.

—Pues no me hagas llorar. —dijo furiosa. —Simplemente siéntate conmigo a charlar.

—¿Para que me cuentes lo desgraciada que eres? ¿No lo ves? Ese es el problema. Eres demasiado infeliz como para estar en mi vida.

Ella rompió a llorar entre sollozos. Cosa que se contagió a los niños que también empezaron a llorar. Eran demasiados llantos juntos, demasiada gente llorando a la vez. Algo que no sabía como enfrentar, así que huí.

—¡¿Dónde vas?! —me gritó Laura.

—Me voy. —dije.

—¡¿Cómo me puedes decir éstas cosas horribles?! ¿No es mi culpa que yo no sea feliz!

—¿Ah, no? ¿Y de quién es?

—¡No lo sé! Pero ¿perder a mí única amiga crees que me hará más feliz?

—A mí sí me hará más feliz.

—¡Eres un monstruo! —me gritó Laura.

Los niños lloraban más e incluso gritaban. Laura se apoyó en la pared. Casi como si estudia perdiendo el equilibrio.

—¿No ves? No me necesitas para nada. Es mejor así.

—Eh, ¿qué pasa aquí? —Albert apareció como de la nada.

—Nada es mi amiga… ex amiga Laura.

Albert me miró extrañado y luego miró a Laura que seguía sollozando. Se acercó a ella. Le hizo una carantoña al niño y le puso la mano en el hombro a Laura.

—¿Estás bien?

—No. —dijo ella entre sollozos.

—Oye, creo que esto no es bueno para los niños. Será mejor que te relajes. Piensa en tus hijos. —Albert miró al niño mediano, que estaba de pie en el suelo mirándolo. —¿Qué le pasa a tu mamá? —le preguntó.

—No lo sé… —dijo el niño.

—Dale un abrazo, ya verás como se le pasa.

El niño abrazó a Laura y ella le correspondió con su brazo libre. Se calmó un poco. Albert le dio un pañuelo de papel para que se sonara. Yo seguía sin saber que hacer. Al cabo de unos segundos Laura estaba calmada. Me miró.

—No sé por qué haces esto. Espero que te vaya bien.

—Yo también espero que te vaya bien. —le dije.

Laura le dio las gracias a Albert y se marchó con sus niños. Yo respiré aliviada.

—Menos mal que has aparecido. —le dije a Albert. —Gracias.

—¿De qué va todo esto?

—Ella era una amiga de la infancia, pero hoy en día no tenemos nada en común. Así que corté con ella, pero ella insiste en que sigamos siendo amigas cuando, en verdad, no lo somos. Somos apenas conocidas. No tiene ningún sentido.

—Jajaja —Albert se rió a carcajada para mi sorpresa. —Eres un peligro para la sociedad.

—¿Por qué? —dije indignada.

—Nada. Tengo lo que me pediste. No sólo tus… drogas. También sé donde puedes encontrar al tipo que buscas. Sé donde trabaja.

—Genial. —dije aunque no muy entusiasmada.

El asalto de Laura me había conmocionado más de lo que en un primer instante creía. Tenía el corazón acelerado y también me estaban entrando ganas de llorar. Me acordé de que aún tenía las pastillas que me dio el médico en el bolsillo. Las saqué con la intención de tomarlas.

—¿Qué es eso? —preguntó Albert.

—Son ansiolíticos. Me los recetó el médico. Creo que no me encuentro muy bien.

—Normal. No te preocupes. Vamos a tomar un café o un té. O agua, tendrás que acompañar eso con algún líquido.

Albert me cogió por los hombros y me dirigió hacia la cafetería.

—No te extrañes si hablo en verso. —dije.

Albert volvió a reírse a carcajada.

17.

Era sábado por la mañana y me veía a mi misma enfrascada en el enredo de tirantes de mi vestido de hada madrina. Era lo último que me apetecía hacer un sábado por la mañana. Más bien prefería hacer un *brunch* con Víctor y jugar a algún videojuego después hasta la hora de la siesta. Pero Elisa había amenazado que llegaría pronto para maquillarme, y en verdad, para darnos el visto bueno, y que para entonces me quería ver ya vestida. Pedí ayuda a Víctor pero él tampoco consiguió averiguar como iban los tirantes. Estúpido. Éramos ese tipo de personas que resuelven complicadas ecuaciones, que crean algoritmos y que siempre encuentran la manera de pasar al malo de pantalla final de un videojuego, pero no éramos capaces de averiguar como iban los tirantes del vestido. Así que los dejé colgando esperando a que Elisa nos resolviera el problema. Me puse los zapatos de tacón que ella misma me había elegido. Decidí probarlos en casa antes de salir a la calle. Fui a tientas hasta el baño para descubrir que me había venido la regla. Justo lo que me faltaba. Y no porque yo le tuviera especial aprensión a la menstruación, como si le tienen la mayoría de las mujeres. En mi caso, el periodo en vez de provocarme un estado de melancolía y sensibilidad a flor de piel, me producía euforia. Se me olvidó que llevaba puesto los tacones, cuando me levanté de la taza del wáter perdí el equilibrio, con lo cual dejé de sujetar la tela vaporosa del vestido que calló lánguidamente abrazándose mis piernas y sí. Se manchó. Pensé que Elisa me mataría pero eso mismo me hizo reír mucho. Víctor vino a ver porque me reía. Al ver el panorama, él también se echó a reír.

—Anda, primero que todo quítate esos zapatos y dame que te ayudo con eso.

Cogió la falda del vestido por donde estaba manchada y la colocó bajo el grifo. Con un poco de gel de manos limpió la mancha. Yo me bajé con alivio de los tacones. Conseguimos limpiar el vestido justo antes de que mi hermana llegara. Aún así se dio cuenta con horror de que estaba mojado y puso el grito en el cielo.

—No te preocupes hemos conseguido salvar la situación. En cuanto se seque no se notará nada. Pero creo que es mejor que no lleve los zapatos de tacón.

—No te vas a librar tan fácilmente. Te busqué unos de tacón bien bajo.

—Pero mira, precisamente he manchado el vestido porque al levantarme del wáter he perdido el equilibrio y…

—Oh, sabía que esto iba a pasar. Ponte estos zapatos.

Sacó unas bailarinas de una bolsa de deporte que traía llena de cosas. Eran blancas, bonitas y completamente planas. Me sorprendió la capacidad de previsión de mi hermana. Ni yo misma había sido capaz de predecir que necesitaría unos zapatos de repuesto. En la bolsa también llevaba un montón de maquillaje, varias corbatas pañuelos y chales.

—¿Para qué es todo eso?

—Para maquillarte y para vestir a Víctor. ¡Víctor! ¿Ya te has vestido?

—Estoy en ello. —dijo Víctor desde la habitación.

—¡Parezco una hada del bosque! —dije dando una vuelta sobre mi misma.

—Sí, estás muy guapa. —dijo Elisa.

—Es sarcasmo. —le dije yo.

—Oye, durante la boda ahórrate el sarcasmo, ¿vale? No avergüences a mamá.

—Haga lo que haga le va a parecer mal así que…

—No dices que quieres que seamos felices. Pues.

—No creo que eso os haga felices. Oh, ahora me acuerdo. Anoche te hice un perfil en seekinglove.com

—¿Seekinglove? ¡No, por dios!

—Ya, no tiene las mejores opiniones pero es gratuita. La cuestión es que estuve buscando unos cuantos y encontré a uno que aplicando mi fórmula sería una pareja ideal para ti.

—Ya te dije que no quería ir por ahí.

—Pero al menos pruébalo. Queda sólo con éste, no hace falta que quedes con más.

—¿Podemos hablar de esto en otro momento? Ahora estate quieta, y no hables, que sino no te puedo maquillar.

Víctor apareció con el traje puesto, dándose tirones por todos lados. La corbata la llevaba colgada en el cuello. Mi hermana enseguida dejó de maquillarme y corrió hacia Víctor a hacerle el nudo de la corbata.

—Ves este color es perfecto. —dijo Elisa refiriéndose a la corbata. —Es verde igual que el vestido de Mónica pero un tono más oscuro, queda mucho más masculino y elegante. Si fuera el mismo verde que el vestido sería un poco… moñas.

—No me la aprietes mucho. —dijo Víctor.

—Mírate, Víctor, estás genial. Deberías usar traje más a

menudos, pareces hasta guapo.

—Gracias, lo tendré en cuenta. —dijo sin demasiado entusiasmo.

Elisa volvió de nuevo hacía mí, terminó de perfilarme los labios mientras daba ordenes a Víctor para recoger e irnos enseguida. Casi no me di cuenta y ya estábamos saliendo por la puerta. Me dejaba algo. Lo más importante. Volví a entrar corriendo. Mi hermana me llamaba desde las escaleras. Fui a mi habitación y abrí el cajón en el que había guardado las bombetas con polvo de Prozac que había preparado la noche anterior. Si quería poner mi plan en marcha hoy era el mejor día. Había machacado cada pastilla hasta hacerlas polvo y las había hecho un paquetito con papel film de cocina. Lo había hecho por la noche a escondidas en el baño para que Víctor no se enterara. Guardé los paquetitos en mi diminuto bolso para la ocasión y corrí a la entrada donde Víctor ya estaba entrando a buscarme.

—¿Qué te olvidas?

—Nada, ya lo tengo.

—¿El qué?

—El pintalabios, ¿qué va a ser?

—Sí, claro. —respondió Víctor con sarcasmo.

18.

Siempre me ha costado entender la religión. Es demasiado ambigua e incoherente. La religión se supone que es todo amor. El amor a Dios, el de Dios hacía nosotros, el amor al prójimo, el amor a los hijos, a los padres. El amor en general, en todos los sentidos, como fuente de poder universal. Sin embargo, ese amor se queda en nada cuando por nombre de la religión se hacen las barbaridades que se llegan hacer, desde guerras a arruinar la vida de las personas por prejuicios. No puedo entender eso. No puedo entender tanta hipocresía. Así que en lo que se refiere a religión me mantengo distante, porque no es que crea o no crea, es que más bien me da miedo. Miedo por lo que puede llegar a hacer a las personas. No puedo entender la ambigüedad e hipocresía que especialmente la gente en mi sociedad tiene hacía la religión. Un ejemplo, mis padres no son religiosos, nunca han seguido ninguno de los protocolos, y nadie en mi familia parece seguirlos. Es más, a menudo he oído duras críticas hacía los clérigos y la iglesia como institución. Sin embargo, no dejan de acudir en bodas y otros eventos y, no sólo respetan, sino que mantienen acérrimamente esa solemnidad que envuelve el protocolo católico.

—Venga arriba. —dijo Víctor.

Todo el mundo en la iglesia se levanto sincronizadamente. Y ahí estábamos todos. Sábado por la mañana sentados en los bancos de madera de una iglesia. Bonita, por cierto. Eso sí que siempre me ha gustado. Las iglesias tienen ese mágico ambiente de paz, eco y magnificencia. Algo imponente que da esa sensación de estar ante algo supernatural. ¿Tal vez Dios? Está claro que está milimétricamente calculado pero consiguen exactamente lo que quieren. Que la gente crea. Bueno, yo no creo, porque con todo lo que sé, no hay ningún espacio para Dios. No tiene ningún sentido para mí, más allá de que entiendo que a mucha gente le sirve de consuelo. Pero para mí no. Para mí el consuelo no está en dejar mi vida en manos de un ente supe poderoso. Me siento mucha más tranquila cuando mi vida está en mis manos, porque lo haré mejor o peor, pero sé que yo puedo controlar lo que hago o dejo de hacer.

El sacerdote hizo un gesto que yo no entendí. Pero todo el mundo se sentó de nuevo.

—Y abajo. —dijo Víctor. —Hoy estoy haciendo flexiones. Has visto que el cura ganguea un poquito. “Quegidos hegmanos,

estamos aquí gueunidos” —Víctor imitó al cura, yo me reí.

—Debe ser obligatorio para entrar en el seminario. —dije.

—¿También es imprescindible ser calvo?

—Seguro.

—Imagínate como debe ser sus currículos. Habilidades: ganguear y calvicie incipiente.

Lo del currículum me hizo demasiada gracia. Tanta que se me escapó una carcajada que resonó por la iglesia. Automáticamente mi hermana y mi madre se giraron con cara de desaprobación.

—¡Compórtate por Dios! —dijo mi madre.

—Y por el amor de Jesucristo. —añadió Víctor.

—¡Víctor! —dijo Elisa. —Se supone que tú eres quien debe controlarla.

—Perdón. —dijo Víctor.

Yo me estaba muriendo de la risa. Aunque trataba de disimularlo tapándome la cara con la mano. Pero igualmente mi cuerpo se sacudía con la risa, todo y que Víctor intentaba controlarse, se le contagiaba y también se reía.

—Es que lo sabía. —dijo mi madre.

Por fin el ritual completo terminó y pudimos salir fuera a respirar y reírnos a nuestras anchas. La mayoría de los invitados revoloteaba alrededor de los novios dando besos y abrazos. Pero Víctor y yo nos manteníamos apartados. No funcionó. Mi madre me llamó de lejos y con su mano nos indicó que nos acercáramos. Quería que felicitáramos a la feliz pareja.

—Enhorabuena. —dijo Víctor estrechando la mano del novio.

Sabía ser muy diplomático cuando quería y conocía bien los protocolos. Yo sólo asentí tras de él. Luego Víctor le dio dos besos a mi prima Carla.

—Felicidades. —le dijo Víctor.

—A ver si también se casan pronto, que ya sería hora. —añadió mi madre.

—No creo que pase. —dijo Víctor sonriente.

—Mónica, a mi me encantaría ir a tu boda. —dijo Carla.

—Pero yo no creo en el matrimonio. No tengo ninguna razón para casarme.

—Pero hace mucho que estáis juntos y…

—Pero el matrimonio no nos va. —dijo Víctor.

—Con lo bonito que es una boda. —interrumpió mi madre. —Además, se hace por la familia, es un día de celebración.

—No soy creyente, hacer una promesa de compromiso ante Dios no tiene ninguna lógica o significado para mí. Además, el

matrimonio simboliza la sumisión de la mujer dentro de una sociedad patriarcal. También se ha utilizado a menudo como forma de crear alianzas y afianzar negocios. No me encuentro en ninguno de esos casos. No hay razón por la que deba casarme. Y de hecho no entiendo por qué tú te casas. —le dije a Carla.

—Mónica… —me advirtió mi madre.

—Bueno, pues… no sé. Por amor supongo.

—Puedes amar sin casarte.

—¡Mónica! ¡Por Dios! —estalló mi madre.

—No pasa nada, tía. —calmó Carla a mi madre. —Pues supongo que me caso para hacer un compromiso. —Carla quería darme una respuesta contundente pero me sonó mucho más insegura y dudosa que su primera respuesta. —Oye, tú y Víctor podéis veniros algún día a cenar a casa, así veis nuestro piso.

—No lo creo. Normalmente nunca nos vemos. No sé por qué deberíamos empezar ahora. Pero, eh, si alguna vez necesitas algo... —intenté arreglarlo ante la mirada de amenaza de mi madre. —Bueno, nos vemos luego.

Cogí a Víctor de la mano y nos alejamos. Mi madre aún se quedó un rato más charlando con la novia antes de venir tras nosotros a echarnos una reprimenda.

19.

Desde que llegamos al lugar donde se hacía el banquete había estado buscando una oportunidad para subministrarle el Prozac a mi hermana, pero no la tuve. Tenía los paquetitos con las pastillas molidas en mi mini bolso pero constantemente había gente alrededor. Imposible.

Por fin después de la comida, y antes de que llegara el pastel de boda, había un ambiente más distendido. Se habían hecho grupitos de gente ahí y allá y no parecían estar tanto observando a los demás. Tal vez porque la mayoría ya iban borrachos, incluida Elisa. Se movía entre un espectro de alegría irracional y repentinos ataques de melancolía. En uno de esos, me pidió cariñosamente, y por favor, que fuera a pedirle una copa a la barra libre. Por fin, tuve mi oportunidad. Pedí la copa y después pedí un zumo para mí. No es que estuviera en contra del alcohol, es más, a menudo he disfrutado con una cierta dosis. Su propiedad vasodilatadora realmente crea una agradable sensación de relax. Pero ese día no quería beber simplemente porque quería estar con todos mis sentidos en plena forma para observar a mi hermana. Así que cuando el camarero me dio la bebida de Elisa, le pedí un zumo para mí, y mientras buscaba el zumo, yo, que previamente ya había abierto uno de los paquetitos y puesto el polvo en mi mano, en un gesto rápido deje caer todo el polvo en el vaso. Pero se quedó flotando en la superficie. Rápidamente cogí una pajita y lo removí. El camarero se dio cuenta de mi momento de apuro, pero me hizo una mirada de complicidad que al pronto no entendí. Más tarde caí que, probablemente, el camarero pensó que estaba yo misma tomándome alguna droga para animarme en la fiesta.

Volví a la mesa y le di su copa a Elisa, que le dio un trago sin notar nada raro. Justo entonces mis padres se acercaron a nuestra mesa. Ellos habían estado sentados en otra mesa durante el banquete.

—¿Cómo lo estáis pasando? —preguntó mi madre.

—Uhhm —fue todo lo que mi hermana dijo al tiempo que bebía.

Acto seguido mi madre me miró a mí y a Víctor, claramente esperaba una respuesta más satisfactoria de nuestra parte.

—Bien. —dije yo.

—El bacalao estaba delicioso, ¿verdad? —salió Víctor al paso.

—Sí, la verdad es que sí. A ver que tal la tarta. Espero que no

sea empalagosa. —respondió mi madre.

—A mí me ha gustado mucho el entrante. —dijo mi padre.

—Sí, muy bueno. —dijo mi madre. —Oye, Mónica, ¿has pedido disculpas a tu prima?

—¿Disculpas? ¿Por qué?

—Por lo que le has dicho en la iglesia. Ha sido muy borde.

—Sí, hija, no está bien que digas esas cosas. —añadió mi padre para mi sorpresa.

—Yo sólo le he dicho lo que pienso, y por que ella me ha preguntado.

—Pero Mónica —dijo mi hermana. —¿Qué te cuesta hacer el esfuerzo de ser un poco amable? Simplemente miente por una vez, di que sí, que ya veremos y quedas bien.

—Pero ¿para qué mentir? Ella estaría realmente esperando a que me case cuando no va a pasar.

—¿Y qué? —dijo Elisa. —Eso es lo que hace la gente constantemente para quedar bien: mentir. Miente un poco que no cuesta tanto y así no haces daño a nadie.

—Pero…

—Creo que deberías ir a disculparte. —volvió a insistir mi madre.

—¿Y qué le digo?

—Dile que estabas borracha. —dijo mi hermana en un tono sarcástico.

Yo busqué la mirada de Víctor pidiendo ayuda. Él sólo se encogió de hombros.

—No, eso no. —añadió mi madre. —Simplemente di que has pensado en lo que le has dicho y que te has dado cuenta que no era correcto.

—Sí era correcto. —repliqué.

—Sólo dile que sientes haberle dicho eso antes. Nada más. —añadió mi padre.

Yo volví a buscar a Víctor.

—Yo puedo ir contigo y nos disculpamos los dos. —dijo él.

—¡No! No tengo nada de que disculparme. Y tú deberías estar aquí para apoyarme, no para moralmente apedrearme. ¿Me pedís que mienta sin amarres, y que traicione así todo lo que yo ame? —de nuevo la rima.

Mi padre y mi madre ya no dijeron nada. Miraron a su alrededor buscando alguna excusa para marcharse. Mi hermana se dio la vuelta hacía la mesa, con total desinterés y dando un largo trago a su vaso. Víctor intentó abrazarme pero yo le empujé.

—Déjame.

Les miré a todos, yo tampoco sabía que hacer. Pero si me di cuenta que mi tendencia a la poesía resultaba muy efectiva para cortar discusiones de raíz. Igualmente el ambiente era demasiado tenso para hacer nada más a parte de marcharme. Me fui corriendo al baño. El baño era bonito y acogedor. Tenía toallas enrolladas en una estantería y bonitos botes de jabón y perfume. Incluso un bonito sofá para sentarse. Me senté en él. Y entonces me di cuenta que había alguien más en el baño. En el cubículo continuo había alguien que abrió la puerta y se asomó. Era mi prima Carla.

—Oh, Mónica, eres tú. ¿Te puedo pedir un favor?

—…sí. —dije con pocas ganas.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—No muy bien. Creo que necesito…

Me puse a rebuscar en mi mini bolso, trataba de encontrar las pastillas que me recetó el médico. Entre tanto aparecieron también algunos de los paquetitos de Prozac.

—¿Qué pasa? ¿Qué es todo eso? —preguntó Carla.

—Son drogas. Necesito algo, tengo ansiedad.

Carla salió del cubículo, arrastrando con cierta dificultad su pomposo vestido. Se acuclillo ante mí, con su gran vestido blanco haciendo merengue alrededor suyo y mío. Me cogió las manos para detener mi frenética búsqueda en mi minúsculo bolso y me hizo mirarle a los ojos.

—¿Eh? ¿Qué te pasa? Cuéntame.

—Mis padres. Y mi hermana y Víctor. Me han puesto nerviosa. —le dije.

—¿Por qué?

—Porque quieren que me disculpe por lo que te dije antes.

—¿A mí? —dijo Carla sorprendida. —No tienes nada de que disculparte.

—Eso es lo que yo creo. Pero según ellos sí, dicen que he sido mal educada contigo, que debería haberte mentido y no decirte lo que pienso.

—Oh, no. No tienes que mentirme. Me parece bien que me digas lo que piensas, es tu opinión y no tiene porque ser igual que la mía. No pasa nada. Tranquilízate. Yo hablaré con tus padres. Les digo que ya esta todo resuelto. Pero no hace falta que te tomes nada, mujer.

—Gracias. —le dije sinceramente.

—Ahora ¿te puedo pedir un favor?

—Claro.

—Verás, se me hace muy difícil ir al baño con este vestido. Te importa aguantármelo mientras…

—Ah. Claro, no hay problema.

Pusimos la operación en marcha. Realmente era complicado. El vestido tenía tanto volumen que apenas cabía en el cubículo. Tuve que levantarle la falda, como si fuera una tienda de campaña. No pudimos cerrar la puerta. Pero ella, rápidamente consiguió bajarse las braguitas y mear.

—Realmente este vestido es un incordio. —dijo Carla. —Suerte que no me lo tengo que poner nunca más.

—A no ser que te vuelvas a casar.

—Oh, no lo creo. ¿Sabes? En realidad yo pienso bastante como tú. No le veo demasiado sentido a esto del matrimonio, boda, etc.

—¿Entonces por qué te casas?

—Bueno, llevamos muchos años juntos, incluso viviendo juntos, y a mis padres y a sus padres le hacía mucha ilusión una boda así que… digamos que más que tener razones para hacerlo, no tenía razones para no hacerlo.

—Pero eso no está bien. No debería hacer nada que no quisieras realmente hacer.

—Bueno, no es que no quiera. Me da igual. Y si así hago feliz a mi familia pues… tampoco me cuesta nada. Al final mi vida va a seguir como siempre.

—Sigue sin parecerme bien. A mi modo de ver, es como una traición a ti misma.

Ella terminó de hacer sus cosas, y volvimos a la operación de salir del cubículo y recomponer el vestido.

—Uff este vestido realmente aprieta un montón. No veo el momento de quitármelo. —me miró. —Gracias por la asistencia.

—De nada. —contesté, aunque me quedé un poco sin saber que más hacer o decir.

—¿Sabes? No creo que sea una traición a mi misma porque sé por qué lo hago, y lo hago premeditadamente. Venga, vamos juntas así tus padres verán que ya hemos hecho las paces y te dejarán en paz.

Así fue, salimos juntas del baño y Carla me acompañó hasta la mesa. No dijo nada sobre el asunto, simplemente fue amable y sonriente con todo el mundo y, efectivamente, como ella dijo, mis padres no volvieron a decir nada sobre el tema. Cuando ya nos dejó para seguir con la ruta de saludos, yo, en un arrebato impulsado creo que por mi euforia menstrual, le di un fuerte abrazo a Carla. Ella respondió del mismo modo emotivo.

—Si necesitas cualquier cosa, cuenta conmigo. —no sé ni porque le dije eso. Creo que estaba poseída.

Carla se emocionó todavía más. Tanto que incluso se le escapó una lágrima que yo no entendí. No entendí ni mi comportamiento, como para entender el de ella. Por suerte, se despidió y se fue volando. No hubo tiempo para incomodarme con las lágrimas ajenas. Por fin pude seguir observando a Elisa.

20.

Cuando la fiesta ya había terminado y la mitad de la gente se había marchado, Carla se acerco para decirnos que unos cuantos habían decidido seguir en alguna discoteca y sí queríamos apuntarnos. Elisa, que había estado flirteando con todos los hombres jóvenes que habían en la boda, sin siquiera fijarse si tenían pareja o no, se apunto in so facto. Yo, que esperaba tener la oportunidad de suministrarle algo más de Prozac, también me apunté, para la sorpresa de Víctor. Sorprendido, pero entusiasmado. No pasaba muy a menudo que yo quisiera ir a bailar, tampoco que yo luciera un bonito vestido, con un buen escote. Creo que estaba tan sorprendido como excitado.

Nos fuimos todos de fiesta y una vez en la discoteca mi hermana estaba bastante divertida. No paraba de bailar y me cogía para que yo bailara con ella, y se acercaba y bailaba con cualquier chico guapo que pasara por ahí. Además, estaba cariñosa conmigo, me abrazaba y me daba besitos, al tiempo que estaba agresiva con los hombres, que tan pronto los cogía de un puñado arrimándose a ellos, como de pronto les daba un empujón para apartarlos. Yo me ofrecí a pagarle una copa a Elisa y Víctor, yendo yo sola a la barra con la excusa de que Víctor vigilara a mi hermana. Así una vez más le puse Prozac en la bebida. Cuando volví Elisa estaba bailando con Víctor como muy… sensual. Víctor estaba claramente incómodo. Les di a cada uno su copa, Elisa cogió la suya y bebió pero sin apartarse de Víctor, todavía con un brazo alrededor de su cuello.

—Según mi hermana, eres el hombre ideal. —dijo Elisa a Víctor. —Pero no pareces gran cosa. ¿Será que la tienes enorme?

Sin más le agarró el paquete tirando de él. Víctor me miró con cara de susto y suplica a la vez, pero yo me reí. Realmente la situación me parecía divertida. Que mi hermana estuviera intentando algún tipo de interacción sexual con Víctor era totalmente inaudito. Y qué además Víctor le siguiera la corriente era aún más imposible. Nada podía pasar. Era sencillamente gracioso, nada más. Elisa fue más allá. Le acarició el paquete mientras le agarraba fuerte por el cuello para que no pudiera escaparse.

—Esto no se sabe hasta que no se pone bien dura. —le dijo al oído de forma intimidante.

—¡Mónica! —suplicó Víctor.

—¿Qué quieres que haga?

—¡Algo!

—No te preocupes. —dijo Elisa dejando su paquete y cogiéndome a mí también del cuello. —No tengo intención de robarte a tu hombre ideal. Es todo tuyo, *my sister*.

Soltó del todo a Víctor y me pasó los dos brazos por el cuello, acercando su frente hasta tocar la mía.

—Te quiero demasiado como para hacer nada que pueda hacerte daño. Lo sabes, ¿verdad?

—No, no lo sabía.

—Pues no lo olvides. Esto nuestro es amor del de verdad. El que nunca encontrarás en ningún hombre. No lo olvides.

Aguantó una mirada directa a mis ojos durante unos segundos y entonces me dio un suave y sutil beso en los labios. Acto seguido me soltó dando una vuelta, una palmada y siguió bailando. Yo me quedé estupefacta, y Víctor todavía más, estaba boquiabierto. No sé si contento o molesto. En nuestro estado de shock nos olvidamos un poco de Elisa y cuando nos dimos cuenta ya estaba atacando a otro tipo. Uno que tenía novia. La cosa se puso tensa y de pronto Elisa discutía con la novia. El tipo trato de parar a Elisa cogiéndola por los brazos pero con tan mala suerte que Elisa perdió el equilibrio y cayó al suelo. En ese momento Víctor y yo corrimos a auxiliarla, y Carla también se acercó.

—Oye, tu hermana no parece estar muy bien. —me dijo Carla. —Creo que sería mejor que la llevarais a casa.

No se le había pasado por alto que desde que llegamos Elisa la había estado liando con muchos de sus amigos y familiares. Supongo que lo que a mí me parecía divertido a Carla le parecía bochornoso. Y a la propia Elisa también le parecería de estar sobria. Le hicimos caso y nos llevamos a Elisa entre algunas quejas vagas, ya no tenía fuerzas ni para discutir.

Le dije a Víctor que iría con Elisa a su casa y me quedaría con ella para asegurarme que estaba bien. Víctor no entendió que tuviera que quedarme, insistió en que podíamos dejarla en su casa y volver a la nuestra. O que incluso, podíamos llevarla a nuestra casa.

—Yo quiero pasar la noche contigo. —me dijo Víctor cariñoso.

—Tal y como está mi hermana tengo la oportunidad de sonsacarle más cosas. Es el momento ideal, pero si estás tú seguramente se cortará más.

—Antes no se ha cortado nada.

—Pasamos todas las noches juntos, por una noche separados no pasa nada.

—¿En serio crees que te va a decir algo útil? Mírala, está hecha un trapo.

—Por eso mismo, digamos que su usual filtro ha caído. Ahora puedo saber qué necesita para ser feliz.

—Eso es lo único que te importa ¿verdad? Tú estúpido plan.

—¡No es estúpido!

—Estás tan preocupada por encontrar la felicidad que simplemente la estás dejando escapar.

—¿Qué quieres decir?

—La felicidad no es esto. No se fuerza, no se inventa. Se siente, y sólo tu puedes sentirla, sólo la tuya propia, no la de los demás. —Víctor suspiró. —Mónica, por qué no hablas ya claro. No eres feliz, eso lo has dejado claro. Y te entretienes en buscar la felicidad de los demás para no reconocer tu propia realidad. Ya no me quieres.

—Víctor, no es eso. Te lo he dicho un montón de veces. Yo no tengo ninguna duda sobre nuestra relación. Es perfecta tal como es.

—No, no es perfecta. —Víctor se dio la vuelta y ya de espaldas me dijo. —Haz lo que quieras. Ves con Elisa. Te veo mañana.

Me fui con Elisa. Sabía que Víctor no estaba bien, pero decidí que pensaría en eso mañana. Ya hablaría con él. Ahora seguiría con mi plan. Por la mañana podría darle otra dosis a Elisa y a partir de ahí tendría que ver de que manera conseguía seguir administrándole el Prozac regularmente. La metí en un taxi y no fuimos pero a mitad de camino tuvimos que parar para que Elisa vomitara. Después el taxista ya no quiso llevarnos. Elisa apenas se aguantaba de pie y por más que traté de parar otro taxi no hubo manera. Tuvimos que caminar y yo tuve que arrastrar a Elisa. Ella se abrazaba a mí y no paraba de hacerme carantoñas y besitos diciéndome lo guapa que era su hermana pequeña. Reconozco que me incomodaba mucho. Yo no estaba nada acostumbrada al contacto físico. Sólo el de Víctor, nadie más. Incluso a menudo me costaba y trataba de evitar saludar a la gente para no tener que darles los dos besos en la mejilla protocolarios. Prefería mil veces estrechar la mano como hacen los ingleses pero, claro, eso en mi cultura es casi inaceptable.

21.

Me desperté y Elisa seguía muerta pero abrazada a mí. Dormimos las dos juntas en su cama y, a pesar que yo intenté mantener mi espacio, ella insistió una y otra vez en abrazarse a mí. Por la mañana Elisa apestaba, tenía el pelo revuelto y el maquillaje corrido. Traté de deshacerme de ella con cuidado para no despertarla. Cosa que me costó pero aun así no se despertó. Sólo gruñó, se dio la vuelta y siguió durmiendo. Me fui a la cocina a preparar café al que añadí una nueva dosis de Prozac. Entre tanto tuve tiempo de idear una manera de seguir dándole pastillas. Le preparé un zumo de varias frutas y verduras y mezcle unas cuantas pastillas. Calculé que habían cuatro vasos de zumo así que puse cuatro pastillas. Cuando por fin Elisa se levantó le ofrecí el café, que se bebió con gusto.

—Vaya noche. —dijo Elisa. —Dime que no hice nada… no sé, nada chungo.

—Bueno, depende.

—¿De qué? ¡Oh, Dios! ¿Qué hice?

—Le metiste mano a Víctor. —dije riendo.

—¡No!

—Y a muchos más.

—Mierda. Dime que no le metí mano al novio.

—No, no, me dijiste que no era nada tu tipo. Que no podías creer que Carla, que es tan mona, se casara con semejante adefesio.

—Oh. —dijo dejando caer la cabeza entre sus manos.

—Pero esto me lo dijiste a mí, no a ella. Por cierto, mira.

Le enseñé mi móvil. Mientras Elisa dormía había estado buscando en la web de contactos nuevos perfiles. Había encontrado a un hombre que, de acuerdo la web y todavía más según mi fórmula, era 98% compatible con Elisa.

—Mmm… guapo. —dijo Elisa.

—Le he escrito de tu parte y ha contestado. Dice que está libre el jueves para cenar.

—¿Qué? Ya has arreglado la cita.

—Todavía no he confirmado nada pero… ¿Qué crees?

—El chico es guapo. Parece interesante. Es algo mayor que yo pero casi mejor. Y tiene buen trabajo… Venga, va, por qué no. Me pillas de buen humor. Dile que sí.

—Fantástico. —escribí un mensaje en el móvil. —Oye, ¿y cómo

es que estás de buen humor?

—Pues no sé. Será que ayer, con todo, me lo pasé bien.

—Sí, verdad, te lo pasaste bien. ¿Qué tal sienta eso?

—¿El qué?

—Pues divertirte y sentirte bien.

—Pues bien, claro.

—¿Y qué tal sería tener siempre ese bienestar?

—¿De qué estás hablando?

—Tal vez eso es lo que necesitas. Sentirte bien.

—Bueno, claro. Eso es lo que todo el mundo necesita. Y es fácil en una fiesta, pero no en el día a día… el trabajo, las preocupaciones.

—A eso me refiero. Imagina que pudieras sentirte así cada día.

—No quisiera tener cada día la resaca que tengo hoy.

—No, me refiero a sentirte bien y alegre, pero sin resaca, claro.

—Pues me parecería genial, pero ¿cómo se consigue eso sin drogas?

—Bueno, precisamente drogándose es como se consigue.

—Me estás diciendo que me drogue. ¿Quieres que sea una *yonkie*?

—No. Sólo quiero que consideres la posibilidad de alguna ayuda…química. Podrías ir al médico y…

—¿En serio? —me cortó. —¿No es un novio perfecto lo que necesito? ¿Ahora son pastillas? Estás diciendo que soy depresiva.

—Bueno, yo no tengo potestad para diagnosticarte. Sólo digo que es una posibilidad.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Siempre estás así como desanimada. Pero ayer… te emborrachaste y te lo pasaste bien.

—Vale, es cierto que ayer bebí más de la cuenta, pero eso no quiere decir que esté deprimida. Sólo que quizá estoy pasando por una mala época, nada más.

—Precisamente, que ayer lo pasaras bien es la prueba de que con una ayuda adicional estarías bien y con buen ánimo seguro que todo iría mejor también.

—No entiendo nada.

—Anoche estabas bien. Feliz. Podría ser siempre así.

—No. Anoche estaba borracha y haciendo el ridículo. No quiero que sea siempre así.

—No estabas borracha. Estaba… —tuve que contenerme. —… feliz.

—¿Mónica? —preguntó con sospecha en su mirada. —¿De qué

va esto?

—Sólo digo que deberías contemplar esa posibilidad.

Seguía mirándome con sospecha, no se fiaba. Pero de pronto cambió totalmente su expresión y sonrió dulcemente.

—Está bien. Se nota que te preocupas por mí y te lo agradezco. Te prometo que pensaré en ello. Ahora déjame ver más fotos de ese tío. Tal vez no necesite ninguna pastilla si él es el hombre de mi vida. —Elisa sonrió de nuevo.

Estaba claro, el Prozac estaba haciendo efecto, y ahora que no estaba mezclado con alcohol funcionaba incluso mejor. Elisa era dulce y risueña. Le dije que le había preparado un zumo multa vitaminas, para la resaca. Que se tomara sólo un vaso y otro mañana. Le había hecho zumo para varios días.

—La resaca no me va a durar tanto. —replicó Elisa.

—No es sólo para la resaca. Está claro que un aporte diario de vitaminas puede también ayudar a la transmisión de dopamina. Es decir, que te ayudará a sentirte también mejor. Pero de modo natural.

—OK. Lo que digas. Espero que este bueno, por eso.

—Está bueno. Me marcho ya, Víctor me debe estar esperando. Pero, oye, no te olvides de tu cita el jueves, ¿eh?

—Claro que no. Ven aquí.

Se levantó y vino hasta a mí. Me dio un fuerte abrazo, yo no pude evitar hacerle un poco la cobra. Pero tras un segundó me dejé caer en su abrazo, era agradable.

—Gracias. —me dijo.

22.

Cuando llegué a casa Víctor estaba todavía en la cama, pero viendo una película en la Tablet. Yo salté sobre la cama entusiasmada y me tumbé a su lado.

—Mi plan está funcionando. Elisa ha aceptado salir con un tío de la web.

—Me alegro. —dijo con desgana sin apartar la vista de la película.

—Estoy tan entusiasmada que… esto tengo que contártelo.

—¿El qué?

—Víctor, no te lo había dicho aún pero he estado sopesando que, tal vez, lo que le pasa a Elisa es que está deprimida.

—Sí, eso yo también lo creo.

—Tiene sentido ¿verdad? Pues decidí comprobarlo directamente así que desde ayer le he estado subministrando Prozac en secreto.

—¡¿Qué?! —dejó la Tablet a un lado y se incorporó.

—Pues eso. Durante la boda le puse Prozac en su bebida y está mañana de nuevo. Y se nota, tiene un humor completamente distinto.

—¿Tú estás loca?

—Estoy segura que es gracias a eso que ha aceptado probar una cita, si no…

—¡No puedes hacer eso! ¿La estás drogando y ella no lo sabe?

—Sólo quiero observar si realmente crea una diferencia, entonces se lo explicaré y ella misma tendrá que darme la razón.

—Se enfadará. Aun que funcione, no puedes hacer eso, Mónica. ¿No lo entiendes? Eso no se le hace a la gente.

—Ella no aceptaría tomarlas, ni siquiera ir al médico. Es demasiado orgullosa. Está es la manera.

—¡No lo es! —Víctor se levantó de la cama. —Miles de cosas pueden pasar, puede tener una reacción alérgica, o… imagínate. Estuvo bebiendo toda la noche, pudo tener problemas por la mezcla y ella ni siquiera sabría por qué. ¿No te das cuenta? Es una traición. La estás engañando. Es una tremenda falta de respeto. Una violación de todos sus derechos. Pasas por alto su voluntad.

—No es para tanto. En uno días se lo diré, y ella misma podrá darse cuenta.

—No se lo digas. Dejará de hablarte. No le digas nada, simplemente olvídalo y ni se te ocurra darle más pastillas.

—Bueno, le he dejado para varios días.

—¡Ni hablar! Mónica, escúchame, está vez te has pasado de la raya. Esto tiene que acabar. Ya basta de tu plan. Lo único que haces es jugar con la gente y decidir por ellos. Eso no se hace, si quieres a la gente debes respetarles y dejar que ellos decidan.

—Pero ellos no hacen nada, se conforman con ser infelices. Por eso empecé todo este plan, porque me di cuenta que yo tenía que hacer algo.

—Ocúpate de tu vida y deja a los demás que se ocupen de la suya. —de pronto paró y se quedó pensativo. —Mónica, dime que no me has hecho nada a mí. ¿No me estarás drogando?

—A ti no me hace falta drogarte, ni nada. Te lo he dicho ya muchas veces, tú no entras dentro de mi plan porque tú no eres infeliz. No hay nada que deba hacerte a ti.

—Ah, yo no soy infeliz. Piénsalo dos veces, tal vez podrías pensar en hacerme un huequito en tu plan divino.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás siendo sarcástico?

—¡Sí! Deberías preocuparte de mí, y sólo de mí, por que sabes qué: no soy feliz. Y no lo soy porque tú me haces infeliz. —se dirigió hacia la puerta.

—¿Víctor?

—¿Qué?

—¿No quieres sexo?

—¡¿Qué?!

—Hoy es domingo, hoy es día de…

—¡¿En serio?!

—Creí que estabas enfadado porque en día de sexo me quedaba en casa de mi hermana…

Se marchó de la habitación sacudiendo la cabeza dejándome con la palabra en la boca. Yo me estiré de nuevo en la cama mirando al techo para pensar en todo lo que Víctor me había dicho. En que estaba mal hacer algo a la gente de lo cual no son conscientes, aun cuando lo haces por su bien. Que son ellos los que deben decidir conscientemente. Pero también se supone que el fin justifica los medios. Y que de otro modo mi hermana nunca sabría las ventajas de medicarse. Sólo se me ocurría una solución para saber si Víctor tenía razón o no. Se lo contaría a mi hermana y si Elisa se enfadaba entonces quería decir que Víctor estaba en lo correcto, pero si no se enfadaba entonces yo tenía razón y habría hecho bien tomando la iniciativa por ella.

Pasó mucho rato, yo acabé durmiéndome por un par de horas. Entonces Víctor vino a despertarme. Seguía serio igual que antes,

incluso la forma de despertarme no fue muy amable, no como él solía hacerlo. Ningún beso ni caricia.

—¡Ey! ¿Quieres ir al cine? —al menos parecía una propuesta de paz.

—Vale.

Fuimos al cine, compramos palomitas, nos sentamos en la sala y disfrutamos de la película. Durante todo el rato hicimos ver que nada había pasado, a pesar de que había una cierta tensión entre nosotros. Pero todo fue normal, como siempre. Al acabar la película ya tuvimos tema de conversación. Mientras salíamos a la calle la comentábamos, hasta que algo totalmente imprevisto pasó. Saliendo del cine nos encontramos con mi padre, curioso, en realidad jamás me había encontrado por casualidad a mi padre en ningún lugar. Ya era algo raro, pero el verdadero acontecimiento es que iba acompañado y no por mi madre. Un hombre de su misma edad iba con él. Nos lo presentó como su amigo Juan, yo nunca le había visto antes. Todos nos saludamos con normalidad. Comentamos la película y finalmente nos despedimos y cada cuál siguió su camino.

—¡Víctor! —yo aún no salía de mi asombro. —¡Mi padre es gay!

—No. No, no, no, no. No vayas por ahí. No.

—Todo encaja. Por eso no es del todo feliz. Pero si el sale del armario y mi madre vuelve con su amante todos serán felices, y Elisa se enamorada de su 100% compatible y…

—No, Mónica, no. ¿De qué ha servido nuestra discusión de ante? Deja de liarla, y tu padre no es gay, ¿vale? Sólo ha ido al cine con un amigo. ¿Qué tiene eso de raro?

—Conozco a mi padre, no va a ningún lugar sin mi madre. Jamás lo ha hecho. Ni siquiera tiene amigos y ¿de pronto, tiene un amigo con el que va al cine?

—Tal vez es que no conoces a tu padre.

Víctor no me convencía. Ese encuentro había sido demasiado revelador. Era justamente la pieza que me faltaba. Ahora todo mi plan cobraba mucho más sentido. Todo parecía encajar perfectamente. No iba a detenerme ahora, aunque Víctor se enfadara conmigo.

23.

Pese a Víctor, mi plan seguía. Tenía que seguir, porque tenía que saber si yo tenía razón y podía hacer que la vida de todos cambiara para mejor. Si cabía esa posibilidad, abandonar y nunca saber que hubiera pasado de haber seguido, era algo que no soportaba ni siquiera pensarlo. Tenía que llegar hasta el final. Por eso me lancé a lo más complicado de mi plan. A hablar con el ex amante de mi madre. Albert me había dicho donde trabajaba. En las oficinas principales de una empresa de marketing digital. Primero llamé preguntando por él, pero no conseguí jamás que me comunicaran directamente. Sólo con su secretaria. Finalmente opté por mentir y solicitar una reunión con él con la excusa de que era una diseñadora de videojuegos y quería presentarle un proyecto que podía ser de su interés. Aún así tuve que insistir mucho, y llamar al menos dos veces al día, hasta que por fin me dieron una cita.

Me dieron la cita, volví a llamar al trabajo diciendo que estaba enferma, me fui a las oficinas, pregunté por el Sr. Daniel Galiano, recorrí una infinidad de pasillos, me perdí un par de veces y tuve que volver a preguntar. Finalmente, cuando por fin llegué a su oficina, su secretaría me hizo esperar. Esperé un buen rato con mi Tablet en mano y fingiendo repasar mi ficticia presentación.

Cuando por fin crucé la puerta de su despacho me quedé de piedra. A pesar de que él se acercó, me estrechó la mano y me invitó a sentarme, yo seguía medio en shock y sin saber que decir. No tenía nada que presentarle, por supuesto, sólo pretendía hablarle de mi madre pero no era capaz. El señor Galiano rondaba los cuarenta y pocos, el traje le sentaba de maravilla, se notaba que se cuidaba mucho y hacía ejercicio. Sus ojos azules y brillantes tenían algo de honestos que intimidaban. Falsamente honestos imagino, seguro que formaba parte de sus técnicas intimidatorios de buen ejecutivo agresivo. Pero lo cierto es que no resultaba nada agresivo, todo lo contrario, más bien extremadamente amable y agradable. Sinceramente, lo que me pasó es que no pude imaginarme ni por un segundo a mi madre con ese hombre. Desde el principio lo había imaginado como un señor bigotudo y barrigón, para nada esa especie de Brad Pitt trajeado.

—Tengo entendido que está muy interesada en presentarme un proyecto suyo, señorita… —dijo él.

—Mayo, Mónica Mayo. Emm… supongo que mi apellido le

suena. No, claro, no. Es el apellido de mi padre. —dije confundida, sin saber por donde empezar.

—¿Nos conocemos? Perdóneme si no la he reconocido.

—No, nunca antes nos hemos visto pero… —él me miró interrogativo. —Nada. No nos conocemos.

—Bien, cuéntame algo sobre el proyecto. No te importa que te tutee, ¿verdad?

—Claro que no.

—¿Quieres tomar algo? Un café, un zumo. ¿Agua?

—Sí, agua por favor.

Le hizo un gesto a la secretaría que enseguida entró, pidió agua y un café para él. La secretaría se marchó. Él, que había estado todo el tiempo de pie, se sentó, medio apoyado, sobre la mesa justo en frente de mí. Era una actitud pretendidamente desenfadada pero en realidad intimidatorio, pues su cabeza estaba por encima de la mía.

—¿Y bien?

Yo cogí mi Tablet, la encendí y empecé a pasar paginas y cerrar aplicaciones bastante al azar pero todavía pretendiendo que buscaba mi supuesta presentación. Cuando ya no me quedaba nada que cerrar y pude sentir su impaciencia. Decidí que no había una manera buena de salir de ahí. Sólo dos opciones. Marcharme sin más y olvidarme del tema o decir directamente la razón por la que estaba ahí.

—Le seré sincera, señor…

—Llámame Daniel.

—Señor Daniel.

—Oh, no. Sólo Daniel. —se rió a carcajada. Mejor para mí.

—Bueno, Daniel, no tengo ningún proyecto. Estoy aquí por algo mucho más personal.

Daniel me miró extrañado y de pronto se le cambió el semblante, esa sonrisa/mueca de buen rollo que tenía puesta desde el principio desapareció. Y se puso algo violento. Volvió a levantarse y se alejó de mí pero se quedó de pie.

—¿Qué es lo que quieres? —dijo con cierta rudeza.

—No es nada malo, no. Creo. —él siguió mirándome inquisitivo. —Creo que usted, emm… Daniel. Creo que conocías a mi madre.

—¿Quién es tu madre?

—Bueno, según tengo entendido hace muchos años, cuando yo apenas era una adolescente, mi madre y usted… tú erais muy íntimos.

—¿Íntimos?

—Sí. Quiero decir que tuvisteis una relación amorosa. Pero entonces mi madre estaba casada.

Cambió de actitud. Creo que de pronto se acordó. Caminó despacio hacia el otro lado de su escritorio donde se dejó caer sobre su butaca de piel. Puso los codos sobre la mesa, la cabeza entre sus manos, se frotó un poco las sienes, para después juntar sus manos y apoyar en ellas su mentón. Volvió a mirarme en esa postura sin decir nada, esperando que yo siguiera con mi historia.

—La cuestión es que mi madre no es feliz. Y creo que es porque ella sigue enamorada de ti.

Él suspiró hondo, miró para otro lado y pensó durante unos segundos.

—Yo estoy casado. —dijo. —Tengo dos hijos. Una niña de ocho años y un niño de cinco.

Volvió a mirarme sin decir nada, yo esta vez no sabía que más decir. No sabía si en su frase estaba toda la respuesta, si lo estaba, yo no lo había pillado.

—¿Entonces? —pregunté tímidamente.

—Esto es muy raro. —contestó él. —Vienes aquí y me cuentas que aquella mujer con la que estuve hace más de quince años sigue enamorada de mí y quiere volver conmigo. Pero yo ya tengo mi vida y no entiendo por qué debería… por qué… ¿por qué ahora? Ha pasado una eternidad.

—Nunca es tarde para ser feliz. —dije yo.

—Yo ya soy feliz.

—¿Y no lo serías más con mi madre?

—No lo creo.

—Ah.

Un problema que no había previsto, que él no estuviera enamorado de mi madre y que además no sólo no fuera un infeliz, si no que ya fuera completamente feliz. Otro problema añadido a la búsqueda de felicidad. Así como es relativa también es a veces incompatible. Pues en este caso la felicidad de mi madre podría suponer la infelicidad de Daniel. Mi plan era hacer a la gente feliz no infeliz. Estaba claro que no podía seguir por ahí. Mi madre tendría que olvidarse de Daniel para siempre.

—Lo siento mucho. Pero bueno, tenía que intentarlo. Comprobarlo. Ahora sabiendo que… digamos que el sentimiento no es mutuo, pues ya está. Ya no le molestaré más.

Me levanté justo cuando la secretaría entraba con mi agua y su café.

—Muchas gracias Daniel, por tu tiempo.

—No hay problema. —dijo él volviendo a su modo encantador. —Déjame que lo piense un poco y ya te diré algo. No es mala idea pero habría que ver si es realmente factible.

Yo me quedé muy extrañada pero imagino que él pretendía que la secretaria no supiera nada de lo “personal” de nuestra conversación. Para evitar cotilleos seguramente. Me marché de ahí pensando en qué otras alternativas habían para la felicidad de mi madre. Y lo cierto es que no se me ocurría ninguna.

24.

Era jueves y Elisa tenía su cita con su pareja perfecta. Yo misma había arreglado el encuentro a través de la página web, así que sabía todos los detalles. Aunque estaba contenta con como las cosas estaban yendo con Elisa, de momento era mi único éxito dentro de mi plan, no acababa de fiarme del todo de ella. Podría haber cambiado de opinión y no presentarse. Por si acaso, preferí ir a ver como iba todo porque, ante todo, me recomía la curiosidad por saber hasta que punto mi fórmula era efectiva. Lo que más me motivaba era poder hacer algo de trabajo de campo y poder hacerle preguntas al tipo en cuestión para mejorar la fórmula.

Afortunadamente Elisa estaba allí. Les observé un rato y parecía que todo iba bien. Ella sonreía mucho y él también. De vez en cuando ella desviaba la mirada y le tocaba el brazo, mientras que él la miraba fijamente. Sin duda, dos signos del lenguaje corporal que indican interés. Pensé en la posibilidad de que a mi hermana le molestara mi presencia, aunque no pretendía quedarme mucho rato, sólo hacer las preguntas que quería y luego dejarles en paz. Pero por si acaso, decidí inventarme una excusa.

—¡Elisa! ¡Qué sorpresa! —dije pretendiendo estar ahí por casualidad.

—¡Mónica! —dijo ella sorprendida. —¿Qué haces aquí?

—Pues pasaba por aquí.

—No. Tú no pasabas por aquí. ¿Qué haces aquí?

En este punto el tipo nos miró extrañado, pudo notar perfectamente la violencia de la pregunta de Elisa. Yo decidí meterlo en la conversación.

—Soy Mónica, la hermana de Elisa. —le dije.

—Yo soy David. —se acercó a darme dos besos. —¿Vives por aquí cerca?

—No. —contestó Elisa por mí. —Ha venido aposta. Seguramente quería verte.

—A mí. —preguntó él extrañado.

—Sí. Tiene una teoría sobre como emparejar gente.

—Es una fórmula. —le corregí.

—Una fórmula. —continuó Elisa. —Así que de hecho ella es quien te encontró en la web y según su fórmula somos muy compatibles. —él sonrió tímidamente.

—Bueno. —dije yo. —Pues ahora que ya está todo claro no te

importará que te haga algunas preguntas. Así puedo mejorar la fórmula.

—Sí, supongo, mientras que no sean preguntas embarazosas. —se rió David.

—Pues no sé que puede ser embarazoso para ti, no te conozco. —le dije yo.

—Mónica, te importa si hablamos un momento. —Elisa me cogió por el brazo y me arrastró. —Sólo será un momento, vuelvo enseguida. —le dijo a David.

Elisa me llevó fuera del restaurante, en la calle, pero donde todavía podíamos ver a David a través de la puerta de cristal. Él nos miraba curioso aunque a la vez trataba de disimular.

—Mónica, creo que he tenido mucha paciencia contigo. ¡Eh! Y te he hecho caso en todo. He quedado con este tío como me pediste, pero no te pases.

—Necesito hacerle algunas preguntas para…

—Dime que preguntas, se las haré yo, o si tienes razón y es mi pareja ideal ya tendrás tiempo de hacerle preguntas. Pero que te presentes así en la primera cita, nos interrumpas y sueltes tus chifladuras… el hombre debe estar alucinando ahora. Se trata de que nos conozcamos para ver si tu fórmula realmente funciona pero si no nos da la oportunidad de conocernos e intimar ¿cómo va a funcionar?

—¿Y qué tal va?

—Mónica, apenas hacía diez minutos que hablábamos cuando has aparecido.

—¿Entonces?

—Todavía no se cómo va, pero te voy a pedir, por favor, que te vayas.

—Bueno, está bien. Ah, pero tengo algo que contarte.

—¿Qué?

—Papi es gay.

—¡Papi no es gay! —espetó Elisa.

—Que sí.

—Por favor, Mónica. Ahora resulta que nuestro padre es gay. ¿Por qué?

—Porque tiene un amigo con el que va al cine, y yo nunca lo había visto antes.

—¿Juan?

—¿Le conoces?

—Claro que le conozco. Era compañero del trabajo, pero hace poco se ha quedado viudo así que papá queda con él para animarlo

y tal. Eso no tiene nada de gay. Se llama amistad pero claro, tú como no tienes amigos, no sabes lo que es.

—Sí que tengo amigos.

—¿Algo más? —preguntó apunto de abrir la puerta para volver con David.

—Sí. —le dije yo. —He visto al amante de mamá.

—¡¿Qué?!

—Y me ha sorprendido, es realmente un hombre muy atractivo.

—¿Cómo que le has visto? ¿Qué le has dicho?

—Le he dicho la verdad, pero no está interesado.

—¡Tú no le has dicho la verdad! ¡Tú no sabes la verdad! Lo único que haces es inventarte historias. ¿Pero quién coño te manda meterte así en la vida de la gente? —en ese momento Elisa gritaba como una loca, realmente parecía enfadada. —Dime que no vas a hablar con él más.

—Ya te he dicho que no está interesado. Él ya es feliz.

—Joder, cómo la lías, Mónica. Eres un peligro. Por favor, por favor te lo pido, te lo ruego, no te metas más en la vida de los demás.

Había todavía algo más que tenía que decirle. A esas alturas casi sabía con certeza que Elisa se iba a enfadar como decía Víctor, debía comprobarlo, aunque me estaba planteando no decirle nada y olvidarlo como si nunca hubiera pasado.

—Elisa… —dije.

—¿Qué? ¿Algo más?

—¿Te has… tomado el zumo?

—¿Qué zumo?

—El que te preparé después de la boda, te lo dejé en la nevera en una jarra de cristal, justo en la puerta…

—¿Qué le has puesto al zumo? —me interrumpió ella.

—Prozac —dije avergonzada.

—¿Por qué?

—Porque creo que podrías ser depresiva.

—¡Pero tú eres imbécil! —me gritó esta vez a pleno pulmón y David desde dentro se dio cuenta.

—Sólo quería comprobarlo.

—¡Ya te dije que iría al médico!¡Pero quien coño te crees que eres para drogarme! ¡Mónica, me has drogado!

—Era para saber…

—No, no. Te quiero lejos de mí, bien lejos. ¡No puedo ni fiarme de ti! Eres de verdad un peligro. Mónica, eres… eres un monstruo. ¿Qué estás haciendo? ¿Quieres destrozarnos la vida a todos?

—¡No! Todo lo contrario.

—Mira, ya no sé como decírtelo. ¡No te metas! —Elisa tenía los ojos llorosos.

—Pero…

—¿Sabes qué? Ese tío ahí dentro podría ser el amor de mi vida, pero ahora nunca lo sabremos. —en ese punto le cayeron dos lágrimas.

—¿Por qué? —pregunté yo.

—Porque estoy harta de seguir tus juegos, y no pienso seguirlos más. No pienso ser tu conejillo de indias para ver si tus teorías funcionan y si eres tan inteligente como para manipular a la gente. —Elisa ahora lloraba sin siquiera tratar de contenerse. —Está es mi vida, es mi vida de verdad. Yo no estoy para que tú pruebes tus teorías.

Sin más Elisa volvió a entrar al restaurante recogió su bolso y su chaqueta ante la sorpresa de David. Le dijo algo, imagino que algo como una disculpa, le dio dos besos y se marchó. David siguió igual de sorprendido. Me miró mientras Elisa volvía hacía la puerta. Salió, pasó delante de mí pero siguió caminado.

—Elisa.

—No quiero saber nada más de ti. —dijo sin siquiera parase a mirarme.

Yo volví a mirar a David que me miraba interrogativo. Pensé en entrar y explicarle, pero ¿cómo explicarle todo eso? Me daba vergüenza. Tal vez ahora me odiaba. Alguien a quien no conocía de nada era posible que entonces me estuviera odiando. Era todavía peor, había añadido a un infeliz a mi lista de gente infeliz en mi entorno. Bueno, con suerte parecía que David había entrado y salido de mi vida, en realidad no necesitaba preocuparme. Me fui.

25.

—Estoy acostumbrada a ver a Elisa enfadada, siempre está enfadada. Pero no así. —le dije a Víctor.

Él me consolaba. Yo estaba acurrucada en el sofá sobre su regazo. No lloraba porque no soy muy de llorar, pero no tenía ganas de hacer nada y no dejaba de darle vueltas y repetir en mi cabeza todo lo que Elisa me dijo.

—¿Soy un monstruo?

—No, claro que no. Es que no te entienden.

—Pero yo tampoco les entiendo y no por eso me parecen monstruos.

—Elisa te ha dicho eso porque estaba enfadada. Y siento ser pesado, pero ya te dije que se enfadaría. Ahora ya sabes que drogar a la gente no esta bien. La próxima vez que se te ocurra hacer algo así, dímelo primero y te diré si esta bien o mal.

—¿Quieres decir que no sé diferenciar entre lo que está bien o mal?

—Bueno, no. Quiero decir que tu barómetro de lo que esta bien y lo que esta mal es algo distinto al de la mayoría de la gente. Que no está mal, pero deberías saber cual es el de los demás y adaptarte a ello.

—Llevo toda mi vida intentando adaptarme y no soy capaz. ¿Qué puedo hacer?

—Podrías empezar por dejar de meterte en la vida de los demás, y más en la tuya. Ya ves que en realidad tienes cosas en las que trabajar contigo misma.

—No sé si esto realmente me ánima, Víctor.

—Bueno, es la verdad pero…

El timbre sonó interrumpiendo a Víctor. Yo levanté la cabeza y miré hacia la puerta sorprendida. Era bastante tarda. ¿Quién sería? Víctor fue a abrir la puerta. Le oí que saludaba a alguien, que le daba dos besos y le invitaba a pasar. Era una voz de mujer. ¿Quién podía ser? Me levanté y fui hasta la puerta. Era mi prima Carla.

—Hola, Mónica.

—Hola. —respondí.

—Siento presentarme así tan tarde pero es que… bueno, creo que eres la única persona que puede entenderme. —eso sí me sorprendió.

—¿Yo?

—He dejado a mi marido. Necesito algún sitio donde quedarme y si voy a casa de mis padres sé que no me van a dejar en paz. Siento molestaros. Con suerte sólo será unos días, pero como me dijiste que si necesitaba cualquier cosa.

—Claro. —añadió Víctor. —No te preocupes, te puedes quedar el tiempo que haga falta.

—¡Sí! —dije yo tal vez con demasiado entusiasmo. —Sí. Quédate.

—Gracias. —dijo Carla.

Víctor le ofreció comida y algo de beber. Él mismo le preparó el sofá para que durmiera allí. Era el único sitio donde podía dormir. Nuestro piso era de una sola habitación. Iba a tener que compartir habitación con todos nuestros ordenadores y consolas. Cuando ya se había relajado y acomodado y llevábamos un rato charlando ella misma nos contó que había pasado. No hizo falta que le preguntáramos. Dijo que ya hacía mucho tiempo que no se sentía muy a gusto con su pareja pero que como llevaban juntos desde muy jóvenes no sabía como podría ser una vida sin él. Además, él ya formaba parte de su familia y de su círculo de amigos. Era como una red en la que se sentía muy atrapada. No sólo rompía con él, rompía con todos. Y lo del matrimonio le pareció mala idea desde el principio pero se dejó llevar y acabó haciendo algo que no quería. En verdad, el matrimonio fue el detonante. Al final, su respuesta era simple: Carla no creía en el matrimonio.

Dejamos que se acomodara en el sofá y Víctor y yo nos fuimos a nuestra habitación. Fue entonces cuando descubrir que a Víctor no le hacía ninguna gracia que mi prima se quedara con nosotros. En algún momento la llamo “loca” y yo no salía de mi asombro.

—Pero has sido tú que le has dicho que se puede quedar el tiempo que quiera.

—Bueno, ¿qué voy a decir en una situación así? Pero es un mal rollo. Y seguro que estará depre y llorando todo el día.

—Oh, no. Eso sí que no.

—Con suerte es sólo una pataleta y en pocos días vuelve con su marido.

—No sé. Parecía muy convencida de lo que decía, además no ha soltado ni una sola lágrima mientras lo contaba. Creo que es completamente sincera en todo lo que dice. Y por eso está aquí, por que yo soy la única que le entiende.

—Ah, es eso. Eso te ha subido el ego, ¿eh? Pues no es la única que piensa así. Yo también pienso que eres la única que me comprende, por eso estoy contigo. No me importa que la cagues

con otra gente.

Llegados a este punto, que ya estábamos los dos metidos en la cama, Víctor empezó a acariciarme todo el cuerpo y darme besitos. Oh, no. Eso sí que no. Era jueves, no tocaba sexo. Además, entre que era tarde y lo de Elisa y Carla yo ya estaba bastante aturdida como para pensar en sexo.

—No, no, no. Eso sí que no.

—¿Qué? —dijo Víctor sorprendido de mi rudeza.

—Sexo ahora no.

—Vale. Pero no hace falta que lo digas así ¿eh? Podrías ser un poquito más dulce, que parece que yo sea un apestado.

—Pero es que me sorprende tu falta de sensibilidad. Mira todo lo que me ha pasado hoy y encima ¿quieres sexo?

—¿Por qué no? Podría relajarte, tal vez es justo lo que necesitas. —se dio la vuelta dándome la espalda. —Esto es horrible, de verdad. Hablas como si para ti tener sexo conmigo fuera un deber desagradable. ¿Sabes? Me haces daño.

—¿Estás llorando? —le pregunté.

—No.

—No llores.

—Que no estoy llorando.

Nos quedamos en silencio. Intenté dormir pero era imposible. Trataba de averiguar si Víctor dormía o no escuchando el ritmo de su respiración, pero no podía estar segura. Después de un tiempo. No sé cuanto tiempo exactamente no pude aguantar más esa tensión y me levanté. Entonces caí en la cuenta de que en el salón estaba Carla. No tenía donde escapar. El baño era el único lugar. Me fui al baño. Me senté en la taza del wáter y miré la bañera. Podría intentar dormir en la bañera, como hacen en las películas.

26.

Lo cierto es que me dormí en la bañera. Parecía imposible pero me dormir, aunque no por mucho rato. No estoy segura si fue medía hora o sólo cinco minutos, pero fue suficiente para que me doliera el cuello y la espalda. Salí de la bañera y de un modo muy automático me dirigí al salón sin pensar. Estaba tan dormida que había olvidado por completo que Carla estaba allí.

—Mónica. ¿No puedes dormir?

La televisión estaba encendida y el salón a oscuras. Sólo al oír su voz fue cuando vi a Carla sentada en el sofá con las piernas enroscadas.

—No. No puedo dormir. —contesté.

—Yo tampoco. Siéntate aquí conmigo.

Me senté a su lado automáticamente. Parecía que obedecía ordenes pero de buen grado. Carla parecía que te atrapaba con su dulzor y honestidad.

—Cuéntame. ¿Por qué no puedes dormir?

—No sé. No estoy cómoda con Víctor.

—Ah, ¿no?

—Quiero decir hoy, normalmente sí, pero hoy no. Es que hoy me han pasado muchas cosas.

Le conté lo de Elisa, cómo se había enfadado conmigo y todo lo que me había dicho. También le conté por qué había hecho eso, todo mi plan para hacer feliz a la gente.

—Y lo peor es que me siento mal por Elisa y por el tipo ese David. Siento como si hubiera roto una pareja. Como si les hubiera robado su destino, su oportunidad de ser felices juntos. Hasta me sabe mal por ese hombre que ni siquiera conozco.

—Bueno, esa es justamente la intención de tu hermana. Así es como te castiga. Pero no te equivoques, no es culpa tuya. Si hubiera querido podría haber seguido con su cita. Seguramente es que no le gustaba demasiado.

—¿Tú crees?

—Y si le gusta ya volverá a llamarle. No te preocupes. Pero si que es cierto que te has pasado un poco. Deberías disculparte, pero espera a que se calme. Deja pasar un día o dos.

—Vale.

—Igualmente me parece muy valiente esto que haces.

—¿En serio? ¿El qué?

—Intentar que la gente sea feliz. Es más, creer en la felicidad. La mayoría de la gente cree que la felicidad es algo que se tiene con suerte pero que lo tienen otros. No se molestan en buscarla, o en luchar por ella. Es casi como si dieran por hecho que no la merecen.

—¿Tú crees que la mereces? —le pregunté a Carla.

—Sí, por eso estoy aquí. ¿Y tú?

—Claro. Y pensé que ya era feliz pero empiezo a darme cuenta de que tal vez no. Últimamente discuto con Víctor. Y discuto con mis padres y con Elisa. Bueno, con Elisa siempre he discutido pero no tan fuerte.

—¿Siempre?

—Sí, es como si yo no le gustara. Como que nunca le he gustado ni cuando éramos niñas. No le gusta como pienso, no me entiende. Y yo no la entiendo a ella. No sé por qué hace eso de querer algo que en verdad no quiere y lamentarse por no quererlo y a la vez por no tenerlo.

—Eso suena complicado. ¿Qué quieres decir?

—Por ejemplo, odia su trabajo pero no quiere dejarlo porque dice que es lo que siempre ha querido, ser jefa, trabajar en moda y esas cosas. Y quiere tener hijos a pesar de que no le gustan los niños, y quiere tener pareja sólo para tener hijos a pesar de que nunca está bien con ningún hombre. —de pronto se me ocurrió una idea. —Tal vez necesita a una mujer.

—No sé. —dijo Carla dudando de mi idea. —Yo entiendo a tu hermana. Sigues un camino pensando que eso es lo que quieres, que es lo correcto, y a veces no te das cuenta que no lo es hasta que no lo has conseguido, y entonces es muy difícil romper con todo. Se necesita mucho valor.

—Tú lo has hecho.

—Sí, y me ha costado mucho y sigo dudando de mi decisión a cada minuto. Pero ya sé lo que pasa si me hecho atrás. Ya sé que vida me espera. Ya he estado allí. Pero si sigo con mi decisión y no vuelvo con mi marido, todos los caminos están abiertos, cualquier cosa puede pasar. Eso es emocionante.

—Sí. Haces que suene bien. Normalmente yo pensaría que es el fin del mundo si no sé que voy a hacer pero tal y como tú lo dices hasta me dan ganas de romper con todo yo.

—Tal vez es lo que necesitas. Ahora dices que no eres feliz.

—Pero no sé que quiero.

—Puedes ir probando hasta que encuentres que es lo que quieres.

—¿Ir probando así sin más? ¿Al azar?

—Sí.

—No.

—¿No es ya lo que estás haciendo con los demás? Con Elisa, con tus padres, vas probando a ver qué sale bien. Puedes hacerlo contigo misma también.

—Ahora suenas como Víctor. No para de repetirme que deje a los demás en paz y me preocupe por mi vida. Mierda, creo que Víctor no es feliz. Ahora tengo más trabajo.

—Mónica, tú no puedes hacer feliz a los demás. Sólo te puedes hacer feliz a ti misma. Es así. La felicidad tiene que encontrarla cada cual por sí mismo sino no funciona. No se es feliz.

—Pero ellos no son capaces. No saben cómo.

—Si no saben es su problema. Tú no puedes hacerles saber ni entender, tienen que descubrir las cosas por sí mismos.

—Así que piensas como Víctor, que debería dejar todo mi plan correr.

—No del todo. Pienso que tu plan está muy bien, y que el hecho que te plantees ayudar a la gente es genial, pero no puedes engañarles y manipularles. Puedes explicarles, darles opciones y dejar que elijan por si mismos. Puedes ayudarles a ser felices, pero tú no puedes hacerlos felices.

—Vaya. No lo había pensado así. Así que la felicidad es individual y personal.

—¿Nunca has oído decir eso de que la felicidad viene de dentro? Sin embargo, hay esta engañosa idea de que la felicidad llega de fuera, con cosas externas. Salud, dinero y amor, el tópico. Que si tienes suerte lo tienes sino no. Que no depende de ti.

—Claro que depende de ti. Eso si que lo tengo claro, que la felicidad hay que buscarla. De ahí mi plan, ya que veía que ellos no buscaban la felicidad, yo la busco por ellos.

—Ya pero no funciona así.

—Bueno, creo que voy a tener que revisar mi plan.

—Y deberías reenfocarlo hacia ti misma. Piensa qué es lo que necesitas. Mónica, tú tienes la suerte de ser una persona inteligente. Alguien con criterio propio que decide y juzga por si misma. La mayoría de la gente sólo sigue a aquello que se les ha enseñado sin plantearse si realmente les conviene o no. Por eso es que tú hermana está así.

—Ella debería desaprender.

—Sí, pero no puedes forzarla. Tiene que salir de ella.

—Oh, Carla. No sé que hacer. Creo que lo he enredado todo demasiado. Ahora mi hermana me odia y Víctor y yo no estamos

bien.

—Bueno, relájate. No hace falta que decidas nada. Mira a ver que pasa, que sientes y entonces decides.

—No estoy acostumbrada a no decidir…

Cuando nos dimos cuenta llevábamos horas hablando. Ya era bien entrada la madrugada, lo bueno es que por fin nos entró sueño. Yo estaba relajada, tanto que me dormí allí mismo en el sofá, acurrucada a un lado mientras Carla lo estaba al otro. Las dos compartiendo la misma manta. Víctor me despertó por la mañana. Intentó no hacer ruido para no despertar a Carla. Claramente no estaba contento, tal vez ahora tenía celos de Carla. Yo recordé que tenía que replantearme mi plan. La conversación con Carla me había relajado en parte, pero me había creado una nueva duda. Tenía que decidir que hacer, no podía quedarme sin hacer nada y dejar las cosas como estaban. Ese, definitivamente, no era mi estilo.

27.

Al día siguiente hice todo lo posible por seguir el consejo de Carla y no llamar a mi hermana. Darle tiempo para que se calmara. Pero por la tarde ya no pude resistir más y la llame. Por supuesto ella no contestó. La llamé regularmente cada hora, pero no me contestó. Pensé en enviarle un mensaje y disculparme y ya está. Pero me pareció que tenía que hablar con ella, que necesitaba un replica de cualquier cosa que yo le dijera. A la tercera llamada sin respuesta se me ocurrió llamar a mi madre. Tal vez Elisa ya la había llamado explicándole lo que su hija le había hecho. Sin embargo, mi madre no sabía nada. Le dije que Elisa estaba enfadada conmigo y que no me contestaba al teléfono. Para mi sorpresa mi madre no me preguntó por qué Elisa se había enfadado y no le dio ninguna importancia. Dijo que ya se le pasaría. En parte era más o menos lo mismo que me dijo Carla. Pero Carla resultaba convincente y tranquilizadora, sin embargo, las palabras de mi madre me resultaban negligentes y un tanto desdeñosas. Por otro lado, se me ocurrió que ya que estaba hablando con mi madre, y en honor a mi conversación con Carla la noche anterior, no debía seguir engañando y manipulando si lo que quería era ayudar.

—Mami, tengo algo que contarte. He visto a Daniel. —mi madre hizo un largo silencio.

—A… ¿Daniel?

—Sí. Fui a verle a su oficina y hablé con él.

—¿Qué Daniel? —se hacía la tonta, ya lo esperaba.

—Daniel Galiano, mamá.

—No sé…

—Mami, tu amante. Lo sé todo. No hace falta que sigas pretendiendo que yo no sé nada y que eso nunca pasó.

—¿Por qué lo has visto? ¿Dónde?

—En su oficina, fui a verle a posta. Lo busqué para pedirle que volviera contigo. —en ese momento mi madre su murió de risa.

—Pero ¿qué dices, hija? ¡Estás loca!

—No, sólo quiero que seas feliz, pero he entendido que debes ser tú quien de el paso. Que yo no puedo darlo. Si quieres puedo darte su número de teléfono y la dirección de donde trabaja.

—Yo no tengo nada que hablar con él y no entiendo por qué te metes en lo que no sabes.

—Sé que no eres feliz. Aunque mami, debes saber que él no

parece interesado. Dijo que él ya tenía su familia y que era feliz.

—¡Hija! ¡Ya basta! No quiero volverte a oír hablar de él. ¿De acuerdo? Tú no lo entiendes, es mejor que no te metas. Ni una palabra más o la vamos a tener tú y yo.

—Como te he dicho ya no me voy a meter más. He entendido que es cosa tuya.

—Pues déjalo y deja a tu hermana en paz también.

Ya estaba hecho, ya había pasado la información a mi madre y había dejado la decisión de hacer algo o no en sus manos. Si quería ser feliz podría ir a encontrar a Daniel, tal vez convencerle de huir juntos o ser sólo amantes otra vez, no sé lo que fuera, ahora era cosa suya. También podría no hacer nada, que era la opción más posible, pero debía ser mi madre, claro, quien hiciera algo. Una cosa menos, pero seguía pensando en Elisa y el "ya se le pasará" de mi madre no me convenció para nada. Al contrario, decidí que era mejor encararme directamente con Elisa.

Me fui lo antes que pude del trabajo directa a la tienda de Elisa. Ella estaba en la caja atendiendo clientes junto a otra dependienta. La cola era muy larga. La tienda hacía un aspecto descuidado, ropa tirada y amontonada por todas partes. Una pobre dependienta corría de un lado para otro sin poder hacer mucho. En el probador una montaña de ropa ocultaba a la agobiada chica que sudaba para conseguir recolocar todo y a la vez seguir atendiendo a la gente que entraba. Yo intenté acercarme a Elisa pero era imposible. Varias personas me dijeron "la cola empieza allí" indicándome que no les pasara por delante. Esperé un buen rato a ver si Elisa me veía pero estaba muy ocupada sonriendo y sudando al mismo tiempo. Me sorprendió que con todo no perdiera la sonrisa, aunque se le borraba de golpe en cuanto la persona a la que atendía se daba la vuelta. Después de unos cinco o diez minutos por fin me vio, o creo que me vio, sonrió pero no estoy segura de si a mí o al cliente. De todas maneras siguió sin más. El resto de chicas estaban igualmente ocupadas, era imposible dejarles ningún mensaje. Con todo mi di cuenta que tal vez si no me había contestado al teléfono era porque había estado todo el día desbordada de trabajo y no porque no quisiera. Me fui de la tienda pero consolada. Primero porque Elisa estaba viva, no había razones para dudarlo, pero verla como siempre, como si nada, ya me consolaba. Y segundo porque tal vez al fin y al cabo, no estaba tan enfadada conmigo. Era sólo que estaba muy ocupada.

28.

Volví hacía la oficina porque había quedado con ARMARIO para jugar a cartas. Cuando llegué a nuestro bar habitual ellos ya habían empezado a jugar. Debía esperar a la siguiente partida. Les dije que mejor me marchaba porque mi prima estaba en casa y Víctor no estaba muy contento conmigo últimamente. Pero insistieron en que no, en que me quedará. Incluso Albert convenció a los otros dos para empezar de nuevo la partida, de todas maneras él iba ganando, a Mario y Robert no les importó acabar el juego allí.

Yo había previsto que aprovecharía esta reunión para descubrir más cosas sobre ellos a fin de encontrar una forma de hacerlos felices. Pero tras la revisión de mi plan me di cuenta de que era mejor plantear las cosas de otra manera y en vez de sonsacarles, preguntarles claramente. Además ellos eran mis amigos, con ellos había confianza y entendimiento, no había necesidad de manipular o escudriñar.

—¿Hay algo que yo pueda hacer para haceros felices? —no reaccionaron como yo esperaba. Se sorprendieron.

—¿Cómo? —dijo Robert.

—A mi me puedes pagar una cerveza. Eso me haría bastante feliz. —bromeó Mario.

Albert no dijo nada.

—En serio. ¿Creéis que puedo ayudaros a ser felices?

—¿Que hay de lo de tu hermana? —preguntó Mario. —¿Todavía puedes organizarnos una cita con ella?

—No lo creo. Mi hermana está enfadada ahora.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Albert.

—Es una larga historia, pero reconozco que la he cagado con ella.

—No me jodas, Mónica, ella era mi única oportunidad de ser feliz. —dijo Mario.

—¿En serio? —pregunté asustada.

—No. —contestó Robert. —No ves que está bromeando.

—Tú misma dijiste que tu hermana nunca se interesaría por mí. —añadió Mario.

—Cierto. Pero sé como encontrar a chicas que sí se interesen por ti. Por vosotros.

Les hablé de la fórmula de cómo funcionaba y ellos, más que nadie en el mundo, les convenció. Por supuesto que querían

probarla y por supuesto que les parecía que tenía mucho sentido y podía ser efectiva. De lo único que dudaban era del uso de las webs y aplicaciones de contactos. Decían que ahí la gente era muy superficial, que se guiaban sólo por la foto y enseguida pasaban si los chicos no eran guapos.

—Es realmente un problema. —dije yo. —Pero igualmente creo que puede funcionar. Algunas habrán que tarde o temprano presten atención. Nunca conseguiremos el 100% de eficiencia por culpa de eso pero, aún así, puede funcionar.

—Me apunto. ¿Qué tengo que hacer? —dijo Robert.

—¡Yo también! ¡Yo también! —exclamó Mario.

—Tenéis que abrir perfiles e incluir todas estas preguntas y respuestas. Y por favor informarme de todo.

—Yo no lo veo claro. —dijo Albert.

Cómo no lo vi antes. Estaba intentando probar la fórmula con mi hermana cuando en realidad desde el principio tenía a los sujetos perfectos para probar la efectividad de mi fórmula. Ellos eran voluntarios entusiastas, dispuesto a cooperar, además podía hacerlos felices, quien sabe, y de la manera que Carla decía, ofreciendo mi ayuda pero no haciéndolo todo por ellos.

Estaba de nuevo emocionada con las posibilidades pero igualmente se hacía tarde y debía marcharme. Volví a intentar irme pero fue imposible. Ellos también estaban emocionados y no paraban de hacerme preguntas. Entramos más en detalle sobre la fórmula, así que empezamos una conversación sobre cómo mejorarla. Era realmente interesante, tanto que se hizo tarde de verdad. Robert y Mario se marcharon y me quedé sola con Albert todavía discutiendo.

—Hace falta un algoritmo que represente la frecuencia en la que las necesidades del uno y las del otro coinciden. —dijo Albert.

—Tienes razón. Y de hecho esa es la clave. Cuanto más coincidan en necesidades más compatibles son. Mucho más que con los gustos. —respondí.

—Bueno, no creas. En verdad los gustos, aunque aparentemente no sean muy “útiles” en cuanto a la estabilidad y convivencia de una pareja, si que el hecho de compartir gustos y aficiones ayuda a crear un vínculo emocional más fuerte. Y al final, no te olvides que todo esto va de emociones. —dijo Albert haciendo un circulo en el aire con su dedo índice.

—¿Todo esto? —dije yo imitando su gesto. —¿Qué quiere decir? —me reí, lo cierto es que llevaba ya muchas cervezas.

—Pues todo esto —repitió el gesto. —quiere decir tú y yo. —me

volví a reír.

—Ya. El vínculo que se refuerza con la interacción de las personas.

—Exacto. —dijo Albert.

—Ay, ahora sí que es tarde. —me di cuenta de la hora.

—Espera un momento. Cuéntame por qué tu hermana está enfadada.

—Oh, eso. Bueno, te acuerdas del Prozac ¿no?

—Sí.

—No era para mí. Era para mi hermana. Lo malo es que se lo he hecho tomar sin que ella lo supiera y, claro, se ha enfadado mucho.

—¡Cómo te pasas! —dijo riendo.

—Lo sé, lo sé, se que he hecho mal pero en ese momento tenía totalmente sentido. Soy un monstruo. Eso dicen.

—¿Quién?

—Mi hermana. Y mi madre, bueno, mi madre no lo ha dicho exactamente pero casi.

—No eres un monstruo. ¡Eres genial!

—¿En serio? ¿A ti te parecería bien que te metiera Prozac? Imagínate que en verdad le he estado echando Prozac a tu cerveza toda la noche.

Albert me miró fijamente, cogió su cerveza y lentamente se la acercó a los labios y sin dejar de mirarme le dio un largo sorbo. Volvió a dejar la cerveza en la mesa con el mismo aire solemne y sin apartar su mirada de mis ojos.

—Encantado. Prozac gratis. Oye, mira, Mónica, tienes que saber que eres una persona muy especial. No es fácil encontrar a gente como tú. Yo desgraciadamente no he encontrado a nadie más como tú. Ya me gustaría a mi tener una hermana o amiga o lo que fuera que pone tanto empeño y ganas en hacerme feliz. Tanto que hasta se mete en serios líos por tal de conseguirlo. Y sin pensárselo dos veces. No eres un monstruo, eres una bendición.

29.

Cuando llegué a casa Víctor y Carla ya habían cenado. Al parecer Víctor había cocinado algo especial para darle la bienvenida a Carla. Los platos estaban sobre la mesa, y me habían dejado comida esperando para mí, aunque ya estaba fría. Ellos dos estaban sentados en el sofá, no haciéndole mucho caso a la película en la televisión, charlaban. Nada más puse un pie en casa Víctor me echó una mirada de desaprobación. Pensé que estaba enfadado pero me equivoqué. En seguida los dos me contaron cosas e incluso se disculparon de que mi comida se hubiera enfriado y que no me hubieran esperado. Todo parecía bien, tal vez a Víctor ya se le había pasado todo. Simplemente el día anterior tuvo un mal día. A veces pasa, dicen.

Nos fuimos a dormir. Mientras me ponía el pijama hice un rápido cálculo para saber si según mi rutina tocaba sexo pero no. Era al día siguiente. Una lástima, pensé que tal vez podría darle una satisfacción, pero no, no tocaba. Y de todas maneras al día siguiente me marchaba a Londres así que… mala suerte. Pensé que tal vez podría por una vez pasar por alto mi norma, y readaptarla a las circunstancias, ya que el día que tocaba sexo no iba a estar en casa. Me pareció que estaba justificado, pero Víctor volvió de lavarse los dientes y se sentó en la cama con la mirada fija en el suelo y sus manos entrelazadas sobre sus rodillas.

—Has estado con Albert ¿verdad? —me preguntó.

—Sí. —contesté.

—¿Estás con él?

—¿Te refieres a una relación sexual?

—Sí.

—No.

—Mónica, no pasa nada. —dijo sin apartar la mirada del suelo. —La gente cambia. No seriamos la primera pareja que rompe después de muchos años. Mira a tu prima.

—No sé que está pasando. Hace un momento, en el salón, estabas de buen humor.

—Porque tú prima estaba ahí. No quiero montar un numerito delante de ella.

—Pero…

—Mónica, si te has enamorado de Albert, lo entiendo no pasa nada. Pero prefiero que me lo digas antes de que me pongas los

cuernos.

—No te estoy poniendo los cuernos, sólo estábamos hablando. Se me ha hecho tarde porque estábamos discutiendo sobre la fórmula y lo cierto es que hemos hecho algunas mejoras y…

—¿La fórmula? —por fin me miró.

—Sí, la fórmula del novio ideal.

—¡Ahora trabajas la fórmula con él! ¿Lo ves?

—¿Qué?

—La fórmula la empezamos tú y yo. Estábamos trabajando en ella. Y ahora la trabajas con él. Le prefieres a él.

—Lo que dices no tiene sentido. Según tú te estoy siendo intelectualmente infiel.

—Sí. ¡Eso es! Y en tu caso es peor. Sé que tu podrías practicar sexo por puro deporte, si ninguna emoción. Pero eso… lo intelectual… eso es lo tuyo, tu emoción.

—Víctor, tres cerebros piensan mejor que dos. No tiene nada de raro comentar la fórmula para mejorarla. Tiene todo el sentido del mundo y no es ni de lejos una infidelidad.

—Pero lo haces por la noche cuando deberías estar conmigo y con tú prima. Quitándonos tiempo a nosotros para dedicárselo a él. No es interés científico, mi amor, es que prefieres pasar el tiempo con él.

—Pero… no, simplemente me quede atrapada en la conversación y se me pasó el tiempo pero… no, Víctor, no.

—Lo dicho, si quieres cortar no pasa nada. Lo acepto. ¿Sabes? yo también tengo mi orgullo, no quiero seguir mendigándote amor.

—¡No quiero cortar! No es eso. Me gusta mi vida tal como es, contigo. Ya soy feliz.

—Oh, por favor, no digas eso, ni menciones esa palabra.

—Pero…

—Sé que necesitas tiempo para procesar las cosas. Piénsalo. Mañana te vas a Londres tendrás tiempo de pensar lejos de mí. Y a la vuelta me dices.

—No hay nada que pensar.

—Hablamos cuando vuelvas. ¿Vale?

—¡Elisa!

Mi móvil justo empezó a sonar, vi el nombre de mi hermana en la pantalla.. Me tiré en picado a contestar. ¡Por fin me llamaba! Entonces, no estaba enfadada. Pero era muy tarde, habría estado trabajando hasta esa hora.

—No. Estaba en casa de David. Mi cita por Internet. —dijo Elisa. —¿Sabes? El tío es realmente genial, tenías razón. Y he echado un

polvazo, pero te llamo sólo para decirte que mañana a las 9 pasaré por tu casa a buscarte. Aunque no me apetece nada, te dije que te llevaría al aeropuerto y eso haré.

—Pero…

—Ah, y no llames a mamá. Ya me ha llamado diciéndome que por qué estoy enfadada contigo que qué me has hecho. Hazme el favor y no metas a los papas en esto. Es mejor que no sepan lo loca que está su hija.

—¿Hablas de mí?

—Claro. No creerás que la loca soy yo.

—No sé…

—¡Mónica! Mañana a las 9, y no me hagas subir a buscarte, te quiero lista esperándome en la calle.

Dicho esto colgó sin más. Víctor me miraba esperando algo. Tal vez alguna respuesta sobre nuestra conversación, pero no era capaz de recapitular.

—Era Elisa. —le dije. —Emm, David, su cita de Internet es… ideal.

—¡Genial! Has conseguido que tu hermana te perdone. —creo que era sarcasmo.

Se metió en la cama dándome la espalda. Yo le seguí y también me metí en la cama. Me arrastré hasta abrazarle y le di un beso en la nuca.

—Todo está bien ¿vale? Dentro de lo que cabe, pero eso tú ya lo sabes…

¡Ups! De nuevo un pareado, y tendría sentido con todo lo que estaba pasando sino fuera porque no estaba nada nerviosa. Empezaba a acostumbrarme a estas situaciones incómodas que por lo general me sobrepasaban, pero ya no. A decir verdad, esta escena con Víctor empezaba a repetirse demasiado, así que se estaba atenuando el efecto que solía causar sobre mi sistema nervioso. Tal vez esta vez el verso era totalmente casual. Víctor sólo suspiró y yo preferí no hablar más, por si acaso.

30.

—No os metáis con los pies sucios. ¿Tienes los pies sucios?

Víctor y yo nos miramos la suela de los zapatos al unísono, no había razón para tenerlos sucios, pero Elisa parecía dar por hecho que así era. Aún después de comprobarlo nos quedamos esperando a que nos diera permiso para entrar en su coche.

—Ayer lo limpié y no quiero que se ensucie.

Parecía disculparse por su paranoia y nosotros lo interpretamos como permiso para embarcar. Yo me senté en el asiento del copiloto y Víctor en el asiento trasero.

—Y no comáis nada. ¿Traes comida?

Víctor levantó las manos en alto, en gesto de rendición ante la mirada inquisitiva en el retrovisor de Elisa.

—Acabamos de desayunar en casa. Para que traer comida. —le dije yo.

—Por si acaso, nada de comida ni bebida. —replicó Elisa.

Puso el coche en marcha y nos pusimos en camino sin ni una palabra más. Había un silencio de lo más incómodo. Elisa parecía obstinada a no hablar. Yo jamás hablaba en coche. Me gustaba observar la calle a través de la ventana y oír lo que los demás decían. Víctor que por lo general también miraba por la ventana pero comentaba todo lo que veía, estaba especialmente callado. Tanto silencio me resultaba incómodo pero no sabía como cortarlo. Finalmente se me ocurrió preguntar por David. Igualmente estaba intrigada por saber más y por preguntarle a Elisa cosas sobre él para hacer mejores cálculos de probabilidad. Lo malo es que no sabía como iniciar la conversación. Temía que mi hermana se enfadara sin más.

—David. —dije.

—¿David?

—Sí, David.

—¿Qué? —me preguntó Elisa.

—¿Qué tal?

—Bien. —dijo secamente.

—¿Y…? —intenté continuar la conversación.

—Bien.

Por fin Víctor me echó una mano, aunque no porque pretendiera hacerlo.

—¿Quién es David?

—El novio ideal de Elisa. —le respondí.

—¡No es mi novio ideal! —replicó Elisa.

—¿El tío de Internet? —preguntó Víctor.

—Sí, el tío de Internet —reiteró Elisa.

—Pero ayer dijiste que estuvo bien, que yo tenía razón, que…

—Te encanta tener razón ¿eh? —dijo Elisa.

—Le pierde tener razón. —añadió Víctor.

—Pero te gusta ¿no?

—Sí, pero da igual, no pienso volverlo a ver.

—¿Por qué?

—Pues porque no puedo encontrar pareja sólo por una estúpida fórmula tuya.

—¿Por qué no?

—Porque es ridículo.

—No entiendo por qué.

Elisa hizo una mueca extraña y sólo entonces me di cuenta de que estaba llorando. Yo no sabía que hacer si ella lloraba, pero no tenía escapatoria, pero pensé que era peligroso que condujera mientras lloraba. Era casi como conducir borracho. Me giró de golpe hacía Víctor, sin saber que decir, pero pidiéndole ayuda con la mirada. Elisa soltó un sollozó y Víctor me miró también con cara de susto. Por suerte Elisa lo puso fácil. Aminoró la marcha y se echó a un lado de la carretera donde paró el coche.

—No pasa nada. —dijo Elisa enjuagándose las lágrimas. —Creo que tienes razón. Sí, maldita sea, tienes razón. Debo ser depresiva, seguramente necesito medicación o algo, porque… Siento que no… no sé, no tengo el control y… nada me parece bien y me siento mal. Pero Mónica.

Hablaba con las dos manos agarradas aún al volante. Miraba al frente y de vez en cuando abajo, a sus rodillas. Dijo “pero Mónica”, y nada más. Yo entendí que era mi turno de decir algo, debía decir algo para consolarla. Seguro que eso era lo que mi hermana esperaba, tal vez así, finalmente me perdonaría. Me estaba poniendo a prueba.

—Hmm, no pasa nada. Estarás bien. Si necesitas medicarte pues medícate.

—Mónica, la noche de la boda yo había tomado M.

Se hizo un largo silencio. No esperaba ese comentario, es más, ni siquiera sabía que quería decir. Víctor rompió el silencio.

—¿Metanfetamina?

—Sí. ¿Entiendes ahora? —dijo ella. —¿Entiendes por qué estoy tan enfadada?

No dije nada.

—Y además tú me diste Prozac, me podría haber dado una sobredosis, o un shock o algo chungo por la mezcla.

—Pero yo… —intenté decir algo.

—Ya sé que tú querías ayudarme pero lo que hiciste es muy peligroso. —Elisa no pudo resistir más las lágrimas. —No estoy enfadada, estoy asustada. Tú creías tener todo bajo tu control pero no sabías lo que estaba pasando. Ese es el problema, eso es lo peligroso. Si engañas y haces algo a mis espaldas en verdad no sabes todo el alcance que tus acciones pueden tener.

—No puedes engañar a la gente. —dijo Víctor totalmente llevado por la emoción.

—No puedes engañar. —repitió Elisa.

Yo me sentí muy avergonzada. No sabía que decir, estaba totalmente bloqueada, tiesa como un palo, con la mirada en el suelo y muerta de vergüenza y arrepentimiento.

—En fin. —dijo Elisa limpiándose la cara. —Y yo soy tan tonta que todavía te hago el favor de llevarte al aeropuerto.

Puso el coche en marcha y seguimos en camino. Durante el resto del trayecto Víctor fue recriminándome en nombre de mi hermano. Diciendo todos los problemas que la interacción de Diazepam y la Metanfetamina podría haber causado a mi hermana. Yo seguía sin decir nada y Elisa entre curiosa y sorprendida le seguía la conversación a Víctor.

Cuando por fin llegamos al aeropuerto, Víctor y yo bajamos del coche y sacamos mi maleta del maletero. Elisa se quedo en el asiento, sin siquiera parar el motor. Bajó la ventanilla del copiloto y me deseó buen viaje. Yo agaché la cabeza y a través de la ventanilla le dije:

—Lo siento. Mucho. Espero que algún día puedas perdonarme.

31.

Si había algo que no me apetecía nada era la charla interminable de Isabel. Además de que no callaba, todo lo que decía tenía la cualidad de ser molesto. Y después de la conversación en el coche con Elisa no quería saber nada del mundo. De todos modos, había tomado la precaución de venir preparada, porque, aunque no esperaba ese momento dramático de Elisa, si que esperaba que Isabel se pusiera pesada durante el viaje en el avión. Así que me había descargado un par de películas en mi *Tablet* y nada más llegar a mi asiento me puse los auriculares y me concentré en la pantalla. Isabel, aunque no se sentaba conmigo, estaba en el asiento de delante, no paraba de girarse para hablar con todos. Y en cuanto el avión estuvo en el aire no paró de levantarse e ir de un lado a otro para hablar con unos y con otros y molestar a la tripulación y a cualquiera que tratara de llegar al baño. Aún cuando me hablaba a mí directamente yo hacía ver que no la oía y si insistía entonces le decía que estaba en un punto muy interesante de la película para que me dejara en paz. Mi imagen de *freak* a veces me resultaba útil. Así conseguí pasar el viaje hasta que aterrizamos.

Después, como yo había cogido un hotel diferente al suyo, nos separamos y no la tuve que volver a ver hasta que llegamos a la feria. Me fui a mi hotel y me estiré en la cama de la habitación. De pronto pensé ¿Qué hago aquí? Sentí que en ese momento no quería estar ahí. De pronto estaba sola en Londres, y no le veía mucho sentido al propósito de ese viaje. Sólo quería volver. Me entraron ganas de llorar. Pero también tenía hambre así que decidí salir a comer y con el estomago llenó ya pude planear mejor mi estancia en Londres. No importaba lo mucho que odiaba a Isabel. Iba a una feria internacional de videojuegos, eso era interesante. Había un montón de conferencias a las que asistir y muchas cosas que aprender. Por fin, ese viaje ya tenía un propósito más concreto para mí. Fui a la feria me encontré con Isabel y los demás pero me escapé en seguida porque quería asistir a una conferencia sobre aplicaciones para móviles.

Al acabar la conferencia volví a buscar a Isabel. Aquí llega lo realmente importante. El momento en el que mi vida dio un giro de ciento ochenta grados. Isabel, el guionista, y un par más del equipo estaban hablando con un par de personas que yo no conocía. Me acerqué, y aunque ya estaba yendo hacía Isabel, ella me llamó para

que fuera con ella. Hablaba en su inglés patatero, aunque ella pretendía que era buenísimo, porque lo había aprendido en San Francisco, así que exageraba un falso acento americano, igualmente su acento español se notaba a la legua.

—Ethan, this is Mónica, our programmer. —le dijo a un chico negro que estaba a su lado.

Él se giró para mirarme y yo… Bueno, cada vez que recuerdo este momento siempre es en cámara lenta. Seguramente es porque mi mente distorsiona los recuerdos, pero juraría que así fue. Ethan se giró en cámara lenta y dirigió sus ojos directamente a los míos. Los ojos más dulces que había visto en mi vida. Es más, nunca había entendido esa sinestesia, ¿cómo unos ojos podían ser dulces? No tenía sentido. Pero en ese momento tuvo todo el sentido del mundo. Los de Ethan sí eran dulces, dulcísimos. Tenían tanta dulzura que pensé que podría caerme dentro de ellos. Absurdo, ¿verdad? Tras largos segundos perdida en su mirada, su boca desplegó una sonrisa que fue casi como un disparo. Su sonrisa removió algo en mi interior. Algo que ya nunca volvió de nuevo a su posición original. Amor a primera vista. Otra de esas cosas que creía que no era posible. Que simplemente formaba parte de la mitología romántica, pero lo que me pasó fue exactamente eso. No sabía nada de él, no lo había oído ni hablar pero sólo con verlo ya tenía sentimientos hacia él. Era alto, delgado, moreno y tenía el pelo escarolado algo largo de forma que se le hacían como pequeños cuernos. Como un erizo. Sobre su piel marrón destacaban unas graciosas pecas en sus mejillas y nariz. ¿Qué puedo decir? Todo de él me gustaba desde el mismo momento en que lo vi. Me saludó me estrechó la mano y yo me quedé totalmente bloqueada sin saber que decir. Pero Isabel habló por mí. Siguió hablándole sobre nuestro videojuego. También de su boca supe que Ethan había creado su propia empresa de videojuegos y que estaba teniendo cierto éxito con una aplicación para móviles. Bueno, todavía el tipo me gustaba más. Y cuando me habló… si su voz también era dulce. Hablaba en un tono muy tranquilo, apaciguador y amable. Yo tuve que hacer un inmenso esfuerzo para hablarle, no sólo porque me tocaba desempolvar mi inglés, que además de bastante oxidado, nunca fue bueno, como nos pasa a todos los latinos. Sobre todo, estaba tan bloqueada, tan deslumbrada por su encanto y tan aturdida por lo que estaba sintiendo que me costaba un montón encontrar y juntar las palabras apropiadas. Apenas pude reunir en mi boca un “Nice to meet you” y ahí acabó nuestra conversación porque Isabel enseguida se llevó la atención de Ethan y yo me quedé unos minutos más pretendiendo

seguir la conversación sin escucharla. Pensando qué hacer, a dónde ir, como escapar de esa situación y al mismo tiempo, no querer por nada del mundo apartarme de ese hombre.

32.

Esa misma noche soñé con Ethan. Por supuesto fue un sueño erótico. Me desperté muy temprano y ya no pude dormir. No me quitaba a Ethan de la cabeza. Era incluso agobiante, me sentía enferma, mentalmente enferma. Por más que intentaba pensar en otra cosa, exactamente cada cinco segundos Ethan volvía a mi mente, no por nada, no con un propósito concreto, simplemente su imagen aparecía en mi mente como un relámpago. Decidí ir temprano a la feria, esperaba poder encontrarlo otra vez por ahí. Era lo único que pensaba. De pronto me había olvidado por completo de mi vida entera, de Víctor, de Elisa, de mis padres y amigos, incluso de mi ciudad. Sólo existía Londres e Ethan. A diferencia del día anterior, en ese momento no quería estar en ningún otro lugar, no podía imaginar estar en ningún otra ciudad. Me arreglé para bajar a desayunar pero pasó algo muy desagradable: me vi en el espejo. Algo que apenas me había afectado un poquito en mi adolescencia. Algo que sabía que a la gran mayoría de las mujeres del mundo les afecta pero yo creía haberlo superado para siempre en mi adolescencia. El espejo me traicionó. Me vi poco atractiva. Fea. De pronto me vi defectos físicos que me bajaron la autoestima. ¿Cómo era posible? Yo sabía perfectamente quien era y lo importante de mí. Desde luego no era mi belleza, ni falta que me hacía. Pero en ese momento, que sólo podía pensar en Ethan, en volverle a ver, en tener algo que ver con él, en conseguir atraerle. Sentí que necesitaba belleza, la necesitaba desesperadamente y no la tenía. Terrible. Tardé un rato en recomponerme del *shock*. Me aparté del espejo y durante unos minutos procuré repetirme afirmaciones positivas sobre mi valor como persona. También me repetí varias veces que Ethan sabría apreciarme por mis cualidades intelectuales. Yo era programadora y el hacía videojuegos. Seguro que teníamos muchísimas cosas en común más allá de nuestra atracción física. Lo conseguí, salí de mi habitación y me comí mi desayuno Inglés de huevos fritos, Bacon y salchichas sin problemas. Evité todos los espejos, ventanas y escaparates a mi paso hasta llegar a la feria. Una vez puse un pie en la feria mi corazón se aceleró y mis ojos aún más. Buscaban sin parar, como un radar, para encontrarlo. Pero lo cierto es que no tenía ni idea de cómo podía encontrarlo. ¡Isabel! Desgraciadamente ella era la única que podía darme alguna pista. Así que, a mi pesar,

la llamé para encontrarme con ella.

Cuando nos juntamos fingí interesarme por sus avances en su *Networking*, que nuevos contactos había hecho y todo eso. Tras un rato de sus desvariaciones y fanfarronadas decidí preguntar por Ethan directamente. ¿Qué más sabía acerca de él? Todo eran buenos comentarios.

—Es sorprendente con lo joven que es. Debe tener tu edad más o menos y sin embargo ya tiene su propia empresa y le va bien. Ha hecho un juego para móviles, pero es una cosa para niños y tiene muy buenas críticas.

—¿Para niños? —pregunté agradablemente sorprendida.

—Sí. Es algo muy simple pero parece que funciona muy bien y a los niños les gusta.

—¿De qué va?

—No lo sé. No he llegado a tanto. Es que a ver, lo nuestro es más videojuego serio, para ir a la gran industria de videojuegos. Pasando de aplicaciones.

—Pero las aplicaciones para móviles ofrecen muchas oportunidades. Resultan de más fácil acceso para el público, un público más amplios, todo el mundo tiene móvil pero no consolas, y …

—Pero no se hace dinero. El dinero está precisamente en las consolas y todos estos *freakis* que no les importa dejarse la pasta. Los que se descargan aplicaciones no quieren gastar dinero, lo quieren todo gratis. —replicó ella.

—Eso depende, debe a ver todo tipo de gente…

—No, no. No hay dinero en las aplicaciones.

—En los videojuegos tampoco. Hasta ahora no hemos visto un duro. —ya no pude callarme más.

—¿Qué quieres decir? —me miró indignada.

—Pues que si se hace tanto dinero con los videojuegos ¿cómo es que hasta ahora no hemos visto ni un céntimo?

—Porque apenas estamos empezando con un proyecto desde cero. Claro que no hay dinero. Pero ya llegará.

—No estoy tan segura.

—¿Por qué? ¿Es que no confías en el proyecto?

—No mucho, la verdad.

—¡Cómo puedes decir eso! Espera un momento.

Isabel llamó al guionista que estaba por allí cerca, para meterlo en la conversación y meterme a mi en un apuro. Sabía que ante el guionista me cortaría más.

—¿Te lo puedes creer? —le dijo al guionista. —Mónica dice que

no cree en el proyecto. ¿Cuál es el problema según tú?

—Bueno…

No quería ofender al pobre guionista, en el fondo me caía bien, pero también pensé que había llegado el momento de decir la verdad, tal vez así se podía mejorar algo.

—La verdad es que la historia no me parece muy original.

—¡Qué no es original! —replicó Isabel.

—No mucho. Si lees cualquier novela fantástica te encuentras con los mismos elementos que hay en el videojuego.

—Claro, de eso se trata, que a la gente le suenen las cosas, que estén familiarizados. —dijo Isabel.

—Ya, eso está bien. Estaría bien utilizar elementos típicos de ficción pero también añadir algo nuevo y original, y darle algún giro a la historia para que no sea la típica historia.

—No es la típica historia. —replicó Isabel.

El pobre guionista intentó hablar un par de veces. Abría la boca pero antes de que pudiera decir algo Isabel ya se le había adelantado.

—¿Tú que piensas? —le pregunté al guionista.

—Tienes razón, pero…

—¿Cómo que tiene razón? —replicó Isabel.

—Más o menos. Pero es que es comercial, por eso es así. —por fin habló el guionista.

—Que sea comercial no quiere decir que sea malo. Siempre se pueden hacer cosas originales. —dije yo.

—Ahora es malo. —se quejó Isabel. —Que guardadito te lo tenías. Pues si no crees en este proyecto ¿qué haces aquí?

No tenía respuesta para esa pregunta. Lo único que me vino a la mente fue “para ver a Ethan” pero me mordí la lengua.

—En serio. ¿Por qué estás en este proyecto? ¿Por pasar el rato? ¿Para tener algo que hacer en tus ratos libres? ¿Cómo un hobbie? Esto no es así, esto no es un pasatiempo. Necesitamos gente realmente comprometida. Sólo así los proyectos salen adelante. No estamos aquí para entretener a nadie. Si no están dispuesta a poner toda tu energía en esto pues mira, lo mismo no te necesitamos.

—¿Me quieres echar? —le pregunté.

—No, te estás echando tu sola. Reconociendo que el proyecto no te gusta, que no crees en él, que es malo. Entonces ¿para qué te molestas?

—Tienes razón. —dije.

Su argumento era totalmente lógico. No creía en el proyecto ¿para que gastar mi tiempo y energía en algo en lo que no creía?

Pero no creía desde el principio, entonces, que clase de inercia me había hecho seguir con ello. Era algo que hacía a menudo, era un puro sentimiento de responsabilidad, pero nada más. Algo así como si he dicho que sí, ya no puedo echarme atrás, no puedo cambiar de opinión. Pero era absurdo, claro que se puede cambiar de opinión. Y hacer algo sólo porque crees que debes hacerlo, nada más, ninguna otra razón, no tiene sentido.

—¿Tengo razón? ¿Quieres dejar el proyecto? —dijo Isabel contrariada, y el guionista me miró asustado.

—Creo que sería lo más lógico. —respondí.

—No me lo puedo creer. ¿Tú sabes cuanto tiempo me has hecho perder?

—Igualmente te pasaré todos los códecs para que mi trabajo no sea en vano. El próximo programador podrá utilizarlos.

—Ahora tendré que buscarme otro programador. Tendrás que buscarme tú a uno, es lo menos que puedes hacer después de dejarnos tirados así.

—¿Por qué? Tampoco te debo nada. He trabajado de gratis y aún así te doy todo lo hecho hasta ahora, ni siquiera pediré nada si finalmente tenéis beneficios.

—Nada más faltaría.

—Pues estaría en mi derecho.

—¿Tú te crees que es tan fácil? ¿Que te puedes ir así sin más?

—¿Por qué no?

—Pues porque no. Las cosas no funcionan así, esto no es nada profesional. Yo he confiado en ti. Esto no se va a quedar así, ¿eh? Te las vas a tener que ver conmigo. —Isabel me estaba asustando.

—¿Qué quieres decir? —dije poniéndome nerviosa.

—Pues que traerá consecuencias, ya verás.

—Pero… —miré al guionista que seguía ahí plantado sin reaccionar. —¿Qué consecuencias puede haber? Yo te digo que todo lo que he hecho hasta ahora es tuyo simplemente que…

—¿Que qué? Que nos dejas con el culo al aire ¿verdad? Que justo ahora que estamos apunto de lanzar, tenemos que buscar a otro programador, esto nos retrasará, es dinero que vamos a perder, y ese dinero lo vas a tener que pagar tú.

—Pero ¿qué dinero? Si aquí no hay dinero.

—Lo vas a pagar, no te preocupes, hablaré con mi abogado.

—¿Abogado? —estaba consiguiendo ponerme de los nervios.

Una vez más su capacidad de cohibir estaba haciendo efecto en mí. Pero apareció mi salvador, Ethan. Se acercó para saludar pero notó la tensión de nuestra conversación y preguntó cuál era el

problema. Isabel dijo que no pasaba nada, pero Ethan notó que yo estaba realmente agitada, y aún más desde que él apareció, pues mi corazón empezó a ir a cien por hora. Ethan preguntó si queríamos un café, que él iba camino a la cafetería a por uno. Isabel, y el guionista dijeron que no pero yo dije que sí. Ethan me invitó a acompañarle y yo me fui con él.

—Ya hablaremos más tarde. —me amenazó Isabel mientras me alejaba.

33.

Ethan atribuyó todo mi nerviosismo a mi conversación con Isabel y no a su propia presencia, que era la verdad. Isabel ya no me importaba más, no sólo porque me había quitado un peso de encima al decirle que no quería seguir en su proyecto, si no porque me había reencontrado con Ethan y además estábamos tomando un café con él, y además ella misma nos había dado una excusa para tener algo de que hablar, y además se ofreció a enseñarme Londres para animarme, y además ¡yo estaba en una nube!. La vida no podía ser mejor, era tan feliz. ¡Era feliz! ¡Víctor tenía razón! No era feliz con él. Tenía que cortar con él.

La decisión estaba tomada. Cuando Víctor me dijo que me lo pensara y le dijera que quería hacer cuando volviera de Londres, pensé que no había nada que pensar. Pero en un solo día las cosas habían cambiado radicalmente, en ese momento era totalmente claro que Víctor y yo debíamos separarnos. Pero ya pensaría en eso cuando volviera. Ahora estaba con Ethan y me estaba enseñando la ciudad. Me enseñó una de sus zonas favoritas que no es tan popular como el Big Ben, Picadilly, etc. Fuimos a la City, la combinación entre lo antiguo y lo nuevo era fascinante. La City of London estaba llena de rascacielos de cristal entre los cuales aparecía alguna antigua iglesia o las ruinas de algún palacio. Era realmente extraño. Ethan decía que le gustaba mucho esa combinación lo viejo y lo moderno, era como que podías respirar la historia de la ciudad, ver que la ciudad tenía alma. Que tenía un gran pasado y también un gran futuro. Noté en sus palabras (en las que pude entender, para ser honesta, no entendía el cien por cien de lo que me decía) una carga espiritual, a menudo se quedaba con la mirada perdida en el cielo cuando hablaba. Eso lo hacía todavía más atractivo si cabía.

Dijo que me quería invitar a cenar, que ahora que me había salido del proyecto de Isabel tal vez podría estar interesada en trabajar con él. Yo pensé que eso no era más que una excusa para salir a cenar conmigo. Que la atracción era mutua. Pero con lo amable y directo que era, parecía muy asertivo, no había necesidad de una excusa así. De nuevo tuve un ataque de baja autoestima, el momento del espejo volvió a mí, y de nuevo pensé que mis sentimientos no estaban siendo correspondidos y era un interés puramente profesional lo que él tenía. Yo tenía razón, el sabía ver mis cualidades profesionales, pero lo que yo quería de él en ese

momento era sexo. Tal cual.

Quedamos en vernos más tarde y yo me fui al hotel a descansar. Estaba realmente cansada y quería echarme una siesta. Pero no pude. Me preocupaba tanto esa cita por la noche. Miré toda la ropa que tenía en mi maleta y nada me parecía suficientemente bueno. De nuevo caí en la trampa del espejo. Daba igual como pusiera mi pelo o de que lado me miraba, me seguía viendo fea y me entraban ganas de llorar. Necesitaba ayuda y sólo se me ocurrió una persona a quien pedírsela: Elisa.

—Sé que estás enfadada pero necesito tu ayuda. —le dije al teléfono.

—¿Qué quieres ahora?

—En serio, no es nada de mi plan, no tiene nada que ver contigo, si no conmigo. Necesito ayuda.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —se asustó. —¿Te ha pasado algo?

—No, no, nada. Estoy bien. Es que… emm, tengo una cita… he conocido a alguien.

—¿En serio?

—Sí. El problema es que… eh… me siento fea.

—Jajaja —Elisa se estuvo riendo un buen rato. Eso no me ayudaba nada. —Yo creía que a ti “no te afectaba la propaganda machista destinada a bajar la autoestima de las mujeres para incapacitarlas a ser independientes” —dijo Elisa citando mis propias palabras.

—Yo también lo creía. Pero… me gusta mucho y quiero gustarle.

—¿Cómo es posible?

—Creo que me he enamorado.

En ese momento Elisa hizo un largo silencio. Yo pensé que se había cortado la comunicación .

—¿Hola?¿Hola? ¿Elisa?

—Sí, sí, estoy aquí.

—¿Qué puedo hacer? La ropa que tengo no me gusta.

—¿Te has enamorado? ¿Seguro? ¿En un solo día? Ya será menos. No será que te pone cachonda. ¿Quién es?

—Es africano, pero hace mucho que vive aquí.

—Un negro... Así que los negros te ponen cachonda, ¿eh?

—No sé, tal vez.

—OK… Coge papel y lápiz.

—¿Papel y lápiz?

—Apunta. Te voy a dar una referencia, ves a cualquiera de mis tiendas y pídeles a las dependientas esta referencia en talla 12 que es tu talla allí. ¿vale?

—Vale.

—D7564738 Es un vestido con un buen escote y el color te pega. Espero que tengas un sujetador decente, no uno de esos de deportes que sueles llevar.

—Pues…

—OK. Apunta esta otra referencia: B789465. Es un sujetador, tu talla debe ser la 34B pero pruébatelo por si acaso. ¿Tienes zapatos?

—No, sólo deportivas.

—Vale. Pues zapatos también, no te vamos a poner tacones porque contigo sería imposible. Unas bailarinas servirán. Apunta: S895433 Y para maquillaje, bueno, sé que no es lo tuyo. Simplemente cómprate un lápiz negro y hazte la ralla del ojos, pero sólo la de arriba. Y cómprate también un bálsamo labial. Un cacao para los labios. Con eso bastará. Eres lo suficientemente guapa, no te hace falta mucho maquillaje.

—¿De verdad? ¿Crees que soy guapa?

—No es que yo lo crea. Es un hecho. Además, si yo soy guapa ¿cómo no lo vas a ser tú? Compartimos los mismos genes. No te preocupes que ya tienes a ese negro en tu cama.

Realmente consiguió subirme la autoestima. Su argumento de la genética me había convencido. Era verdad que mi hermana era guapa, así que tenía mucho sentido que yo también lo fuera. Además, ya sabía que sólo tenía que ir y conseguir las cosas que ella me había dicho, no tenía perdida y estaría bien. Confiaba en ella porque ella sabía de cosas de belleza. Salí de compras y por primera vez en mi vida realmente disfruté con ello. Estaba preparada y segura de mi misma, convencida de que Ethan acabaría esa noche en mi cama. Sin embargo, caí en el detalle de que Elisa no hizo ningún comentario sobre el hecho de que estaba planeando ponerle los cuernos a Víctor. Algo que era de esperar en ella. Pero ni una crítica y ni un reproche. Era como si le pareciera bien, como si de algún modo le gustara que yo le fuera infiel a mi novio.

34.

Objetivamente estaba atractiva. Hasta yo misma sabía reconocerlo a pesar de la distorsión en el espejo que me cerebro era capaz de hacer por influencia de mi baja autoestima. Sí, aquella tipa en el espejo era realmente sexy y guapa, pero no era capaz de reconocerme. Me sentía rara e incómoda. Pero sabía que surtiría efecto en Ethan así que decidí seguir adelante con mi vestido nuevo y mi escote.

Habíamos quedado en una estación. Cuando salí a la callé lo vi. Me estaba esperando en una esquina y mi corazón dio un vuelvo. Mis piernas quisieron volver a tras y esconderme en el metro, como un animal que se esconde en su madriguera. Pero eso sí que no. Mi deseo era más fuerte que mi miedo. Caminé hacia él, él me vio y desplegó su potente y brillante sonrisa. En dos zancadas estaba a mi lado estrechando mi mano. Que raro era eso, yo le hubiera dado dos besos en las mejillas, como es nuestra costumbre, y con mucho gusto además. Pero eso no era lo habitual en el Reino Unido. Igualmente yo no era capaz de hacer muchos movimientos me conformé con dejarme llevar y que él decidiera como comportarse. Yo tenía bastante con sostenerme en pie. Las piernas me temblaban y tenía el corazón tan acelerado como si hubiera llegado hasta allí corriendo desde el hotel sin parar. Suerte que no llevaba tacones. ¡Gracias Elisa! En verdad mi hermana me conocía mejor de lo que yo misma creía. Concentrada en mis pasos le seguí de camino al restaurante. A penas era consciente de donde estábamos ni a donde íbamos. El paisaje se me pasó desapercibido. Sólo seguía sus pasos y sus labios.

—Soy originalmente de Eritrea. ¿Conoces Eritrea?

—Sí. —contesté para su sorpresa. —Está en el este de África, en la costa del Mar Rojo, tiene frontera con Etiopía, Sudan y Djibouti. —solté sin respirar.

—¡Guau! Eso es alucinante. Estoy impresionado. Normalmente la gente no sabe nada de Eritrea. ¿Qué más sabes?

—Sé que ha tenido una larga historia de conflictos internos y con otros países. Sobre todo con Etiopía, desde que se independizaron.

—Exactamente. ¿Qué más?

—Nada más. Explícame tú.

Sabía más cosas, no por nada en especial. Yo sabía cosas de

todos los países del mundo, en parte gracias a mi memoria fotográfica, tenía el mapa del mundo grabado en mi cerebro con gran precisión, por otra parte porque me gustaba leer las noticias internacionales. Pero mi inglés de por sí no muy fluido, estaba especialmente bloqueado en esos momentos. Aquí he tenido el detalle de traducir nuestra conversación, pero por supuesto hablábamos en Inglés. Los nervios estaban dificultando el trabajo neuronal que supone cambiar de una lengua a otra. Prefería que hablara él. Así que me habló de Eritrea y me contó su historia personal. Como había huido con su familia cuando él era todavía muy joven y, tras ir de un lado a otro, habían conseguido llegar al Reino Unido. No lo pillaba todo, había cosas que se me escapaban pero más o menos conseguí entender lo importante. Que su padre quería que sus hijos fueran libres y por eso había hecho todo lo posible para sacarlos del país. Tras varias guerras y conflictos el país se había convertido en una dictadura militar donde los ciudadanos debían servir al ejército de modo atemporal. Nunca sabían cuando su servicio acabaría y no tenían libertad para elegir que hacer o no con su vida. Eritrea era conocida como la Corea del Norte de África, por su estricto sistema militar y lo herméticamente que estaba cerrada al resto del mundo.

Por fin llegamos al restaurante, el había reservado mesa y la metre nos llevó hasta nuestro sitio. Ethan continuó hablando de su país y su cultura. Yo me concentré en la carta de bebidas. Lo cierto es que llevaba un rato pensando que el alcohol podría ser una ayuda para relajarme un poco. Empezaba a sufrir, estaba tan nerviosa que no era capaz de disfrutar de la situación y eso que la situación me hacía inmensamente feliz. Ridículo. No podía permitirlo, pero no tenía claro sí él bebía y si le parecería bien que yo lo hiciera. Tal vez era musulmán.

—¿Te gustaría vino? —le pregunté torpemente, interrumpiéndolo.

—Claro. ¿Por qué no? Yo bebo alcohol. —volvió a sonreír dulcemente.

—Oh, bien. —yo hundí mi mirada en la carta de vinos, eran extremadamente caros.

—Piensas que soy musulmán.

—Sí, tal vez.

—Soy cristiano. Bebo alcohol pero no como cerdo.

—¿Por qué no?

—Los verdaderos cristianos no comen cerdo.

Eso me hizo reír.

—No digas eso en mi país. Es el país católico por excelencia y cerdo es lo que más se come.

—¿De verdad?

—Sí.

—Entonces tú eres católica, ¿no?

—No. Yo no soy creyente.

Volví a mirar la carta de bebidas, dejando el tema de la religión zanjado. Él debió pensar que yo estaba preocupada por los precios de los vinos. La camarera se acercó a tomarnos nota y él mismo, sin preguntarme, decidió que vino tomar. Lo pidió y sólo entonces me preguntó si me gustaba el vino tinto, dije que sí, y la camarera se fue. Por fin volvió con el vino, la observé servirlo con gran impaciencia. Estuve apunto de arrancarle la botella de las manos mientras ella esperaba a que Ethan hiciera la protocolaria cata de vino antes de servirlo. Por fin llenó la copa y la primera me la bebí en un momento. Eso sí, sorbito a sorbito para disimular, pero sin parar. En seguida fui a servirme otra. Pero cuando fui a coger la botella, Ethan se me adelantó y me dijo: "permíteme que te sirva yo". Se rió al tiempo. Ahí me di cuenta de algo que por otra parte era de esperar por su cultura: Ethan estaba lleno de prejuicios machistas. Era amable sí, pero totalmente innecesario, yo era muy capaz de servirme mi propio vino. Encima le resultaba gracioso el hecho de que yo pretendiera servirme sin esperar su asistencia, era todavía más molesto. De todas maneras, creo que eso eran hábitos inconscientes. Parecía una persona suficientemente inteligente como para entenderlo y cambiar si se le hacía ver ese error. En cualquier otra situación es algo que hubiera comentado, incluso protestado, pero en ese momento era incapaz de hablar, sólo quería beber un poco más para ver si así me soltaba.

—¿Y tú? Dime algo sobre ti. Soy el único que habla.

—Bueno. —di un largo sorbo a mi vino. —Soy de Barcelona. Soy programadora. Y estoy aquí para la feria.

—Bien. —sonrió. —¡Barcelona! Me encanta el equipo.

—Sí. —dije desganada, ¡qué típico!

—Debe ser una bonita ciudad, me encantaría ir. Podría ir a visitarte. —me dijo suavizando su voz. Eso sí sonaba totalmente a una insinuación. Mi escote funcionaba.

—Claro. —dije entusiasmada.

—Hablemos de negocios. —dijo él cortante.

Vaya corte. Tuve que beber más, qué remedio. Entonces él me contó que tenía esa aplicación para móviles, que era más bien algo así como una serie de cuentos interactivos. *Tailless* se llamaba. El

protagonista era un gato sin cola que justamente por eso era torpe. Había otro gato en el barrio que era un chulito y le hacía *bulling* por no tener cola. Me enseñó la aplicación, él la tenía en su móvil. Tenía muy buena pinta, el diseño de personajes era original y colorido, realmente muy atractivo para los niños. Y la temática me parecía fantástica. Alguien con un *handicap* de per se. Un problema físico, una desventaja y, sin embargo, ese gatito se hacía valer por sí mismo y se enfrentaba a todos sus problemas de un modo muy asertivo. No pude evitar pensar que ese gatito era Ethan, que había mucho de él mismo en ese personaje. De pronto volvió a sumar puntos positivos. Consiguió restar los puntos negativos que había ganado con sus ademanes machistas y sus comentarios religiosos.

Siguió contándome sobre su nuevo proyecto. Proyecto que estaba poniendo en marcha y para el cual estaba buscando equipo. Esta vez se trataba de un juego. Le preocupaba especialmente los problemas de la emigración, así que quería hacer un juego que consistiera en hacer un viaje migratorio pero al revés de lo que suele ser. Desde Europa hacía África. Su intención era hacer que los niños aprendieran sobre geografía, sobre diferentes culturas y, sobre todo, sobre respeto. Quería evitar la parte fea de todo eso, por supuesto. Así que su intención era crear una especie de laberinto que había que recorrer hasta llegar al destino, pero que a la vez fuera necesario crear estrategias pues en cada país que se aterrizara habría alguna circunstancia o elemento a tener en cuenta. Algo así como un juego de rol y estrategia pero para niños. La idea me pareció genial. Le dije que sí directamente. Sus ideas tenían una intención educativa, al tiempo de entretener. Había un fondo emotivo y real, se notaba que, a diferencia de Isabel, su motivación no era únicamente el dinero. Estaba impresionada, maravillada.

—Es fantástico. Me encanta. —le dije con todo el entusiasmo del que fui capaz.

—Entonces ¿te unes?

—Claro. Sí, sí, por supuesto. Es… fantástico.

No era capaz realmente de expresar mi admiración. Frustrante. Pero ya estaba borracha, ya me daba igual. No conseguí verbalizar, pero mis manos hablaban por mí. En varias ocasiones le toque el brazo y su sonrisa hablaba por él. El trato estaba cerrado.

Me acompañó hasta el hotel. Algo en principio muy caballeroso, digno de él. Al llegar al hotel, por supuesto me abrió la puerta. Yo entré directa hacía el ascensor pensando que me seguía. Pero él sea había quedado en la puerta, con un pie todavía en la calle. Me preguntó si quería que nos volviéramos a ver al día siguiente.

—¿No quieres subir a mi habitación? —le pregunté sin tapujos.

—Oh, no, no me atrevería. —tras decir eso vio la decepción en mi cara y cambió el tono. —Tengo que levantarme temprano mañana. Tengo cosas que hacer. Pero te llamo mañana y nos vemos otra vez.

Se marchó dejándome completamente herida. Ni siquiera un beso, ni unos besos en la mejilla, ¡ni siquiera me estrechó la mano! Era la despedida más fría posible. ¿Por qué? Entonces me lo había imaginado todo. Sólo había sido amable y profesional, todo había sido protocolario y en ningún momento había habido flirteo. Era todo fruto de mi ávido deseo que encendía mi imaginación.

Llegué a mi habitación me quité la ropa y, desnuda, me metí en la cama. La frustración era tan grande que era casi como si hubiera un montón de miguitas de pan en las sabanas. Me picaba por todas partes. La imagen de Ethan seguía asaltando una y otra vez en mi mente, por más que intentara apartarla. Sólo pude que dejarme vencer y regodearme tanto como pude en su imagen, sus ojos dulces, su sonrisa, su pelo simpático, su piel morena y, con todo eso en mi mente, masturbarme.

35.

Por la mañana me levanté, me arreglé y bajé a desayunar de un modo automático. De otro modo tal vez no lo hubiera hecho. De haberme puesto a pensar, tal vez ni hubiera salido de la habitación en todo el día. Volví a comerme mi desayuno de salchichas, Bacon, huevos fritos y judías con tomate siendo consciente de que estaba haciendo una excesiva ingesta de grasas. Pero también pensé que no me importaba pues "un día es un día", no pasa cada día que estuviera en Londres. Poco a poco iba volviendo a mi vida, volvía a acordarme de Víctor, de mi trabajo, de mi realidad. Pero todavía me quedaba un día más en Londres. No pensaba volver a la feria porque no quería ver a Isabel de ningún modo. No tenía planes. ¡No tenía planes! No estaba acostumbrada a no tener planes, por lo general, siempre tenía todo planificado de ante mano. De no ser así, me ponía nerviosa, perdía el control y la seguridad. Pero ese día no era el caso. Pensé que si podía hacer una excepción comiendo un exceso de grasas animales también podría hacer una excepción y pasar un día sin tener nada que hacer. Terminé mi desayuno y me eché a andar. Tampoco planeé donde ir o que ver, simplemente caminé a ver donde mis pasos me llegaban y con qué me encontraba. Fue una experiencia agradable, me sentía extrañamente tranquila. Al cabo de unas horas Ethan me envió un mensaje. Quería invitarme a cenar de nuevo. Sabía que me marchaba al día siguiente y quería poder despedirse de mí. Acepté, tampoco tenía nada más que hacer, por suerte, no había hecho ningún otro plan.

Repetí vestido, pero está vez ya estaba mucho más relajada y también más cómoda con mi aspecto de chica guapa. Pensaba ir a por todas, no tenía nada que perder y era la última oportunidad. Le confesé que no tenía otro vestido que ponerme, que de hecho lo había comprado el día anterior para nuestra cita. Eso le hizo reír, de pronto estábamos en otro nivel. Mucho más relajados y dando por hecho que nos gustábamos. No había duda. Directamente, mientras cenábamos le dije que deberíamos ir a mi habitación, para hablar de su proyecto, por supuesto. El se rió, por supuesto se dio cuenta de que era una excusa. Pero aún así aceptó. Incluso le dije que se podía quedar a dormir conmigo y él dijo "Maybe".

Después de cenar, compramos una botella de vino en un badulaque y nos fuimos directamente a mi hotel. Él se resistía, seguía resistiéndose aun ante lo obvio. Notaba su deseo, sus pupilas

dilatadas, su piel erizada, no se me escapaban esos signos de excitación, incluso noté como su paquete se abultaba. Pero él insistía en resistirse y reír. Bebí y bebí hasta que se acabó la botella y ya todo me daba igual. Me eché encima de él y empecé a besarle. Él ya no se resistió. Nos besamos durante largo rato. Yo pude darme cuenta que su olor también me gustaba. El olor de su piel, de su ropa, de su aliento. Le acaricié y empecé a meterle la mano por debajo de la ropa para tocar su piel dura y firme. Cálida. Él hizo lo mismo y en un momento yo estaba medio desnuda. Me dio la vuelta haciéndome estirarme boca arriba en la cama. Él se me echó encima y de un modo magistral consiguió quitarme el complicado sujetador. Ni yo misma hubiera sido capaz de hacerlo tan rápido. Eso lo pensé más tarde, en ese momento no podía pensar nada. Su lengua recorría mi cuello y mis pechos y mi mente estaba en un estado de conciencia totalmente modificado. Exactamente lo que hacen las drogas, pero en este caso esta droga era totalmente inocua. Sus dedos hormiguearon todo mi cuerpo hasta llegar a mi clítoris. Y entre besos, toqueteos y apretones tuvo un orgasmo magnífico que duró mucho más de lo que creía posible. Tras el orgasmo me quedé casi desmayada, apenas podía reaccionar. Ethan se tendió a mi lado y me acarició suavemente. Yo me reproché a mi misma haber tenido un orgasmo así tan fácilmente y tan rápido, pero bueno, eso tampoco era motivo para parar ahí. Recuperé el aliento y me decidí a atacarle de nuevo. Entonces me di cuenta que él seguía vestido. Volvimos a besarnos y pensé en usar su truco. Metí mi mano en el paquete, pero el se retiró tanto como pudo y sin dejar de besarme me quitó la mano. Yo lo intenté una vez más y el volvió a apartar mi mano.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—No puedo hacerlo. —contestó.

—¿Por qué?

—No puedo tener sexo fuera del matrimonio.

—¿Qué? —pregunté indignada.

—Tú me gustas mucho. De verdad. Pero no puedo hacerlo. Dios nos dio el matrimonio para que tuviéramos hijos y formáramos así una familia estable y próspera. Ese es el propósito del sexo, sin matrimonio, sin la intención de crear una familia, no tiene sentido.

—La naturaleza creo al hombre y a la mujer porque eran necesarias una célula femenina y una masculina para crear una nueva vida. Pero el matrimonio lo creó el hombre, no Dios, y con la intención de convertir a la mujer en una posesión del hombre, una mercancía más con la que negociar. Yo no puedo casarme, no creo

en el matrimonio.

Silencio.

—Tenemos un problema. —dije profundamente decepcionada. Él sonrió.

—Desde el primer momento en que te vi supe que había algo entre nosotros dos. No me preguntes como. Sé que Dios te ha enviado para mí. —volvió a sonreír. —Dios nos pone retos en nuestro camino para que nos superemos y mejoremos. Si esto nuestro fuera fácil no tendría valor. Gracias Dios. —le dijo al techo.

Yo sin embargo miré hacía un lado. El sentimiento más lejano que podía tener en ese momento era el de gratitud. Estaba enfada, muy enfadada. Tremendamente frustrada y mentalmente agotada. Me había pasado algo diferente, algo que, aunque inesperado, todavía era agradable. Me gustaba y quería más de todo eso y no podía entender que él mismo lo frenara. Que su creencia de algún modo estaba poniendo fin a todo eso. Ethan se estiró en la cama y me arrastró con él. Me pidió que le abrazara y que durmiéramos así. Yo lo hice, era irresistiblemente agradable. Pero seguía enfadada. Aunque su olor, que me gustaba tanto, estaba por todas partes y el calor de su piel hacía un efecto casi hipnótico, por dentro seguía enfadada y mi mente no quería parar. Ni siquiera estaba enfadada con él. Estaba enfadada conmigo misma, por creer lo que creía y no poder dejar de ser fiel a mis propios valores. Y estaba enfadada con el mundo, por hacerlo todo tan complicado. Con la humanidad entera por haber creado las religiones y con ellas todas esas normas tan estrictas y sin sentido para mí. Y estaba enfadada con Dios por interponerse antes mis deseos. Enfadada porque algo para mí inexistente era capaz de crearme tanta frustración.

—Tengo novio. —le dije. Estaba enfadada y quería vengarme.

36.

¡La fórmula! Qué mejor manera que ponerla en práctica. Me duele reconocer que la mañana siguiente fue muy incómoda. Había silencio y tensión en el ambiente. Algo así como con Víctor. No sabía que pensar, en sólo dos días con Ethan ya estaba igual que en diez años con Víctor. Él no preguntó nada sobre Víctor pero juraría que me miraba diferente, aunque no estaba segura, tal vez era sólo mi sentimiento de culpa. Tal vez cuando lo dije él ya estaba dormido y no me escuchó. De todas maneras no quería que todo acabara así. Además, tenía una forma de comprobar si esto con Ethan podía tener algún futuro. Podía aplicar mi fórmula y ahí estaba todo. ¿Era Ethan una pareja idónea para mí o no?

—He creado una fórmula.

Le dije sin más en medio de nuestro silencio. Sólo al hablar me di cuenta que tenía los dientes totalmente apretados, tanto que hasta me dolían las mandíbulas. Todo era tan incómodo que hubiera compuesto un soneto completo, pero descubrí que en inglés no era capaz de hacer rimas. En realidad algo a mi favor, nunca me gustó eso de rimar.

—Es una fórmula para encontrar pareja. Para saber si alguien es bueno para ti, compatible. Lo hice para mi hermana, ella no es capaz de encontrar pareja. —él no decía nada, sólo me escuchaba. —Por supuesto, para comprobar su eficacia tengo que probar con más gente. Lo estoy probando con amigos míos. Pero he pensado que podríamos probarla tú y yo y así… podemos saber sí…

—Claro, probémosla.

Nos arreglamos y salimos a desayunar. En la cafetería, mientras desayunábamos saqué papel y un bolígrafo y empecé a apuntar datos para mi fórmula. Le expliqué que primero teníamos que asignarle un valor numérico a cada factor dependiendo de lo importante que eso era para nosotros o no. Coincidíamos bastante en gustos y también en necesidades. Era sorprendente como, a pesar de nuestros distintos puntos de vista y opiniones sobre la vida, en realidad, en lo básico, queríamos lo mismo. Lo único que nos rebajaba un poco nuestro porcentaje era el factor ambiental. El hecho de pertenecer a países y culturas diferentes, en verdad, afectaba a nuestra “idealidad” como pareja. Aún así el resultado fue fantástico: 89%. No esperaba menos. Era un buenísimo resultado. Y podía mejorar con el tiempo, cuando con la convivencia

consiguiéramos que esas diferencias ambientales fueran menos. Lo ambiental era el menor de los problemas. Él estaba tan contento como yo con el resultado pero también fascinado. Quería saber más de por qué había hecho esa fórmula. De por qué mi hermana lo necesitaba. Así que le hablé de Elisa y de su incapacidad para la felicidad y de cómo eso afectaba a mi propia felicidad. Le acabé explicando todo mi plan para ser feliz. Bueno, no todo, no le conté los detalles, como que drogué a Elisa, intenté que mi madre le fuera infiel a mi padre, etc… No quería asustarlo.

—Entonces ¿no eres feliz? —me preguntó Ethan.

—Bueno, no al cien por cien. Yo creía que lo era, que mi vida estaba bien. Era sólo que la gente a mi alrededor era infeliz y eso me creaba infelicidad también a mí.

—¿Qué piensas ahora?

—Pienso que… bueno, que él… —iba hablar de Víctor pero no me atrevía. —Tu nombre suena muy inglés, no sé como son los nombres eritreos pero Ethan… ¿te cambiaste el nombre al llegar al Reino Unido?

—No. Es mi nombre de verdad. Ethan es un nombre bíblico.

—¿Lo es?

—Sí. Significa fuerte y constante.

—Muy apropiado.

—¿Eres feliz con tu novio? —preguntó Ethan. Sí me había oído.

—No. —dije directamente sin pensarlo dos veces.

—Me alegra oír eso. No por él claro, pero por mí.

—Él tenía razón ¿sabes? Él me decía que yo hice el plan porque no era feliz con él, yo se lo negaba pero… tiene razón.

—¿Qué vas a hacer?

—Cortaré con él. De hecho, me dijo que me lo pensara durante estos días aquí en Londres y entonces le dijera si quería cortar o seguir con él. Creo que ya sabe que voy a cortar, ya se lo espera.

—Lo siento por él. Debe ser muy duro perder a alguien como tú.

—Yo no lo creo. Dicen que soy un monstruo ¿sabes? Que hago daño a las personas. Incluso Víctor, mi novio, me lo ha dicho.

—¡No! Eso no es posible. Si te ha dicho algo así no te merece. Tú eres una bendición.

Me reí. Aunque Ethan no entendió por qué. Me reí porque estaba sufriendo un *déjà vu* pero traducido al inglés. Recordé que Albert había dicho exactamente eso: “eres una bendición” en boca de Ethan: “you're a leasing”. Pensé que era muy apropiado que Ethan dijera algo así pero a Albert no le pegaba nada.

Ethan alargó sus brazos sobre la mesa hasta agarrarme los

antebrazos. Se acercó a mí para besarme.

—*God bless you!* —susurró entre mis labios.

37.

Ya había perdido mi vuelo, y lo había hecho conscientemente. No le dije nada a Ethan pero mientras aplicábamos la fórmula a nosotros mismos, Isabel y los demás estaban embarcando. Desde luego quería pasar más tiempo con Ethan, pero esa no era la principal razón. Precisamente no quería verme encerrada en un avión con Isabel después de que me había retirado del proyecto. La simple idea me aterraba y era totalmente innecesario hacerme pasar por ese calvario a mi misma. Me iba a salir caro, pero no me importaba pagar por tal de evitarme el mal trago. Lo prefería. Para eso es el dinero.

Ethan tenía cosas que hacer y pensaba que yo debía irme al aeropuerto así que nos despedimos. No le dije que había perdido el vuelo, simplemente le mentí diciéndole que mi vuelo salía más tarde. Nos costó despedirnos. Pero me prometió que vendría a verme. Me lo prometió varias veces, cada vez que trataba de irse pero antes me daba un último beso. Fueron exactamente seis últimos besos. Pero por fin puse camino al aeropuerto. Ya le había enviado un mensaje a Víctor diciéndole que había perdido el vuelo y que le informaría de cuando llegaba cuando consiguiera otro vuelo. Llegué al aeropuerto y compré el vuelo más barato que encontré que salía ese mismo día. En un segundo lo planeé todo. Cuando llegara me iría a casa de Elisa, necesitaba contarle todo. Bueno, necesitaba simplemente hablar de Ethan y ella, que ya sabía de él, era la única con la que podía hablar. Además de las ganas de hablar de mi alegría, de mis recién encontrados sentimientos y de lo emocionada que estaba, no podía mirar a Víctor a la cara. No quería tener que cortar con él, no quería que supiera que había estado ya con otro y sobre todo no quería que notara mi alegría y excitación. Eso sería casi insultante y sabía que no iba a ser capaz de controlarme. Le mentí a Víctor diciendo que había comprado un vuelo para él día siguiente. Víctor no pudo entender cómo era posible que hubiera perdido el vuelo… No se me ocurría ninguna excusa coherente, le dije que ya le contaría. Tenía una noche más de tiempo para reponerme de Ethan y planear mi charla con Víctor. Tal vez no haría falta buscar una excusa para mi vuelo perdido. Tal vez podría ser sincera. Pero necesitaba tiempo.

—¡Estoy enamorada! —dije nada más Elisa abrió la puerta.

—¿Qué haces aquí? —dijo ella.

—No puedo ir a casa. No sé con que cara mirar a Víctor.

—Anda pasa. ¿Desde cuando eres la hermana con líos amorosos? —dijo Elisa.

—No son líos amorosos. He descubierto el amor.

—¡Oh, por favor! No estás enamorada, es simplemente que estabas demasiado aburrida. Te hacía falta follarte a un negro.

—Bueno, al final no me lo… bueno, algo hicimos pero él no.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Es impotente o algo así? Bueno no me extrañaría, conociéndote seguro que te has liado con freaky.

—No. Es que es muy religioso y no quiere tener sexo si no está casado.

—Un freaky. Por fin te da por ponerle los cuernos a Víctor y tienes que hacerlo así, tan cutre.

—No es cutre. Es amor.

—Mónica, ¿no te das cuenta? Desde cuando un tío va a decir que no a sexo fácil. Quiere casarse contigo.

—Eso ya lo sé.

—Por los papeles. Lo único que le interesa de ti es tu pasaporte y ese rollo de que Dios no le permite follar si no está casado es sólo para presionarte. Para que os caséis lo antes posible. Seguro que te ha visto la pinta de pardilla que haces y ha ido a por ti.

—¿Tú crees?

—Más claro el agua.

—Pero…

—Mónica. No puedes ir por el mundo así. ¿En serio? A penas has salido de casa y mira en que marrón te estás metiendo. Tienes muchas cosas que aprender sobre los hombres. No todos son como Víctor. Y hablando de Víctor, ¿qué vas a hacer con él?

—Tengo que cortar con él.

—¿Ah, sí?

—Está claro que ya no le quiero.

—La verdad es que sí, o no estarías tan desesperada por tirarte al primero que se cruza en tu camino.

—No es así.

—Bueno. —dijo sin creerme. —Pero no le digas lo del negro.

—Se llama Ethan. No hables así de él. No creo que me esté tomando el pelo.

—Lo que sea. Pero no le digas eso. Si quieres cortar con Víctor hazlo bien. Saber que le has puesto los cuernos le haría un daño innecesario. ¿Y qué haces aquí? Se extrañará si no vas a casa.

—Le he dicho que mi vuelo llegaba mañana. Que había perdido mi vuelo.

—Uy, ya se te está viendo el plumero.

—¿Por qué?

—¿Tú perdiendo un vuelo? Imposible, lo tienes siempre todo calculado al milímetro.

—Mierda. —dije dándome cuenta de mi error. —Pero es que no quería volver con la del videojuego. He dejado ese proyecto y la productora estaba muy enfadad. No quería encontrarme con ella en el avión.

—Bien, pues ya tienes la excusa. Eso suena más tú. Mañana por la mañana vas a casa le cuentas esto de que no querías ver a la tipa del videojuego y por eso perdiste el vuelo.

—Vale. ¿Y Ethan?

—No. Ni una palabra. Le dices que tenéis que hablar. Esto es universal, el "tenemos que hablar" siempre quiere decir que quieres cortar. Luego te vas a trabajar. Le dices que llegas tarde y ya hablaréis por la noche. Para la noche el ya tendrá asumido que vais cortar. No hace falta que digas mucho, déjale hablar a él y ya está.

—¿Ya está? ¿Qué hago cuando ya hayamos cortado? ¿Me voy?

—Buena pregunta. Que se vaya él. Bueno, es algo que tendréis que hablar.

Lo veía muy difícil. Seguía sin imaginarme frente a frente con Víctor. No podía. Y no podría mentir. Seguro que le acabaría hablando de Ethan, aunque no quería, realmente no quería herirle. Pensaba en eso pero igualmente Ethan volvía una y otra vez a mi mente. Estaba triste por Víctor, incluso por lo que Elisa me había dicho sobre Ethan pero aún así no podía dejar de sonreír. Estaba realmente triste pero sonriente. Absurdo.

38.

Me desperté muy temprano he impaciente. Decidí no esperar más e ir a casa. Era tan temprano que seguramente Víctor aún estaría durmiendo. Mejor así. Le dejaría una nota “tenemos que hablar”, como dijo Elisa y me iría. Así tendría todo el día para prepararme mentalmente para nuestro encuentro cara a cara.

Entré con la maleta tratando de hacer el menor ruido posible. Me extrañé al ver otra maleta en el salón. Luego caí en la cuenta, era la de Carla, me había olvidado completamente de ella. Pero no estaba en el sofá durmiendo. Pensé que seguramente se habría ido a algún otro lado. A casa de una amiga o quizá, como decía Víctor, había decidido volver con su marido. No le di la menor importancia. Busqué algo donde escribir una nota. “Acabo de llegar, me tengo que tengo que ir al trabajo temprano pero tenemos que hablar”. Puse la nota en la nevera sujetada con un imán y por pura inercia me dirigí a la habitación para dejar la maleta. Me paré un momento. Si entraba despertaría a Víctor. Decidí dejar la maleta en el salón e irme. Pero justo entonces hoy ruido en el dormitorio. Víctor se había levantado, la puerta se abrió de golpe. Por puro reflejo me escondí como pude pegándome a la pared. Aún así pude ver que quien salía de la habitación era Carla. Se fue al baño y cerró la puerta. Me asomé con cuidado a la habitación y pude ver que Víctor dormía a pierna suelta. ¡Habían dormido juntos! Carla tiró de la cisterna en el bañó y yo me fui corriendo. Me olvidé por completo de la maleta y de todo. Me marché con tanta prisa que incluso di un portazo. Seguro que lo habían oído. Seguro que sabían que yo había estado ahí. Pero eso era demasiado. No sabía como enfrentarme a esa situación.

Me fui al trabajo y desayuné en la cafetería. Pasado el primer susto pude recapacitar y en verdad eso era lo mejor que podría haber pasado. No sé por qué yo me sentía muy avergonzada pero no había razón. En realidad así era perfecto: Yo con Ethan y Víctor con Carla. Todos felices. De un modo extraño e inesperado mi plan estaba surtiendo efecto. No era lo que yo había planeado pero igualmente había felicidad. No sólo yo era feliz. Junto conmigo tres personas más lo eran. Felicidad expandida, contagiada.

Vi a Robert y Mario que entraban en la cafetería. Yo solía desayunar en casa, así que era raro verme allí, pero sabía que ellos quedaban media hora antes del trabajo y tomar un café juntos. Eché

de menos a Albert, pero sabía que a él le costaba levantarse por la mañana. Es más solía llegar tarde al trabajo, así que imposible encontrarlo a esas horas.

—¡Eh, ya has vuelto! ¿Qué tal tu viaje? —preguntó Mario.

—Increíble. —dije eufórica.

—¿Sí?

—No sabéis lo que me ha pasado.

—Pues no. ¿Qué?

—¡Me he enamorado!

—Ah. —dijo Robert fríamente. Tras un silencio.

No parecían contentos. Tal vez a ellos no les había ido tan bien. En realidad estaba impaciente por preguntarles que tal les iba aplicando mi fórmula. No se me había olvidado eso. Seguía estando entusiasmada con mi fórmula y más desde que la había puesto en práctica con Ethan. Pero necesitaba recopilar más datos para poder estar segura de su eficacia.

—¿Qué tal vosotros? ¿Habéis hecho adelantos en vuestra vida sentimental?

—De hecho sí. —dijo Mario. —Tengo un par de citas este fin de semana.

—Yo también, he quedado con una chica. —añadió Robert. —Es muy maja y…

—¿Y? —pregunté.

—Pues que tú fórmula funciona. —dijo Robert.

—Sí. Es sorprendente. Dos citas la misma semana, eso no me había pasado en la vida. Aún se pelearán por mí y todo. —dijo Mario.

—Espero que hayáis guardado un registro de todas las preguntas y respuestas. Necesito datos.

—Sí, no te preocupes, está todo guardado. —dijo Mario.

—Luego te paso el Excel con todo. —añadió Robert.

—Bien. Me alegro de que la fórmula funcione. Ahora ya seréis felices, ¿no?

—Sí, supongo. —dijo Robert no muy convencido.

—Bueno, habrá que ver como va la cosa, ¿no? —dijo Mario.

—Claro. —contesté.

Entramos al trabajo. Yo no me concentré nada en lo mío. Seguía pensando en la fórmula. Mentalmente repasaba todo los factores. Trataba de encontrar si había algún problema o alguna manera de mejorarla. Estaba realmente entusiasmada.

Albert entró corriendo, llegaba tarde. Aún así se paró un momento para saludarme.

—¡Hello, preciosa! —me dijo. —¿Cómo te ha ido?

—Pues me he enamorado y Víctor me ha puesto los cuernos. Hemos cortado. Bueno, tenemos que cortar pero vaya, que está todo bastante claro.

—¡Vaya! ¡Qué intenso! —dijo Albert. —Entonces… de quién te has… ¿enamorado? —le costó formular la pregunta.

—De Ethan, un chico que conocí en Londres.

—… ahá.

—¿Y tú…?

—Llego tarde. Ya sí eso… luego.

Se fue sin más. Me dejó con la palabra en la boca. Creo que no le sentó muy bien. Seguramente porque a él no le había ido tan bien con las citas. Tal vez ni lo había intentado y que ahora de pronto todo el mundo estuviera emparejado menos él no le debía sentar bien. Eso pensé.

39.

Después del trabajo, como no tuve éxito convenciendo a ARMARIO para tomar unas cervezas. De pronto los tres parecía que tenían cosas que hacer. Decidí ir a casa de mis padres. No quería abandonar del todo mi plan para la felicidad. Sí que era consciente de que lo había planteado mal de inicio, pero también había tomado la decisión de ayudar a ser feliz. No era cuestión de abandonar todo el plan por las buenas. Además había conocido a Ethan, lo que quería decir que había conocido el amor, y quería compartirlo con el mundo. Quería que el mundo entero supiera lo que es eso. Quería que mi padre también lo supiera. Sospechaba que ya lo sabía, sólo quería que disfrutara abiertamente y sin tapujos. En definitiva, que fuera feliz.

—Papi, quiero contarte algo.

Él estaba como siempre en el sofá viendo la televisión. Mi madre estaba sentada en la mesa tomándose un té y leyendo una revista. Pero me vigilaba, y más aún cuando me acerqué a mi padre. Me senté a su lado. Conseguí captar su atención.

—Estoy enamorada. —le dije a mi padre.

—Bueno. —dijo mi él.

—¿Estás enamorada? —intervino mi madre.

—Sí.

—¿Y eso es nuevo? —preguntó mi madre.

—Sí, de hecho sí. —me giré para contestarle, mi padre volvió a prestarle atención a la televisión.

—Me ha pasado algo maravilloso y quiero contároslo. —contesté. —Papi, ¿sabes que me ha pasado?

—No, hija. ¿Qué?

—Que me he enamorado. Ahora me doy cuenta que en realidad nunca me había enamorado antes. Es un sentimiento tan bonito, tan agradable, que no hay nada que esconder. No puede salir nada malo de todo esto. ¿Te ha pasado alguna vez? —le pregunté a mi padre.

—¡Vaya pregunta! —protestó mi madre.

—¿Hablas de Víctor? —preguntó mi padre.

—No. He conocido a alguien en Londres.

—¿Y qué pasa con Víctor? —dijo mi padre.

—Nada. Vamos a tener que cortar pero no pasa nada, él también ha encontrado a alguien.

—Después de tanto tiempo juntos ¿ahora vais a cortar? —dijo

mi madre. —Pero ¿cómo se te ocurre? Y todo por un rollito que has tenido en un viaje. Hija, créeme. No vale la pena.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Pues que la pareja es un proyecto de vida. Se construye un entendimiento para crear una familia, una estabilidad. El amor es otra cosa. Quiero decir, el amor tarde o temprano aparece y de muchas maneras. Tú hablas de pasión y dejarse llevar por la pasión sólo trae problemas.

No acababa de entender lo que mi madre quería decir. Me estaba aturdiendo un poco. ¿Quería decirme que debía seguir con Víctor aun cuando estaba enamorada de Ethan? ¿Por qué? ¿Por estabilidad económica tal vez? De todas maneras ella estaba distrayendo. Yo quería hablarle a mi padre de lo bonito que es el amor.

—Da igual. —le dije, sin saber que otra cosa decir. —Papi. ¿Te ha pasado alguna vez?

—Claro, hija. Cuando conocí a tu madre.

—¿En serio?

—Ey, que quiere decir "¿en serio?" —protestó mi madre.

—¿Nunca más? —le pregunté a mi padre.

—No. —dijo mi padre.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Nunca has conocido a nadie que desde el primer momento que lo vieras te sintieras atraído?

—¿De qué va todo esto? —protestó mi madre.

—Bueno, claro. Siempre hay gente que conoces y te gusta pero… no sé.

—Papi, es genial dejarse llevar. Abrazar el amor sin miedo, perder un poco el control. En serio.

—Anda, hija, deja a tu padre en paz, no ves que le estás molestando. —mi madre se acercó y se sentó junto a nosotros.

—¿Te estoy molestando? —le pregunté a mi padre.

—Claro que no. —contestó él. —Cuéntame lo que quieras.

—Yo ahora soy tan feliz, y quiero que vosotros también seas así de felices.

—Gracias hija. —dijo mi padre.

—Por eso… —continué yo.

—¿Qué queréis cenar? —dijo mi madre de pronto. —Te quedas a cenar, ¿verdad?

—Sí, pero…

—Pues a ver, ¿qué hago? porque no he comprado nada. —mi

madre parecía nerviosa.

—Ven a la cocina conmigo a ver que hacemos.

—Espera, que estoy hablando con papá.

—No hay nada de que hablar.

—¿Cómo?

—Déjale que hable, ¿qué prisa tienes? —le preguntó mi padre a mi madre.

—Pues que se hace tarde. Anda ven conmigo.

Mi madre me agarró del antebrazo y tirando de él me apretó con fuerzas.

—Vamos. —dijo. Entonces entendí lo que le pasaba.

—Mami, no es de ti de quien quiero hablar, no te preocupes.

—¿Ah, no? —dijo algo más tranquila. —¿De quién entonces?

—De Juan.

—¿Juan? —dijo mi padre.

—¿Qué pasa con Juan? —preguntó mi madre.

—¿Mi amigo Juan? —dijo mi padre.

—¿Sientes algo por él? —le pregunté.

Mi padre miró a mi madre interrogativo. Sorprendido. Mi madre me miró a mí, volvió a mirar a mi padre y otra vez a mí.

—¿Yo? —dijo mi madre extrañada.

—No tú. —le dije.

—¿Qué pasa con Juan? —le preguntó mi padre a mi madre en un tono extraño. Un tono inquisitivo y algo agresivo que jamás había visto en mi padre.

—Nada. No sé de que está hablando. ¿De qué hablas niña? —dijo mi madre enfadada. —Deja ya de meterte en los asuntos de los demás.

—¿Qué pasa con Juan? —volvió a preguntar mi padre a mi madre está vez más violento.

—No sé…

—¿Qué te pasa a ti con Juan? —interrumpí preguntándole a mi padre.

—Es un amigo mío.

—¿Y qué sientes por él?

—¿Cómo que qué siento por él? ¿Qué pregunta es esa? —dijo mi padre riendo, más calmado.

—Papi, no pasa nada. Tienes todo mi apoyo. Y seguro que el de Elisa también. Y de mami no te tienes que preocupar que ella…

—¿Qué? —interrumpió mi madre nerviosa. —Hija mía ¿qué estás diciendo?

—Pues que papi también tiene derecho a conocer el amor. —le

contesté a mi madre.

—¿El amor? —preguntó mi padre.

—Sí, papi, el verdadero amor. Y entregarte a él con los brazos abiertos, sin miedos. Además, ahora los tiempos han cambiado mucho, papá ya no es como antes.

—¿Me estás preguntando si soy mariquita? —me pregunto mi padre.

—Papi, es mejor que digas homosexual. O gay.

—Mónica, a mí no me gustan los hombres. ¿Parece que me gusten los hombres? —miró a mi madre.

—Pero ¡¿cómo dices eso?! ¿Estás loca? —dijo mi madre. —Esta niña está loca. —le dijo a mi padre. —Se le ha ido la chaveta.

—Vale. Tal vez no te gusten todos los hombres, pero ¿Juan?

—No. ¡No! Sólo somos amigos. Sólo… ¡Dios! Ahora con que cara le miro. Así que parecemos maricas, ¿no? Por eso lo dices. Cuando vamos al cine juntos parecemos de esas parejas de maricas viejos.

—No tiene nada de malo. —le dije.

Mi padre se echó la mano a la frente mientras seguía negando con la cabeza.

—Ya no iré más al cine con él.

—No, papi. No. No pasa nada. ¿Qué más da lo que piense la gente?

—Sí que da, hija. Claro que da.

—Pero…

—Ya basta. —se interpuso mi madre. —Déjale en paz. ¿Qué te pasa? Te has propuesto acabar con esta familia. ¿Tanto nos odias?

—Yo no os odio. Yo sólo quiero que seáis…

—No lo digas. Ya basta de tonterías. Déjanos en paz, por favor. Ni tu padre es mariquita ni yo… —se detuvo ahí. —¡Se acabó! —me gritó, ni una palabra más.

—Pero…

Mi madre volvió a estirarme del brazo, con más fuerza ahora. Estaba rabiando y parecía que me quería echar simplemente. Mi padre seguía sentado en el sofá con la cabeza entre sus manos. Necesitábamos un descanso. Me fui al lavabo. Estuve un rato allí. Cuando salí mi madre estaba en la cocina. Cacharreaba frenéticamente de un lado al otro. Mi padre seguía en el salón, frente a la televisión, concentrado en la pantalla pero con cara de profunda preocupación. No me quedé a cenar. Me fui. No sabía como resolver esa situación. Con ellos no había nada que hacer. Tampoco se alegraban de que yo hubiera encontrado el amor.

40.

—¿Y bien?

—Ha pasado algo inesperado. ¿Me puedes dejar una camiseta y unas bragas? He dejado mi maleta en casa.

—¿Por qué has dejado la maleta? O ¿qué haces aquí?

Después de mi charla/discusión con mis padres decidí volver a casa de Elisa. No tenía otro sitio a donde ir. Además quería contarle todo.

—¿Piensas quedarte aquí? —preguntó Elisa.

—No tengo otro sitio a donde ir. —contesté.

—Vete con los papas.

—Oh, no, no puedo. No están muy contentos.

—¿Por qué?

—¿Te acuerdas eso que te dije que papi era gay? Ya no estoy tan segura.

—Mónica, cómo te pasas. ¿Le has dicho a papi que es gay? ¿Cómo se te ocurre meterlos en tus locuras? A ellos déjalos en paz, no ves que ya son mayores, no les vas a cambiar en nada, déjalos que sean tan infelices como quieran.

—Esto no es lo que te quería contar. Por la mañana cuando fui a casa me encontré a Carla y Víctor durmiendo juntos.

—¿A Carla? ¿Qué Carla?

—La prima Carla.

—¿Cómo es posible?

—Oh, no te conté. Dejó a su marido y se quedo en nuestra casa porque no sabía donde ir. Y parece ser que mientras yo estaba en Londres pues…

—Increíble... —dijo Elisa aún tratando de asumirlo.

—Pero así todo es perfecto. Víctor con Carla y yo con Ethan. No hay ningún problema. De hecho estoy pensando que podría dejar mi trabajo e irme a Londres con Ethan.

—¡Estás loca! ¿Cómo vas a dejar tu trabajo así como así y irte con un tío que no conoces de nada?

—¿Por qué no? Puedo trabajar ahí, seguro que hay muchas ofertas para programadores.

—Ese tío te está tomando el pelo. Si vas a ahí las vas a pasar putas. Seguro que te dejará tirada a la mínima.

Elisa insistía en lo de que Ethan sólo quería aprovecharse de mí. Yo no quería creerlo pero Ethan seguía sin dar señales de vida así

que la duda empezaba a hacer mella en mis sentimientos hacía él.

—Elisa, ¿tú realmente crees que Ethan me ha engañado? ¿Qué no siente nada por mí?

—Sí. Siento decírtelo pero estoy segura.

Me sentía fatal. Si Elisa estaba tan segura debía ser verdad. Yo solía ser muy ingenua, así que era fácil tomarme el pelo. Me dejé caer en el sofá. Elisa se sentó a mi lado.

—Sé que duele llevarse una decepción así. Pero cuanto antes mejor. —dijo Elisa.

—Creo que igualmente iré a Londres. Es la única manera de comprobar si es verdad que se quiere aprovechar o no.

—No puedes hacer eso.

—¿Por qué no? No tengo casa, odio mi trabajo y ya no tengo ningún proyecto que me interese. ¿Por qué no empezar de cero? Creo que sería lo mejor, después de toda esta búsqueda mía por la felicidad, todo se ha vuelto muy complicado.

—¡No puedes hacer eso! —dijo Elisa nerviosa. —Así no se hacen las cosas. ¿Te crees que es tan fácil? Coges y te vas y empiezas de cero como si todo lo que hubieras hecho antes no importara? Y ya no eres una niña como para irte a la aventura, a vivir la experiencia de vivir en el extranjero. Ya has pasado los treinta ¿sabes? Y justo ahora estás de nuevo soltera.

—¿Y qué? Yo no tengo tu problema.

—¿Qué problema?

—Yo no quiero tener hijos, así que no tengo que preocuparme porque sea demasiado mayor para quedarme embarazada o que no tenga pareja con la que tener hijos. De hecho, ni siquiera necesito pareja.

—Claro que la necesitas. Sin Víctor no sabrás vivir. No ves que el cuidaba de ti. No vas a encontrar a nadie con su paciencia y que te conozca tan bien para saber como contentarte.

—Creía que Víctor no te gustaba y te alegrabas de que cortáramos.

—Más o menos. Pero, mírate, tú eres… especial. No creas que hay muchos víctors por el mundo.

—¿Y qué tal Ethan? Si en verdad…

—¡Es que no me estás escuchando! —dijo Elisa muy nerviosa, demasiado.

—¿Qué te pasa?

—Me pasa que odio que te tomes las cosas a la ligera, como si no pasara nada. La vida para ti es un juego ¿verdad?

—No.

—Sí, te diviertes jodiendo a los demás y luego tomas decisiones repentinas, cambias de opinión y te piras, así sin más. O dices que has descubierto el amor de un día para otro. Yo llevó años y nunca… —Elisa dejó de hablar en seco.

—¿Nunca te has enamorado?

—Sí. No. No sé. Ese no es el tema.

—Entonces ¿qué es lo que te pasa?

—¡Pues que estoy embarazada, Mónica!

¡Menuda noticia! Eso sí que era una sorpresa. ¿Cómo era posible? Si en treinta cinco años no se había quedado nunca embarazada cómo es que ahora sí. Cómo es que se había descuidado.

—Al final algo está saliendo bien. Yo estoy con Ethan, Víctor con Carla y tú vas a tener un hijo! Eso es lo que querías.

—No así. No tengo pareja. Estoy sola.

—¿Y qué? Puedes ser madre soltera.

—No quiere ser madre soltera. No quiero estar sola, Mónica. —Elisa se echó a llorar.

—No llores por favor, que no sé que hacer.

—Ya, tranquila, no tienes que hacer nada, se me pasará. Es que… no puedo tener este bebé. —dijo entre lágrimas.

¿Por qué no? Iba a preguntar, pero estaba llorando y pensé que si le preguntaba lloraría más. Además ella misma me había dicho que no hiciera nada. Simplemente esperé a que dejara de llorar, no dije nada. Me quedé en silencio a su lado y sin entenderla. Aparentemente eso era lo que más le preocupaba, que se hacía mayor y no tenía hijos. Eso era lo que más quería. Ahora que lo tenía no lo quería. Me reiteraba en mi opinión de que mi hermana simplemente no era apta para la felicidad.

—Voy a abortar. —dijo finalmente. —¿Me acompañarás? —yo asentí.

41.

Mi paciencia se estaba acabando. Estaba en el trabajo y miraba mi móvil cada cinco minutos. Seguía sin respuesta de Ethan. Sabía que mis mensajes le llegaban porque tenía doble check, pero no los leía (el doble check no se volvía azul). Pensé que algo le había pasado a su móvil. Ya le había enviado un e—mail el día anterior y tampoco me había contestado. El e—mail si que debía verlo. La duda cada vez era más grande. Ya me creía todo lo que Elisa me había dicho. Seguramente Ethan estaba desesperado por encontrar a alguien que le solucionara los papeles e iba a saco. Tal vez su visado estaba a punto de expirar y necesitaba con urgencia encontrar a alguna pardilla que se casara con él. Yo me volví a Barcelona así que ya pasó de mí. Aunque también pensaba que de ser eso, ¿por qué no insistir un poco más? Tampoco tenía nada que perder y mandar unos mensajes en Whatsapp no costaba nada. De todos modos estaba herida. Muy herida. Estaba viviendo algo que nunca antes me había pasado. El desamor. Me sentía fatal. Me sentía muy vulnerable. Sólo tenía ganas de llorar. De hecho lo hice, me fui al baño y lloré un rato encerrada en el cubículo. No sirvió de mucho. Cuado salí y me vi con los ojos hinchados me costó reconocerme. No solía llorar. Algo más por lo que sentirme rara. Estaba perdiendo autoestima y me estaba convirtiendo en alguien que no era yo. Lloraba y sufría porque un hombre no me respondía a los mensajes.

—Ey, ¿estás bien? —me preguntó Albert que me encontró en el pasillo.

—Sí. ¿Por qué?

—No sé… ¿estás resfriada?

—No.

—Bueno, en realidad parece que has… llorado. Pero…

—He llorado.

—¿Qué te pasa?

—Muchas cosas.

—Oye. —Albert se me acercó más. —¿Quieres que hablemos? Podemos comer juntos.

—A la hora de la comida tengo que ir a recoger mis cosas a casa.

—¿Así que has cortado con Víctor?

—Sí, se puede decir que sí.

—Pues te puedo acompañar. No me importa. ¿Y dónde te vas a quedar? ¿Ya lo sabes?

—Bueno… con mis padres mejor que no. Así que con mi hermana, aunque está como muy depre, no me apetece mucho.

—Quédate conmigo. Tengo una habitación extra en mi piso. Incluso tengo una copia de las llaves. Te puedes quedar conmigo sin problema. Aquí estoy para lo que necesites.

—Gracias. Sí, creo que sí. No es mala idea.

—Claro. Te espero fuera a la hora de la comida.

—Sí.

Albert se marchó y yo me fui para mi mesa. Volví a comprobar mi móvil. Seguía sin respuesta. Mi plan de dejarlo todo e irme a Londres tampoco tenía mucho sentido sin Ethan. Él era la motivación, lo que hacía ese plan tan atractivo. Miré el móvil una vez más y empecé a odiar a Ethan. Me sentía dolida, engañada, estúpida y débil. Una sensación que no le deseo a nadie. No era feliz, era muy desgraciada.

A la hora de la comida Albert y yo fuimos a mi casa. Fui a esa hora porque sabía que Víctor no estaría. Seguía sin ser capaz de enfrentarme a él, e imaginaba que él no era capaz de enfrentarse a mí. No me había llamado ni enviado ningún mensaje. Era mejor así.

Llegamos a mi casa y mi maleta seguía en el mismo sitio donde la había dejado. Le pedí a Albert que recogiera mi portátil y algunos discos duros en el salón y yo me fui a la habitación a recoger ropa. Lo hice tan rápido como pude. Sin pensarlo mucho, sólo me limite a ir echando cosas en la maleta sin ningún orden. Algo así como si me estuviera fugando. De pronto oí a Albert hablando con alguien. ¡Oh, no! ¡Víctor! Albert dijo “soy compañero del trabajo de Mónica”. Entonces no era Víctor, porque Víctor ya conocía a Albert. Aún así yo seguía petrificada, cerré la puerta de la habitación y me pegué a la pared, escuchando y sin saber como reaccionar. Quería esconderme.

—¿Mónica? —Carla se acercó a la habitación. —¿Mónica?

Intentó abrir la puerta, pero yo empujé para impedírselo. Forcejamos un poco hasta que Carla desistió.

—¡Mónica! Sé que estás ahí. —no contesté. —Mónica, lo siento mucho. Por favor, déjame hablar contigo.

Me seguía dando vergüenza pero quería salir de esa habitación y de esa casa. De todas maneras ella quería disculparse, así que podía usar la técnica que Elisa me había dicho que usara con Víctor, dejar que ella hablara y abrirme paso hacia la salida. Abrí la puerta. Carla se me echó encima y me abrazó. Eso sí que no lo esperaba, me entraron ganas de llorar. Las resistí pero se me escapó un sollozo. Carla se dio cuenta.

—Perdóname Mónica, por favor. Sé que está muy feo esto que hemos hecho. —yo busqué a Albert que estaba de pie en el salón.

—Creo que es mejor que os deje solas. —dijo Albert.

—¡No! —le dije yo. —Sólo hemos venido a recoger mis cosas. —le dije a Carla.

—Pero tenemos que hablar. Sé que las cosas entre Víctor y tú no estaban bien. Víctor me dijo que quería cortar y tú parecía que también y bueno… pasó esto, de verdad que lo siento. Pero ¿por qué no vienes y hablamos los tres?

—No. No pasa nada de verdad. —me di prisa a sacar la maleta de la habitación.

Pero Mónica, no quiero que esto sea así. Ahora que nos empezábamos a llevar bien. Si tú me dices que no quieres que esté con Víctor pues… no lo haré.

—No, no pasa nada porque yo también… yo… he conocido a alguien.

—¿Ah, sí? —Carla miró a Albert.

—Sí. Es verdad, y me he enamorado. —dije. —De hecho esto es perfecto porque así todos estamos contentos. Es sólo que está situación es demasiado incómoda para mí. Deja que me vaya, por favor. —le pedí.

—Está bien. Pero tenemos que hablar tarde o temprano.

—Sí. Albert, ¿lo tienes todo? —Albert asintió.

Me fui hacia la puerta de entrada arrastrando mi maleta. Dándome toda la prisa del mundo. Albert amablemente se despidió de Carla mientras que yo me impacientaba esperando el ascensor. Por fin me subí al ascensor y no esperé a Albert, que saltó dentro en el último momento cuando ya las puertas se cerraban.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—No, pero más tarde lo estaré, cuando llegué a tu casa ya me relajaré.

Albert se rió.

—¿No has pensado en escribir letras de canciones? Deberías sacar provecho a esta “condición” tuya.

—Si yo fuera poeta no resistiría esta mierda, estar estresada todo el tiempo para escribir unos pocos sonetos, no me parece buena apuesta.

—Pero podrías practicar tu arte para hacerlo hasta en la cárcel. —intentó rimar Albert. —¿Qué pasa? Al menos rima.

—Creo que se me da mejor mí. —me reí.

42.

Me fui temprano de casa de Albert. Él todavía dormía. Me fui a casa de Elisa. Ya le había contado que me quedaría con Albert pero me pidió que fuera temprano por la mañana. Tenía cita con el médico y me exigía que la acompañara. De algún modo me trataba como si fuera culpa mía que estuviera embarazada. Llegué bastante temprano a su casa, pero aún así no lo suficiente. Estaba nerviosa, y aunque teníamos tiempo de sobras me echó bronca por llegar tarde. Aún así, ella no estaba lista. Tuve que esperar un buen rato observando como ella iba de un lado a otro, maquillándose escogiendo zapatos, y todo ello sin dejar de quejarse.

—¿Cómo pierda esta cita me va a costar mucho más conseguir otra hora? Y me quiero deshacer de esto cuando antes.

—Vamos bien de tiempo. —le dije.

—Pero aún me tengo que maquillar. —protestó Elisa.

—No te maquilles. Sólo vas al médico.

—No, no. Me tengo que maquillar.

Entró en el baño justo cuando picaron a la puerta. Yo fui abrir, ya que ella nerviosa, con un ojo a medio pintar, me lo pidió. Mi madre entró como un remolino.

—¡Qué has hecho, niña loca! —me dijo mi madre.

—¿Qué pasa? —apareció Elisa alarmada.

—He ido a tu casa a buscarte y no estabas. —me dijo mi madre. —Víctor me ha dicho que debías estar aquí. Carla estaba ahí con él. ¿Qué está pasando?

—Ah, sí. Todavía no te he contado. —le dije.

—Ahora no tenemos tiempo para eso, mami. Tenemos que irnos. —dijo Elisa.

—Pero ¿tú sabes lo que ha hecho tu hermana? —le preguntó mi madre a Elisa.

—No quiero saberlo.

—Mami, lo de ayer, lo siento, ya veo que…

—¡No es lo de ayer! Es… ¡Daniel! Me ha llamado, me ha dicho que él todavía piensa en mí y que… que… ¡¿Yo no te dije que no te metieras?!

—¡Y no me he metido! Hablé con una vez sólo. Te lo juro. Nunca más.

—¿Quién es Daniel? —preguntó mi hermana. —Bueno, da igual. Ahora no tenemos tiempo. Mami, nos tenemos que ir. —insistió

Elisa.

—¿A dónde? —preguntó mi madre.

—A un sitio. —contestó Elisa mientras recogía su móvil y las llaves.

Mi madre me miró inquisitiva. Yo me puse nerviosa, estaba enfadada por lo de Daniel y de alguna manera quería compensarla por eso diciéndole lo que estaba pasando. Pero sí lo hacía Elisa estaría aún mucho más enfadada y se suponía que ya estaba ahí para compensarle a ella. Cogí aire y apreté los labios, no pensaba decir nada de nada.

—¿Por qué no me dices dónde vais? —le volvió a preguntar a Elisa.

—¿Quién es Daniel?

—No es nadie. —contestó mi madre.

—Pues me tengo que ir… al trabajo.

—Para eso no necesitas a Mónica.

—¿Y para qué la necesitas tú?

—Pues porque me ha hecho una de sus perrerías.

—A mí también, por eso viene conmigo. Tiene que pagar por ello. —me miró Elisa con odio.

—Dime que te ha hecho. —dijo mi madre.

—Eso queda entre ella y yo.

—Pues lo mismo digo.

—Bien. Vámonos, Mónica.

—Sea donde sea voy con vosotras.

—¡He dicho que no, mamá!

La cosa se puso fea. Mi hermana se encaró a mi madre, mi madre empujó a Elisa hacía la puerta, ella sacudió su brazo con violencia. Parecía que en cualquier momento se iban a pegar. Las dos gritaban y discutían y todo era culpa mía.

—¡Decid la verdad! ¿Por qué no decís la verdad? No cuesta tanto. —dije.

Las dos me miraron sorprendidas.

—Daniel es el ex amante de mamá. —continué. —Y Elisa está embarazada. Ya está, no es tan difícil.

—Te voy a matar. —dijo Elisa. —Después de todo lo que me has hecho lo menos que podías hacer es guardarme el secreto.

—¿Quién es el padre? —preguntó mi madre.

—Eso da igual. —contestó Elisa.

—Por qué me tratas como si yo tuviera la culpa de que estuvieras embarazada.

—¡Por que la tienes!

—¿Cómo es posible?

—Por que el padre es David. Es David, vale. El de Internet, mi pareja ideal, el hombre de mi vida. El que tú encontraste a través de tus cálculos. Es culpa tuya.

Elisa se marchó al baño y de un portazo se encerró en él. Mi madre estaba perpleja.

—Siento lo de Daniel. Pero no he vuelto ha hablar con él, y no sé porque ha cambiado de opinión. A mi me dijo que era feliz con su mujer.

—Sí, de hecho hemos hablado y está todo aclarado. Esto es más fuerte. ¿Qué le pasa a Elisa?

—Está embarazada pero no lo quiere tener. Quiere abortar.

—Ya no hace falta. —dijo Elisa saliendo del baño. —Falsa alarma. Me acaba de venir la regla.

Estaba agotada. Al final tanto drama y todo se había quedado en nada. Se había diluido en el aire. Entonces era que en verdad no pasaba nada. Mi madre y mi hermana habían creado el drama. Me dejé caer en el sofá y me tapé la cara con las manos. Quería llorar.

—¿Y a ti que te pasa? —me preguntó Elisa.

—Ethan no me escribe.

—¿Quién es Ethan? —preguntó mi madre.

—El hombre del que estoy enamorada.

—Pero ahora pasa de ella. Yo creo que sólo quería casarse con ella por los papeles. —le explicó Elisa.

—¿Quería casarse contigo? —preguntó mi madre.

—No. Pero no quería tener sexo hasta que nos casáramos.

—Que cosa más rara. —dijo mi madre.

—¿Por qué todo el mundo miente? ¿Por qué mentís vosotras? —dije.

—Pues. No sé. —contestó Elisa.

—Por que hay cosas que es mejor que la gente no sepa. —dijo mi madre.

—¿Por qué?

—Bueno. —fue todo lo que dijo mi madre.

—Mentir lo hace todo más complicado. Si Ethan me hubiera dicho que buscaba a alguien para resolver sus papeles yo podría haber aceptado casarme con él, ¿por qué no? Me parece una buena razón para hacerlo. Estoy segura de que es mejor decir la verdad, siempre. Así se evitan malos entendidos y confusiones.

Hubo un rato de silencio. Creo que conseguí hacerles pensar. Toda esa situación había sido muy intensa y total para nada. Había una sensación de alivio pero también de agotamiento. Las tres

estábamos sentadas en silencio. Yo seguía pensando en Ethan y en que sí me casaría con él si fuera para solucionar su visado.

—Hijas. Creo que hay algo que debo explicaros. Pero necesito que seáis discretas. No es que tengáis que mentir, Mónica, pero entiende que tampoco todo el mundo tiene que saber esto.

—¿Qué? —le pregunté.

—Vuestro padre no es gay, eso para empezar.

—¿Ese es lo que nos tienes que decir? —dijo Elisa.

—No, es que no estoy enamorada de Daniel. Sí lo estuve un tiempo. No diría enamorada, más bien encaprichada. Pero se me pasó. ¿Vale? Así que lo que hiciste poniéndote en contacto con él fue… bochornoso. Porque lo que le dijiste no es verdad. No quiero volver con él, nunca quise. Fui yo quien rompió y ¿por qué? Porque había otro. Y después hubo otro más y… así. ¿Lo entiendes?

—¿Quieres decir que has tenido más de un amante? —pregunté yo.

—Sí. Pero también tenía una familia, unas hijas de las que preocuparme.

—¿Y papi lo sabe? —preguntó Elisa.

—No todo, pero se lo imagina. Mira, así es como funciona nuestra relación. Así es como estamos bien.

—Es tan raro. —dije yo.

—Así somos nosotros. —replicó mi madre.

—Pero ¿por qué tú siempre pareces entonces tan infeliz?

—Porque me aburro, supongo. Y desde que tenemos asistenta aún me aburro más.

—¿Ahora tienes algún amante? —pregunté.

—Ah, no. Estoy cansada de eso. Y sobre tu enamoramiento, hija, ya se te pasará. Disfruta mientras dure, eso sí.

Eso sí. En ningún momento me había negado la posibilidad de disfrutarlo. Es más me había lanzado con todas mis energías y sin ninguna desconfianza. Pero Ethan me estaba rompiendo el corazón. No sabía que pensar. ¿Qué secreto guardaría Ethan? ¿Y si mi madre tenía razón? Sólo era un capricho y se me pasaría y vendrían otros después de Ethan.

43.

Habían pasado un par de días más y seguía sin saber nada de Ethan. Había mirado mi correo mil veces, comprobado en la carpeta de *spam* por si su e—mail me había llegado ahí. También miré y remiré mil veces todos los mensajes de Whatsapp y texto por si se me había pasado algo. Pero nada. Incluso pensé en llamarle, era lo más lógico, pero me sentí ridícula. A esas alturas ya estaba convencida de que me había tomado el pelo completamente y que si le llamaba ni me contestaría. Intenté no pensar más, olvidarme de él. Estaba totalmente arrepentida. ¿Cómo me había enamorado así? ¿Por qué? ¿Para qué? Ahora me sentía tan débil, tan estúpida, tan incapaz de decir nada. Sólo dejaba que la inercia me llevara. Por suerte estaba en casa de Albert. Con Elisa me hubiera deprimido aún más. Después de su imaginario embarazo no había sabido nada más de ella. Tal vez estaba avergonzada. De todas maneras yo tampoco quería saber nada. No me quedaban fuerzas. Pero Albert hacía todo lo posible por animarme. Me llevaba de su casa al trabajo, y del trabajo a su casa y yo me dejaba llevar. Así todo era algo más fácil. En el trabajo estaba ocupada y en su casa él me entretenía. Aquella noche Abert había comprado palomitas y cervezas.

—¿Qué es eso? —le pregunté señalando a la mesita del salón.

—¿Nunca has visto marihuana antes? —me preguntó él. —Hoy me apetece fumar, y creo que a ti te sentaría muy bien.

—Fumar es malo.

—Un día es un día. Hoy ya verás que no será malo.

Hizo una pausa mientras me llenaba un vaso de cerveza. Ya había un bol con las palomitas sobre la mesa. Empezó a enrollarse el porro. Yo me senté junto a él en el sofá.

—¿Jugamos o vemos *Breaking Bad*? —le pregunté.

—Lo que tú prefieras. —contestó. —Oye, no me gusta verte así. Tan… deprimida. Nunca te había visto así antes.

—Ya, bueno. Nunca mi vida había estado tan desordenada antes.

—Por eso, creo que te vendría bien algo para animarte un poco. Ya se que no te gustan las drogas, pero…

—Sí me gustan las drogas. Obviamente pueden ser muy útiles cuando se toman por una razón precisa y en una dosis conveniente. No me gustan las drogas con fin recreativo.

—Bueno, pues ahí voy. En momentos bajos, como ahora, fumar

un poco sí te puede sentar bien.

—¿Tú tomas todo tipo de drogas? —le pregunté.

—No, que va. Bueno, las he probado casi todas, pero no. Básicamente fumo marihuana, es lo mejor.

—¿Cuál es el principio activo?

—¿El principio activo? —se rió Albert. —OK. Sí. Es el THC, tiene un efecto analgésico y relajante. Altera las percepciones, lo que quiere decir que puedes ver colores o formas un poco raras, pero es divertido. Lo mejor es que te deja muy muy relajado. Es como que se te afloja todo el cuerpo, todo te da igual, y te ríes.

Terminó de liar el porro y lo encendió. Le dio una larga calada. Luego me lo pasó. Yo me quedé pensando. Nunca había tomado drogas recreativas.

—También produce sensación de hambre. Pero por eso tenemos las palomitas. —me sonrió y levantó una ceja mientras todavía me ofrecía el porro. Yo lo cogí entre mis dedos.

—¿También alivia el dolor de corazón? —le pregunté.

—Ése sobre todo. —dijo riendo.

Me puse el cigarro entre los labios. Él me dijo que simplemente cogiera aire, como si respirara hondo pero por la boca. Noté como me quemaba la garganta pero aún así aguanté. Hasta que me dijo que volviera a soltar el aire igualmente por la boca, despacio. Bueno, más bien el humo. Enseguida noté una sensación que me subía a la cabeza y acto seguido me baja por todo el cuerpo produciendo flojera en mis músculos. Me dejé caer hacía atrás. Albert se rió y también se dejó caer. Al cabo de un rato, aunque no sabría decir cuanto, había perdido toda percepción del tiempo, la droga me hacía efecto, los dos estábamos espachurrados en el sofá, pegados el uno al otro riendo tontamente.

—Y el tío me pegó el rollo de que Dios no le permitía tener sexo… ¡qué coño! ¿Tú te crees eso? —le dije a Albert que no paraba de reírse.

—No. Es una excusa.

—¿Una excusa?

—Sí. La tiene pequeña. —dijo Albert, yo me morí de la risa.

—¡Pero si es negro!

—Micro pene. —replicó Albert.

Yo no podía parar de reír, me costaba hasta respirar.

—No, no, ahora en serio. —dijo Albert. —Tú hermana tiene toda la razón. Ese tío sólo anda detrás del visado. ¿Cómo te has dejado engañar así? —el comentario de Albert me sorprendió no muy gratamente.

—No sé. Porque él me gustaba, supongo.

—Pero tú eres una persona inteligente. No sé, normalmente entiendes todo bien.

—Sí, pero nunca entiendo nada. No tengo habilidades sociales. ¿Tú crees que es fácil engañarme?

—Siento decirlo pero por lo visto sí. Mónica, tienes que tener cuidado, no puedes fiarte así de gente que no conoces de nada. Te podría haber pasado cualquier cosa. Imagínate que ese tío no iba detrás de tu pasaporte, si no algo peor.

—¿Cómo qué?

—Secuestrarte y venderte como esclava sexual.

—No. —dije asustada.

—Estas cosas pasan, Mónica. No puedes fiarte de nadie.

—Qué tonta soy.

—No, no eres tonta. —dijo Albert pasándome el brazo por los hombros y achuchándome. —Pero tú sabes que eres especial, ¿eh? Por eso mismo tienes que tener mucho cuidado.

—Albert, estoy totalmente perdida. Siento que cualquier cosa que hago es para peor. Que la cago constantemente.

—No, no. —dijo dándome un beso en la frente.

—¿Albert? ¿Qué haces?

—¿Tú que crees? —dijo en un tono raro, susurrando.

—Tú y yo somos amigos. —dije.

—Claro que lo somos. —me dejó ir y se reincorporó para coger su cerveza. Luego volvió a dejarse caer sobre el sofá.

—Mónica. ¿Qué quieres que te diga?

—No sé.

—Eres mi amiga, por eso mismo me preocupo por ti. Y veo que no paras de cagarla. Es como que no te puedes fiar de ti misma.

—No me digas eso.

—Pero es la verdad.

Me dieron ganas de llorar y sería por la marihuana, pero en un segundo estaba llorando a lágrima viva. Fue totalmente incontenible, ni siquiera sabía como era posible. Era como si oyera a otra persona llorar, pero era yo.

—Mira que me pasa. ¿Qué es esto?

—No pasa nada. —Albert volvió a abrazarme y está vez echándose encima de mí.

Yo no dejaba de llorar. No podía. Albert me acariciaba y decía “No pasa nada, en mí si puedes confiar”. Me secó las lágrimas y se me quedó mirando fijamente. Muy cerca. Yo sentí un cosquilleo en la entrepierna y recordé que ya hacía dos semanas que no tenía

sexo y empezaba a echarlo de menos. Sobre todo los domingos. Albert, como tentando el terreno, se empezó a acercar a mí. Yo dejé que se acercara hasta tocar mis labios con los suyos. Me besó, pero yo solté un nuevo sollozo. Volví a llorar, el sé aparto pero siguió acariciándome. Albert me metió la mano bajo la camiseta, y ya me estaba tocando los pechos. Se reincorporó para sacarme la camiseta, yo casi como una niña me dejé hacer sin parar de llorar. Volvió a echarse encima de mí y volvió a besarme por todas partes. Yo no dejaba de llorar. No es que fuera desagradable lo que Albert me hacía, es que me daba igual.

—¡¿Qué es eso?! —dije de pronto.

—No pasa nada. —volvió a decir Albert.

—¡Es mi móvil! —lo había oído perfectamente, me había llegado un mensaje.

Aparté a Albert y me abalancé sobre la mesa donde estaba mi móvil. ¡Era Ethan! Se disculpaba por haber estado ausente y me preguntaba si estaba bien. Miré a Albert, medio desnuda como estaba.

—Es Ethan. —le dije. —No creo que me haya tomado el pelo.

Recogí mi camiseta y me fui a mi habitación para charlar con Ethan.

44.

Por fin pude hablar con Ethan. Hicimos un Skype y desde el primer segundo que vi su cara todo volvió. Todo el amor, toda la alegría, todo el nerviosismo, toda la emoción. Todo volvió de golpe borrando por completo toda mi duda y sufrimiento de los últimos días.

Me preguntó si había visto las noticias, por lo visto algo malo, muy malo, había pasado. Un barco cargado de emigrantes ilegales se había hundido en las costas de Italia. La mayoría de la gente que iba en el barco era de Eritrea, su país, habían muerto unas 200 personas. Por lo visto había estado organizando manifestaciones, conciertos y varios eventos, servicios y rezos en la iglesia. Cuando me lo contaba parecía que era algo que realmente le afectaba mucho, pero yo no dejaba de pensar que eso no era razón suficiente para no contestar a mis mensajes. Según él sí. Porque su teléfono no tiene mucha batería, y como no paró por casa lo tenía casi todo el tiempo desconectado y el Whatsapp entonces no le iba bien. Ni siquiera había tenido tiempo de mirar sus e—mails. Según él, justo esa noche había encontrado tiempo y por eso había visto mi e—mail y me había contactado directamente. Me dio la buena noticia: vendría a verme. Me preguntó que días me iría bien y acordamos una fecha. Volvía a estar enamorada, ilusionada y completamente feliz. Ya no me acordaba que apenas una hora antes me sentía miserable y lloraba sin parar. También se me olvidó de un plumazo lo que había pasado con Albert.

Por la mañana me fui al trabajo sin esperar a Albert y me llevé mi maleta conmigo. Después de nuestro “incidente” la noche anterior no quería seguir en casa de Albert. Menos aún cuando Ethan iba a venir. Sospechaba que Albert tendría muchos celos y la cosa no iría bien. Tampoco quería que Ethan supiera nada de lo que había estado apunto de pasar, o más bien, de lo que había estado dispuesta a hacer con Albert.

Robert y Mario ya me habían pasado los resultados de todas las preguntas correspondientes a la fórmula. Y me contaron que tenían unos cuantos amigos que también querían probarla. Empezaba a tener datos para poder comparar. Eso estaba muy bien. De eso estábamos hablando cuando Albert llegó a la cafetería.

—¿Tan pronto y ya despierto? —le preguntó Robert.

—Sí, es que emm… Mónica.

—Tengo que irme. —recogí mi ordenador y mis cosas.

—Espera. —dijo Albert.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mario. —¿Algo que no sepamos?

—Nada. —dije yo. —Mi… Ethan viene a verme y no creo que sea conveniente que esté viviendo contigo cuando el venga.

—Mónica, lo siento. No hace falta que te vayas.

—Oh. —se rió Mario. —¿Qué has hecho? ¿No habrás intentado nada con ella?

—Ya tendrías que tenerlo asumido que con ella no tienes nada que hacer. —dijo Robert.

—Cállate, ¿quieres?

—Me voy. —dije yo.

—Mejor únete a la fórmula. —dijo Mario.

—Mónica, por favor. No hagas esto. —me dijo Albert.

—¿El qué? —le pregunté.

—Esto, no te comportes así.

—Me voy.

Me marché sin más. Todavía pude oír que Robert y Mario se reían y burlaban de Albert y él les decía que se callaran y lo dejaran en paz.

Me pasé el resto del día esquivando a Albert y cuando terminé me fui lo antes posible. Incluso cambié mi recorrido para que Albert no pudiera encontrarme si intentaba buscarme. Me fui a casa de Elisa. Le pregunté si me podía quedar con ella.

—¿Te has enrollado con tu amigo?

—¿Cómo lo sabes?

—¡Ja! Sabe el diablo por viejo más que por diablo.

—¿Qué?

—Que se perfectamente como funcionan estas cosas.

Elisa tenía un aspecto extraño. No llevaba maquillaje y su actitud era rara. Hablaba lentamente y con desgana. Se dejó caer en el sofá y hizo zapping mientras hablaba conmigo.

—Es que viene Ethan a verme.

—¿Ethan? Está vivo.

—Sí. Es que estaba muy ocupado.

—Así que contraataca.

—¿Sigues creyendo que solo quiere aprovecharse?

—¡Claro! Seguro que querrá ver si aquí los tramites son más fáciles.

—No sé. La cuestión es que no quiero que se quede en casa del Albert.

—Sí, sería un mal rollo. ¿Quieres decir que entonces se va a

quedar aquí?

—Bueno, si no te importa.

—¡Buff! Haz lo que quieras.

—¿Has ido a trabajar hoy?

—Nop.

—¿Por qué?

—No tenía ganas.

—Eso no es propio de ti.

—Ya lo sé pero… no tenía ganas.

Mi hermana no se quejaba, no se enfadaba, simplemente le daba todo igual. Supe ver la diferencia y me preocupé. Mi hermana estaba deprimida. Ahora sí lo estaba. Automáticamente volví a pensar en el Prozac.

—Elisa. Tal vez sería bueno que fueras al médico. ¿Recuerdas que me dijiste que irías?

—Sí, pero no estoy embarazada ¿recuerdas? Ya no hace falta.

—Me refiero al psicólogo.

—Ah. ¿Sabes, Mónica? Quisiera que no hubiera sido una falsa alarma. Ahora me arrepiento de haber querido abortar.

Mi hermana estaba realmente mal.

45.

Elisa llevaba días sin ir al trabajo. Pululaba por casa básicamente de la cama al sofá, del sofá a la cocina, y del sofá a la cama. El baño era el otro único sitio que visitaba regularmente. Yo seguía tratando de convencerla de que fuera al psicólogo. Ella no decía que no, de hecho decía que sí, que debía ir, pero no hacía nada. Veía sin parar horribles programas de televisión en el que gente discutía constantemente, pero ella ser reía. No podía entenderlo.

Esa era mi situación en casa, en el trabajo era casi peor. Albert seguía mirándome con cara larga cada vez que me veía. Y si me encontraba con el ARMARIO al completo era peor. Porque entonces aprovechaba la mínima para disculparse. No podía soportar tanta tensión. Algo tenía que terminar. No quería dejar a mi hermana sola así, además tampoco tenía donde ir. Lo mejor era que dejara el trabajo. No me interesaba ya nada, y desde que Albert me seguía como un perro apaleado era peor. Aunque había una tercera opción que podía solucionar todos los problemas. Era la solución magistral que requería algo más de esfuerzo y suerte pero, si funcionaba… ¿Qué tal si Albert y Elisa salían juntos? Pero ¿cómo plantearlo? Se me ocurrió que podía aplicar mi fórmula a ellos y, si el resultado era bueno, entonces se lo diría. Con resultado en mano, sería más fácil convencerlos. Me pareció una idea genial. Yo ya tenía las respuestas de Elisa para aplicar la fórmula. Me faltaban las de Albert. No quería preguntárselas directamente. Decidí pedirles a Robert y Mario que lo hicieran por mí. Ellos aceptaron pues pensaron que era hora de animarlo de alguna manera. Pero no surtió como yo quería.

—Mónica. Robert me ha dicho que quieres… bueno, emparejarme con alguien. —Albert vino a hablar conmigo directamente.

—Sí, de hecho sí.

—¿Con quién? —Albert estaba muy tenso.

—Te vas a reír. —no se rió, seguía tenso esperando mi respuesta. —Con mi hermana.

—¿Con tu hermana?

—Sí, ya sé que dije que no eras su tipo pero por eso quiero aplicar la fórmula antes.

—Ah. Bueno, aquí tienes mis respuestas. —me dio un papel con

todos sus resultados. —Mónica, ¿podemos hablar, por favor?

—¿De qué quieres hablar?

—De lo que pasó.

—No. No hay nada de que hablar. —intenté irme, pero el no me dejó.

—Siéntate, por favor. Dame la oportunidad de explicarme, por favor.

Me miró con ojos de sufrimiento. Sentí que me estaba suplicando y no entendí porque sufría tanto. Tal vez era mejor escucharle y que me dijera.

—No quiero que me emparejes con tu hermana. —dijo. —No sabes lo que eso significa para mí.

—Bueno, es sólo si tenéis una buena puntuación.

—Aunque así sea. No quiero porque yo no quiero a tu hermana. Yo te quiero a ti, Mónica.

—Pero yo estoy enamorada de Ethan.

—Ya, eso es lo jodido. Llevo años esperando que dejes a Víctor. Años picando piedra, esperando que te fijes en mí. Cuando por fin veo que, no sé, que tenemos feeling, y que con Víctor la cosa no va bien. De pronto conoces a Ethan.

—Son cosas que pasan.

—Ya. Sí, hay gente con mucha más suerte que yo, está claro. En un sólo día él ha conseguido lo que yo no he conseguido en años: que te enamores de mí. Me dio tanta rabia que dijeras eso, que estabas enamorada y que nunca antes lo había estado.

—Albert, ¿qué puedo hacer? Las cosas no son como planeamos, es algo que he aprendido últimamente.

—Ya. Ya sé, pero déjame que me disculpe. Sé que tengo mala suerte, o que soy un mierda, no sé.

—No eres un mierda.

—Pero me porté como un mierda. Sé que no es justificación, pero estaba desesperado. Te hice llorar sólo para poderme acostar contigo. No es verdad que creyera que Ethan te tomaba el pelo, ni creo que seas tan tonta como para dejarte engañar sólo quería que… no sé… que me hicieras caso. Perdóname.

No sé me había ocurrido verlo de esta manera. De hecho, había intentado por todos los medios olvidarme de nuestro momento. Igualmente, con el retorno de Ethan a mí vida, tenía mi mente totalmente ocupada y se me borró completamente de la cabeza. Pero era verdad, Albert sí se había aprovechado de mí, me había manipulado, me había hecho sentirme vulnerable para así estar a su merced. Era bastante malvado por su parte.

—No puedo confiar en ti. —le dije sorprendida de mi propio descubrimiento.

—No, Mónica, si que puedes, de verdad que lo siento.

—Albert, dejo el trabajo. Creo que será lo mejor.

—No, no, por favor. Si no quieres verme lo entiendo. Ya dejo yo el trabajo. Mónica, por favor.

Me fui, ya no le dije nada más y no escuché nada más. Me fui a mi mesa y escribí rápidamente mi carta de renuncia. Al final de las tres opciones la mejor era dejar mi trabajo para no estar cerca de Albert. Por dos razones, porque no me gustaba como se había comportado, aunque estaba arrepentido, y porque yo no sentía absolutamente nada por él. Me sorprendió que dijera que llevaba años enamorado de mí porque yo jamás lo había siquiera sospechado.

Cuando llegué a casa igualmente apliqué la fórmula, si el resultado era bueno aún podían Elisa y Albert salir juntos. 63% no era un mal resultado pero… no suficiente. Por pura comparativa, y para tener más datos, la apliqué también entre Albert y yo: 96%.

46.

—No necesito visado. —dijo Ethan. —Era menor cuando llegué al Reino Unido. Hace muchos años que legalicé mi residencia. De hecho tengo pasaporte británico.

—Ves Elisa. No me estaba engañando. —le dije a Elisa.

—Está bien, está bien. Pero nunca está de más ser precavida. Entiendes que no nos podemos fiar de nadie, ¿no? —dijo Elisa a Ethan, lo cual tuve que traducir para ella.

Acto seguido Elisa se sentó en el sofá, cogió el mando a distancia y encendió la televisión. No parecía demasiado entusiasmada con la presencia de Ethan, pero yo estaba que me temblaban las piernas. Era ya tarde, y en vista de que Elisa no parecía querer hacerle muchas preguntas a Ethan, además de que ella no llevaba muy bien el inglés, pensé que era buen momento para enseñarle mi habitación (que era la habitación de invitados y armario de Elisa, donde guardaba la gran inmensidad de sus vestidos). Cerré la puerta de la habitación tras Ethan, como si le hubiera preparado una trampa y me tiré a su cuello. Lo abracé con fuerzas y el me correspondió. Nos besamos un largo rato. Nos dejamos caer sobre la cama y nos seguimos besando, pero nada más. Como si fuéramos dos adolescentes. Al cabo de no se cuanto tiempo, cuando estaba con él la percepción del tiempo siempre se me distorsionaba, él dijo que debía marcharse. No podía creerlo, pero en parte tenía razón, era mejor así. Había reservado una habitación en un hotel. Decía que no quería molestar a Elisa, que no parecía muy contenta de que estuviera ahí, y sobre todo, que dormir conmigo era demasiado sufrimiento para él. Traté de disculpar a Elisa, le conté que no estaba muy bien últimamente, aunque no estoy segura de que hubiera sido más amable de encontrarse más animada.

—No tienes ningún amigo que le puedas presentar.

—Sí, pero ninguno realmente para ella.

—Una lástima. Es una mujer muy bonita, se merece ser feliz.

—Creo que no sabe ser feliz, ese es el problema.

—Pues tendrás que enseñarle.

—¿Cómo se puede enseñar a ser feliz?

—No lo sé. Pero rezaré por ella.

“See you later” le dijo Ethan a Elisa cuando se marchaba. Elisa estaba estirada en el sofá, viendo una película, creo que ya no esperaba que saliéramos de la habitación. Le pilló por sorpresa. Le

expliqué que Ethan se había reservado un hotel porque no quería molestar. Elisa entonces pareció verle con otros ojos. Me dijo que debería plantearme lo de casarme con él. Que si además tenía una empresa propia que mejor, seguro que tenía dinero y, si no, lo tendría en el futuro. También dijo que no había nada más chic que vivir en Londres. Pero a mí nada de eso me importaba, me daba igual el dinero y también me daba igual donde vivir.

Había preparado toda una ruta turista para el día siguiente. Iba a llevarle a ver todos los lugares emblemáticos de Barcelona, esos lugares que en verdad yo he visto muy escasamente. Estaba entusiasmada con la idea y no podía ocultarlo pero, cuanto más entusiasmada estaba yo, más deprimida parecía Elisa. Pensé que no le sentaba bien quedarse en casa mientras yo me divertía con Ethan. Le invité a venir con nosotros pero no quiso. De nuevo no pensaba ir al trabajo. Yo no pensaba dejar mi plan con Ethan, llevaba demasiado tiempo esperando estar con él de nuevo, cara a cara. Pensé en llamar a alguien para hacerle compañía. Lo primero que me vino a mi mente fue mi madre, pero también me di cuenta que no la consolaría mucho. Más bien la pondría de mal humor, como siempre. Luego intenté pensar en alguna amiga suya, pero no fui capaz de recordar a nadie. ¿Mi hermana no tenía amigas? Seguí buscando a alguien que pudiera consolar a Elisa y sólo una persona vino a mi cabeza: mi prima Carla. Había conseguido consolarme a mí, seguro que podía con Elisa. Ella era buena con “cosas de mujeres”. Nunca acabaré de entender esto, porque resulta que yo soy muy mala con las “cosas de mujeres” ¿Entonces mis cosas no son de mujer? ¿Entonces no soy una mujer? Un hombre seguro que no soy. No tiene ningún sentido.

Le envié un mensaje al móvil. Todavía no me atrevía a llamarla directamente, sin embargo, aún con el lío que había entre nosotras, Carla me seguía inspirando esa confianza extraordinaria. En el fondo tenía ganas de retomar el contacto con ella y esto era una buena excusa. Me contestó que se pasaría a ver a mi hermana por la tarde, cuando saliera del trabajo. Fantástico. Ya podía disfrutar de Ethan sin preocupaciones.

Fuimos a la Sagrada Familia, por supuesto, él tenía especial interés en esta catedral. Yo nunca había entrado en ella, nunca había tenido una buena excusa para pagar la costosa entrada. Pero ahora que estaba haciendo el turista con Ethan, tenía todo el sentido del mundo. La visita me gustó, mucho más de lo que esperaba. El monumento es verdaderamente espectacular y digno de admiración. El interior era catártico. Me paseé admirando las

cristaleras y columnas, estaba en un estado casi hipnótico. Pero el estado de Ethan era mucho más catatónico que el mío. Cuando me di cuenta lo encontré sentado rezando. Simplemente me senté a su lado en silencio. El siguió concentrado rezando. Yo sentí un suave y extraño cosquilleo por todo el cuerpo, como una corriente, pero era una sensación agradable. Al cabo de un rato Ethan se santiguó y abrió los ojos. Me miró, me sonrió, sí, como él solo sabía hacerlo, con esa interminable dulzura. Me cogió una mano y la estrechó entre las suyas. Sus dulces ojos brillaron.

—¿Te casarás conmigo? —me preguntó.

Yo me quedé boquiabierta, no sabía que decir y no esperaba eso. Decirle que no directamente me parecía básicamente de mala educación en un momento como ese. Pensé por unos segundos que decir y lo único que me salió fue:

—¿Por qué?

—Porque no me imagino a nadie mejor para ser mi esposa. Esto nuestro es intenso y no es casual. Dios ha hecho que nuestros caminos se cruzaran por alguna razón.

—¿Qué razón?

—Tendremos que descubrirlo.

—Yo me casaría contigo por hacerte un favor. Por ejemplo, si tuvieras problemas con la visa y casándonos se solucionara, entonces sí. Pero sería una boda civil, por supuesto.

—Yo sólo me casaría ante Dios.

—Yo no puedo casarme. Ni siquiera estoy bautizada ¿sabes?

—Eso no es problema. Puedes bautizarte ahora. Yo no tengo prisa, puedes tomar todo el tiempo que necesites.

—Yo no creo en el matrimonio, ni en Dios, y no voy a creer sólo por una cuestión de tiempo. En todo caso simplemente cambiaría de opinión. Pero también podrías cambiar tú y no necesitar estar casado para estar conmigo.

—Estaría traicionando mis propios valores. —respondió Ethan.

—Si yo cambiara de opinión estaría traicionando los míos. —repliqué yo.

Ethan seguía sosteniendo mi mano amorosamente pero bajó la mirada hasta el suelo. Estaba decepcionado. Y yo también. Era algo que sabíamos desde el principio y que habíamos ignorado porque pensábamos que el otro podía cambiar de opinión. En ese momento me di cuenta que ninguno de los dos iba a cambiar de opinión, es más, que el hecho de esperar que lo hiciera era una falta de respeto y por tanto de amor. Nuestra amor llegaba hasta ahí. Estaba atrapado en una paradoja que no daba ninguna alternativa más que

uno ganara y otro perdiera. Eso era injusto y rompía el amor, en realidad. Nuestro amor era así: platónico.

47.

Cenamos algo muy temprano y fuimos al hotel de Ethan. Los dos estábamos cansados, y triste, así que ahí lo dejamos. Todavía era pronto pero aún así yo me fui para casa y Ethan directo a su habitación.

Cuando llegué a casa de Elisa, Carla todavía estaba allí. Las encontré a las dos sentadas en el sofá charlando y tomando una copa de vino. Elisa parecía mucho más animada. Al pronto yo me sentí violenta por la presencia de Carla, pero ella se comportó como si no pasara nada. En seguida me preguntó por Ethan. Las dos querían saber como me había ido. Yo no podía disimular mi decepción así que les expliqué en el callejón sin salida en el que me había metido.

—¿Y no podrías replanteártelo? —preguntó Carla.

—Pues cásate con él y ya está. En verdad para nadie significa nada. Es sólo ponerte un vestido bonito y tal. —dijo Elisa.

—Pero entonces yo estaría cediendo. —le contesté.

—Tampoco hace falta que seas tan orgullosa. —replicó Elisa.

—No es orgullo. Es una cuestión de valores.

—Pero él verdaderamente cree en eso, ¿qué puedes hacer? Es sólo firmar un papel. No es nada. —dijo Elisa.

—¿Por qué parece que una creencia religiosa tiene más poder y es más respetable que otro tipo de creencia? —pregunté.

—En eso tienes razón. —intervino Carla. —En realidad es lo mismo, el cree en el matrimonio y Mónica no. Son creencias igualmente, e igualmente respetables.

—Claro que podría ceder, aceptar sus condiciones y olvidar las mías. Pero me estaría traicionando a mí misma, y no sería feliz. Al fin y al cabo me quiero más a mí que a él.

Ese fue el momento, lo dije casi sin pensar pero fue clave. Me di cuenta que había estado cometiendo un error de base. Diría incluso que de principiante. Había caído en el gran tópico de pensar que la felicidad y el amor era lo mismo. Dicho de otro modo, que el amor da la felicidad. Creía tener eso superado desde el principio. Desde que empecé mi plan sabía muy bien que aquel dicho “salud, dinero y amor” no era cierto. Que la felicidad tenía más que ver con ser uno mismo y conseguir objetivos. En definitiva, que la felicidad era una cuestión interna y no producida por factores externos. Entonces lo había planteado todo mal, desde el principio. Lo había planteado

muy mal al pensar que sería feliz sólo porque otros lo fueran, y me había seguido equivocando pensando que sólo con estar con Ethan ya sería feliz. Entonces caí en la cuenta de que no tenía trabajo, que una vez Ethan volviera a Londres no tendría nada que hacer. Necesitaba un plan y con urgencia. Lo único verdaderamente cierto es que me quería a mi misma más que a nadie.

—Te entiendo perfectamente. —dijo Carla. —En parte eso fue lo que yo hice, ceder para contentar a los demás y me equivoqué gravemente.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Elisa. —Quiero decir, ¿cómo te diste cuenta de que te habías equivocado?

—Bueno, os vais a reír pero… La cuestión es que toda parecía normal, como siempre, pero era porque yo llevaba tiempo funcionando en piloto automático. Sin sentir. Me dejaba llevar y no pensaba, pero el piloto automático hizo de las suyas. Un día, estaba cocinando y me quemé la mano. Os parecerá una tontería, pero yo nunca me he quemado. Jamás me ha pasado eso de que por despiste toque la sartén o la olla. Pero eso fue exactamente lo que me paso. No me di cuenta y agarré la sartén como si no estuviera caliente. La cogí por un lado, con las manos, como si fuera un plato. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo ya me había quemado. De hecho, aún no lo tengo curado del todo. —nos enseñó las heridas ya con costra en la palma y dedos de su mano. —Me quemé y bien. Me dolía un montón la mano. Me puse hielo en una bolsa y me fue para el hospital. Ni siquiera se me ocurrió llamar a mi marido. De hecho no pensé llamar a nadie. Me fui yo sola, me atendieron volví a casa. Y me di cuenta que no llamé a nadie porque no necesitaba a nadie. Es más no les quería conmigo, especialmente a mi marido. Y me había quemado porque no era yo, porque estaba completamente en piloto automático. Sé que suena raro, pero para mí fue algo kármico. Fue como un castigo por no cuidar de mi misma. Como si el universo me estuviera avisando. Como si dijera: “eh, esto no ha sido nada, si no cambias lo siguiente será mucho peor”.

—¿Mucho peor? —pregunté yo totalmente inmersa en la narración de Carla.

—¿Qué otra cosa podía pasarte? —añadió Elisa igual de inmersa.

—Morirme tal vez. Me estaba quemando y por eso me quemé. Me podría estar muriendo por dentro y de no hacer algo tal vez hubiera muerto. ¿no?

—No creo que funcione así. —dije yo. —A no ser que te suicidaras.

—Pues eso es. —respondió Carla.

—¿Quieres decir que pensabas en suicidarte? —le pregunté.

—No, no lo pensaba. Pero tal vez lo hubiera acabado pensado con el tiempo.

Tanto Elisa como yo estábamos impresionadas. A mí me sorprendía tanto misticismo y dramatismo, me parecía un tanto exagerado, aunque creo que a Elisa le fascinaba. De hecho, yo hubiera dado alguna argumentación más lógica y científica de no ser porque ya llevaba una sobredosis de misticismo religioso y me estaba acostumbrando a aceptar ese tipo de conceptos.

—Creo que debería irme a algún sitio. —dijo Elisa. —He visto "Come, reza, ama" creo que debería hacer lo mismo.

—¿Quieres irte a Italia a comer? —le pregunté.

—No, a Méjico.

—¿Por qué Méjico? —dije.

—Porque está lejos, hablan español y me gusta la comida mejicana.

—Cuando se intenta cambiar irse a un sitio nuevo, cambiar tu entorno, hace más fácil el cambio. —añadió Carla. —Si te quedas en el mismo sitio y haces lo mismo de siempre es muy difícil cambiar.

—Sí, debería irme. —se reafirmó Elisa.

48.

Antes de marcharse Carla me cogió a parte e insistió en que debería hablar con Víctor. Que si no quería que habláramos los tres juntos estaba bien, pero que al menos yo debería hablar con Víctor, que no estaba bien dejar la cosa correr así sin más. Yo le di la razón , pero tenía la excusa perfecta, Ethan estaba aquí y quería pasar todo el tiempo posible con él. Le dije que hablaría con Víctor cuando Ethan se marchara. Así procrastinaba el temido encuentro. Pensé que tendría tiempo para mentalizarme o al menos encontrar otra nueva excusa para seguir aplazándolo.

Al día siguiente Ethan y yo nos dedicamos a pasear por la ciudad. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Ir a la cama seguro que no. De todas maneras fue agradable. Tuvimos tiempo para conocernos más y ganamos mucho en confianza. Yo le pregunté algo que no me había planteado hasta nuestro momento pedida de mano, pero que desde entonces me recomía por dentro. Si tan fuerte era su decisión de no tener sexo hasta el matrimonio ¿eso quería decir que era virgen? ¿Llevaba treinta dos años sin sexo? No era así, de joven todavía no había abrazado la religión con tantas ganas, así que había ligado y tenido muchas novias desde el momento que puso un pie en el Reino Unido. Además había estado casado antes, mucho tiempo atrás. Animado por su familia, se casó muy joven con una chica de su país pero, por lo visto, la relación no fue nada bien. En gran parte por culpa del sexo. Ella había sufrido ablación del clítoris de niña. Eso hacía que no disfrutara el sexo, y eso hacía que Ethan se sintiera mal cuando lo hacían. Además de eso, según Ethan la chica no era nunca sincera con él, era como que lo quería complacer en todo y no llevar la contraría pero luego, a sus espaldas, hacía lo que quería y le engañaba y criticaba. Después de muchos problemas finalmente decidieron divorciarse, por suerte no habían tenido hijos, eso hacía las cosas más fáciles. Fue tras su divorcio que Ethan empezó a ser mucho más beato y tomó está decisión, porque no quería darle importancia al sexo. No quería que el sexo dominara y arruinara sus relaciones. Era un buen punto de vista, pero se me ocurrió que, entonces, esto era una reacción radical al trauma sufrido en su matrimonio anterior. Me gustó oír su historia, y me impactó. También me di cuenta de cómo Ethan se había visto inmerso en medio de dos culturas totalmente diferentes y los problemas que eso le había conllevado.

Hablábamos y deambulábamos sin rumbo fijo, simplemente por el placer de caminar y charlar. Sin que me diera cuenta llegamos hasta la tienda de Elisa, ella por fin había ido a trabajar. Decidimos entrar a saludar. Al pronto no la vi por la tienda, tuve que preguntar por ella y la llamaron, estaba en su oficina. Vino a saludarnos pero se quejó, decía que llevaba toda la mañana viendo curriculums. Tenía que contratar a más staff. Temporales eso sí, en pocos meses igualmente las echarían y entonces tendría que buscar otra vez. Estaba harta de eso, a menudo encontraba a buena gente que trabajaba muy bien pero igualmente se iban a la calle cuando se acababa el contrato.

—Es todo este puto sistema y no hay manera de cambiarlo. No sabes cuantas veces he insistido para hacer fija a alguna chica que trabajaba bien y simplemente me daba de golpes contra la pared. Los jefazos no hacían más que marearme, prometerme y al final nada. —dijo Elisa.

Realmente parecía cansada y hastiada. Apenas llevaba maquillaje, y sólo vestía unos tejanos, una camisa holgada y zapatos planos. Nada de sus habituales looks excesivamente tendenciosos.

—¿Sabes qué? Me voy a tomar un descanso. Vámonos a comer algo. —añadió Elisa.

Nos fuimos los tres a un restaurante, por fin Elisa parecía más interesada en Ethan, a pesar de que no lo entendía y apenas podía hablar con él sin mi asistencia traduciendo, fue mucho más amable y simpática. Sin embargo, la conversación siguió consistiendo en sus quejas sobre su trabajo. Tras un buen rato Ethan le dijo:

—¿Por qué no dejas tu trabajo? Si no estás contenta deberías al menos intentar obtener un traslado, a otra tienda o a las oficinas centrales.

—Sí, podría. —dijo Elisa. —Pero… no sé, estoy tan harta de siempre la misma historia, ventas, objetivos, etc… No sé. De joven, cuando soñaba con ser diseñadora y seguía todas las revistas, no imaginaba que la moda era esto.

—Quizá si trabajaras en un empresa más pequeña. Algo más local. —añadió Ethan.

—Sí, eso debería intentar. Tal vez. No sé.

—¿Y que hay de lo de irse a Méjico? —pregunté yo.

—Eso eran un decir. ¿Cómo me voy a Méjico? ¿Por qué?

Ethan me preguntó de que hablábamos y le conté que Elisa había dicho eso de Méjico.

—Puedes ir a estudiar algo. No es bueno que vayas a otro país sin tener un plan u objetivo, pero yo te recomiendo fuertemente que

vayas. Que vivas la experiencia. Es siempre bueno y renovador encontrarse con otras culturas.

—Bueno, si fuera a estudiar… sí, podría hacer eso. Podría pedir unos meses de excedencia en el trabajo, viajar un tiempo y luego volver.

Elisa cada vez parecía más convencida sobre su viaje, pero el de Ethan llegaba a su fin. Era el momento de despedirse y sólo hablábamos de negocios. No volvimos a tener ninguna oportunidad de estar solos en una habitación, ningún momento más de intimidad. Sólo charlas y charlas. Hablábamos de las posibilidades de su videojuego, lo que el tenía pensado y cómo era posible hacerlo técnicamente. Gastamos las horas que nos quedaban en eso. Fui hasta el aeropuerto con él. Llegó por fin el momento de la despedida. Nos besamos largamente pero los dos estábamos triste. La dulzura de sus ojos se había apagado levemente y yo volvía a sentir ganas de llorar. Oficialmente no estábamos cortando, ninguno de los dos teníamos esa intención, pero sabíamos que de algún modo eso era el fin. Cabía la posibilidad de que algún día alguno de los dos cambiara de opinión, pero sabíamos que era una posibilidad bastante remota. Nos conocíamos bien. Los dos éramos lo suficientemente valientes como para lanzarnos sin pensar a la primera señal de atracción y de amor. Sin miedo alguno, eso es lo que habíamos hecho. No éramos personas que dudáramos ¿por qué íbamos a dudar en el futuro? Éramos de los que tienen las cosas claras y valores firmes. Que algún día alguno de los dos cambiara de opinión parecía bastante improbable. Tal vez no podríamos estar juntos pero sabíamos que siempre encontraríamos apoyo el uno en el otro.

49.

Robert me llamó. Me preguntó cómo estaba y qué estaba haciendo desde que dejé el trabajo. Le conté que había estado pasando tiempo con Ethan, algo así como unas vacaciones, y justo hacía pocos días que había comenzado a buscar trabajo. De hecho, estaba reconsiderando mi carrera, no me apetecía volver a trabajar de programadora de base de datos, como había estado haciendo hasta entonces. Él me sugirió que me hiciera autónoma y hacer proyectos por mi cuenta. ¿Qué proyectos? De hecho para eso me llamaba. Quería darme las gracias. Me contó que tenía novia, que la chica que había conocido en Internet, y escogida en base a los resultados de mi fórmula, se había convertido en su novia, y qué estaba muy feliz.

—Ya puedes sumar unos cuantos puntos a tu felicidad personal. ¿Cuanta felicidad puede mi felicidad estar añadiendo a tu vida? ¿Un cinco por ciento? —me dijo Robert.

—En realidad apenas representaría un uno por ciento, puede que menos. —le contesté.

—Pero es que estoy muuuuy feliz. Seguro que es un cinco por ciento. Pero en serio, gracias Mónica. Gracias por tomarte la molestia de crear esa fórmula. Gracias por, no sé, tomarte la molestia de intentar que la gente sea más feliz.

—En realidad hice la fórmula para mi hermana, pero no funcionó. Así que me alegro que funcionara para ti.

—Y podría funcionar para mucho más gente. ¿No has pensado en hacer algo más con esto? ¿Por qué no haces tu propia pagina web? Te forrarías.

No era mala idea, una web o una aplicación para móviles. Pero nada como el *Tinder* que fomenta la superficialidad porque se basa en el aspecto de la gente. Los usuarios descartan posibles conquistas sólo con un vistazo a una fotografía. No, mi aplicación sería algo así como que la gente tuviera que responder a un cuestionario de forma anónima, sin fotos, y entonces se les permitiera comunicarse sólo con aquellas personas con las que tienen una alta compatibilidad, digamos a partir del 75% o 80%. A partir de ahí podrían charlar a través de la app y si con el tiempo se gustan sería cosa de ellos contactar y enviarse fotos y entonces ver el aspecto que tienen. Me pasé el resto del día trabajando en ello, se me ocurrían ideas constantemente. Tenía muy claro que eso era lo que quería hacer.

¡Sería *freelance*! Por el momento podría empezar trabajando en mi app y en el juego de Ethan. Ya tenía dos proyectos prometedores entre manos.

Por supuesto llamé a Ethan para contárselo. Le pareció genial, él mismo ya me había dicho antes que debería hacer algo con la fórmula. También le pareció muy bien que quisiera trabajar por mi cuenta. Me dijo que haría todo lo posible por conseguir algo de dinero para su proyecto y así pagarme por mi trabajo. Quería apoyarme en el cambio de dirección de mi carrera y esa era la mejor manera. Sin embargo, yo le prometí que seguiría trabajando en su proyecto aunque no consiguiera el dinero. Además, Elisa ya estaba decidida a marcharse a Méjico, había encontrado una universidad en la que estudiar algo sobre arte (no recuerdo bien qué). Ya había pedido la excedencia por seis meses. Me dijo que podía quedarme en su casa hasta que ella volviera, era preferible a que estuviera vacía, y que no hacía falta que le pagara alquiler. De pronto mi hermana también estaba generosa, parecía querer ayudarme en mi decisión. Todo parecía estar recolocándose y yendo en una dirección concreta. Por fin sentía que mi vida se estaba reordenando y saliendo del caos en el que se había sumergido. Ethan estaba contento por mí y por él también, si trabajábamos juntos nos sería más fácil mantener el contacto. Eso era cierto. También le conté que Robert, además de sugerirme la app y darme las gracias, también me había preguntado por Albert. Si yo sabía algo de él. Obviamente no, lo raro es que él no lo supiera. Me contó que también había dejado el trabajo y que desde entonces no sabían nada de él. Que aunque contestaba a las llamadas no quería quedar con Mario y Robert y que tampoco hablaba mucho. ¿Y quién es Albert? Le conté a Ethan que era compañero de trabajo y muy amigo mío. Le conté todo a Ethan. Sin saber por qué le conté también lo que había pasado cuando estuve viviendo en su casa y que fue por eso que decidí dejar el trabajo, pero él también lo había dejado. Eso me preocupaba. Albert solía ser un poco desorganizado y despreocupado, podía llegar tarde al trabajo y esas cosas pero jamás dejarlo. Le daba mucho valor al trabajo, para él era vital. A no ser que hubiera encontrado algún puesto mejor, pero entonces ¿por qué no contárselo a Robert y Mario? Ethan me aconsejó que hablara con él y sus palabras sonaron algo raras. No supe interpretar su tono, sólo que me resultó extraño que me dijera que hablara con él. Tal vez lo haría, aunque en realidad estaba mucho más concentrada en mi aplicación.

Aquella misma tarde acompañé a mi hermana de compras por el

centro. Quería comprarse ropa nueva para su viaje y no sé por qué. Yo estaba segura que en cuanto pusiera un pie en Méjico empezaría a comprarse vestidos y cosas, para qué hacerlo dos veces. Igualmente estaba muy entusiasmada y alegre. Las dos lo estábamos. Yo lo estaba de por sí, pero también me alegraba de, por fin, verla a ella feliz. Había costado mucho pero finalmente lo estaba y me gustaba pensar que yo había tenido algo que ver con ese cambio. Con que ella desarrollara la habilidad de ser feliz.

Pasamos por delante de la catedral que estaba abierta al público. Cómo era habitual no paraban de entrar y salir turistas. Le propuse a Elisa entrar a verla. Ya la había visto muchas veces pero sentí que esta vez la vería diferente. Mi hermana se extrañó muchísimo de que yo quisiera entrar. Aún así entramos. El aire fresco de dentro, el eco y la reverberación, la luz tenue y coloreada por las cristaleras. Era un ambiente creado intencionadamente para producir un estado de conciencia modificado. Realmente me sentía diferente, realmente afectaba a mis sentidos y a mi sensibilidad. Nos sentamos un rato en un banco y las dos observamos los techos.

—¿Tú crees en el amor a primera vista? —le pregunté a Elisa.

—¿Por qué lo preguntas? —contestó ella.

—Porque yo antes no creía que el amor a primera vista fuera posible, pero ahora sí. Y no creo que Dios sea posible pero…

—Por amor podemos hacer muchas cosas. Sobre todo cambiar de opinión. —me dijo Elisa.

50.

Me quedé sola en casa de Elisa cuidando de sus plantas. En pocos días ya había cogido unos hábitos que eran propios. Me estaba saltando las normas de Elisa y estaba recolocando las cosas a mi gusto. Por ejemplo, usaba únicamente los platos que eran de color azul, el resto los escondí. De hecho, usaba todo lo que era de color azul si lo había y trataba de usar lo menos posible cualquier otra cosa. Las plantas las puse todas juntas en una pared, en fila y ordenadas por tamaño. En el salón le di la vuelta al sillón para que estuviera de espaldas a la ventana en vez de de cara. Era mucho mejor así para sentarse a leer con luz natural. Dormía en la habitación de Elisa y en el armario había mezclado mi ropa junto con la suya y organizado toda por colores, en vez de por tipos de prendas, que era como lo tenía Elisa. Me gustaba ver un arco iris cada vez que abría el armario. Y sobre todo, sobre todo, sobre todo, me salté la rigurosa norma de Elisa de quitarme los zapatos en la entrada de la casa. Me parecía incómodo y molesto. Según Elisa era una medida para mantener la casa limpia, yo la mantenía limpia limpiando. Era consciente de que cuando Elisa volviera tendría que cambiarlo todo de nuevo a sus reglas y gustos pero, mientras ella estuviera fuera, podía darle rienda suelta a todas mis manías, incluso añadí algunas nuevas. Dormía con mi ordenador en la cama. Cosa que nunca antes había hecho, más que nada porque era Víctor el que ocupaba el otro lado vacío. A pesar de dormir sola, seguía durmiendo en un lado de la cama en vez de en el centro. Así que tenía espacio de sobras para el ordenador, pero también para libros, comics y la Tablet bajo la manta. Al cabo de unas semanas había un montón de cosas dentro de la cama conmigo. En realidad no dormía sola, para nada. Era un caos que no me molestaba porque no lo veía, todo se quedaba escondido bajo la manta y, sin embargo, lo tenía a mi alcance cuando estaba estirada. Mi pequeño paraíso.

Hablaba cada noche con Ethan y volví a mi habitual ritmo sexual. Alguna vez me había masturbaba delante de Ethan, a través de la cámara, pero a él no le gustó mucho. Me masturbaba sola todos los domingos y algún día entre semana que correspondía a dos días después del día que había ocurrido en la semana anterior. Debo reconocer que era ideal. Recuerdo una noche tras hablar con Ethan, cerrar el ordenador, colocarlo sobre la almohada y quedarme mirando el espacio vacío de la cama pero me sentí bien, muy bien.

Pensé “qué bien que no hay nadie aquí molestándome”. Estaba disfrutando y mucho de mi soledad. Tanto que me sentía incluso culpable. Pero nunca había disfrutado de esas mieles, porque siempre había vivido con mis padres hasta que me fui a vivir con Víctor. De pronto descubrí otro tipo de felicidad. Una que no tenía que ver con el amor en pareja o con el dinero. Me sentía muy a gusto conmigo misma, era totalmente dueña de mi vida, hacía lo que quería en todo momento y nadie interfería. Me dedicaba a mi propio trabajo, literalmente, un trabajo creado por mi misma, yo decidía cuales eran las necesidades, tareas y normas de mi trabajo. Me sentía realizada y feliz. Mis padres ya no me molestaban demasiado, creo que por fin me respetaban mucho más y me dejaban mi espacio, tal vez era solo por temor. Ahora me tenían miedo por como era capaz de poner su vida patas arriba. Tal vez era sólo por eso que preferían mantener las distancias y ser cordiales pero no juzgarme mucho.

Gastaba los días en trabajar en la aplicación y ver series de televisión. Me organizaba diariamente una agenda en la que dedicaba algunas horas a trabajar y otras a mirar series intercaladamente. Era ideal, nunca me sentía cansada ni estresada. Era la felicidad absoluta. Una noche, estaba trabajando en la app pero me quedé encallada. No dominaba mucho los programas de aplicaciones y los tutoriales no me estaban resolviendo mi duda. Tras un par de horas enfrascada en el problema probando todo lo que se me ocurría me empecé a poner nerviosa (esto no solía pasarme, siempre encontraba soluciones, tarde o temprano) pero esta vez parecía que la solución no iba a aparecer nunca, me había quedado sin alternativas. Pensé en Albert, por tercera vez en ese mismo día. No voy a mentir, llevaba pensando en él desde que hablé con Ethan. De hecho, creo que le expliqué todo lo de Albert a Ethan porque ya me había quedado preocupada. Sentía intriga por saber qué estaba haciendo, por qué se había desaparecido así. Vi que estaba conectado a Skype y de un modo automático le llamé, como solía hacer en el trabajo cada vez que tenía alguna duda. Era una excusa perfecta.

—Oye, tengo una pregunta. —le dije directamente.

—Ah, Mónica. ¿Cómo estás? —parecía sorprendido de mi llamada.

—Bien, estoy diseñando una aplicación, pero me ha surgido una duda. Pensé que tú me podías ayudarme. Oye, no te veo. ¿Tienes encendida la cámara?

—No, es que… No, no la tengo encendida.

—Enciéndela.

—No, da igual. —su voz sonaba ronca.

—Oye, quiero verte. ¿Cómo estás? Robert me dijo que has dejado el trabajo. ¿Por qué?

—No estaba bien.

—¿Dónde trabajas ahora?

—No trabajo.

—¿Ah, no?

—No.

—Oye, déjate ver. ¿Qué pasa? ¿Te he pillado en mal momento?

—No, es que… no me he duchado. —dijo él. Yo me reí.

—¿Y qué? ¿Qué pasa? ¿Ahora te estás volviendo presumido?

Por fin la encendió y apareció en mi pantalla con cara de avergonzado. Estaba sin afeitar, tenía algo de barba, estaba despeinado, con el pelo sucio. Hacía mal aspecto, parecía algo más delgado de lo habitual. Tenía ojeras y lo peor es que tenía unas manchas rojizas por toda la cara.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

—Sí, más o menos. Bueno, es sólo que, bueno, últimamente he estado fumando mucho y… No salgo mucho.

—¿Te has vuelto adicto? Dijiste que no te volverías adicto. —le recriminé.

—Lo sé, dije muchas cosas. Soy un idiota.

—¿Qué te pasa?

—No me pasa nada.

—Tienes que cuidarte más. Si comes bien, sales un poco y dejas de fumar verás que te sentirás mejor. Tienes que quererte más a ti mismo.

—Mónica, es que desde lo nuestro pues… estoy así.

—¿Qué quiere decir lo nuestro?

—Lo que pasó en mi casa.

—No pasó nada.

—Si que pasó, y todavía me siento mal.

—Pues no te sientas mal, no paso nada.

—¿Y por qué no me has hablado desde entonces?

—He estado muy ocupada.

—Pero dijiste que ya no podías confiar en mí.

—Lo sé, pero eso no quiere decir que no seamos amigos.

—¿Ah, no?

—No. Sólo que no te contaré secretos.

—Por favor, ¿podemos vernos?

—Ya nos estamos viendo.

—No, de verdad.

—Nos estamos viendo de verdad.

—Mónica… yo… yo soy tan idiota. Ahora me doy cuenta que prefiero tenerte como amiga antes que nada. Te hecho tanto de menos.

—Albert, no puedes basar todo el peso de tu bienestar en una relación sentimental. Eso no es la felicidad, te estás engañando. Debes empezar por cuidarte y buscar cosas que hacer con las que sentirte realizado.

—¿Me estás diciendo que tengo que buscar algo que hacer para olvidarme de ti?

—No, para sentirte bien contigo mismo. Aunque yo de pronto te dijera que quiero estar contigo, que estoy enamorada de ti, eso no te haría feliz.

—No juegues conmigo.

—No juego, es la realidad. Si has podido vivir sin novia hasta ahora ¿por qué no seguir así? Si lo piensas bien, nada en tu vida ha cambiado, es igual que siempre. Sólo tú la estás haciendo diferente.

—Mónica… No sé que decirte. Me siento culpable. Arrepentido, no dejo de pensar que no debería haber hecho eso, que ojalá pudiera volver el tiempo atrás.

—¿Por qué piensas todo eso? No sirve de nada. Obviamente el tiempo no lo vas a volver atrás. Si te sientes mal por mí, olvídalo. Yo estoy bien, a mi no me afecta nada eso.

—No sé que es peor.

—Albert, mira, si se te ocurre alguna solución llámame ¿vale? Me vendría muy bien tu ayuda. —le colgué.

Dejé la aplicación por esa noche. Al día siguiente volvería a mirarme tutoriales hasta encontrar una solución.

51.

—¡Ya la veo! —exclamó mi madre. —¡Mírala, mírala! ¡Qué guapa! Pero no se oye.

—Espera un momento, es que la conexión debe tener retraso.

—¡Elisa! ¡Hola! ¿Hola?

Mi padre también se acercó hasta el ordenador y saludó con la mano.

—Aquí estoy genial. Ya me he hecho un grupo de amigos en la universidad. Casi todos son más jóvenes que yo, claro, pero no creas. Me ha sorprendido ver que hay más extranjeros y gente de mi edad de lo que pensaba. —dijo Elisa.

—¿Y cómo llevas la comida picante? —preguntó mi madre. —Ya debes estar harta de tanto picante.

—No… gusta. —la conexión se cortaba constantemente.

—¿Qué? ¿Elisa?

—Me encanta, mami. Me encanta, de hecho estoy aprendiendo muchas recetas.

—Bueno, no te acostumbres mucho. A ver si te vas a quedar ahí.

—Puede ser, la verdad es que estoy muy a gusto aquí.

—No, hija, no, que estás muy lejos. Mira, si casi no podemos ni hablar. No, no, no, tienes que volver…

En fin, estuvieron un rato hablando con Elisa. Les preocupaba mucho que estuviera tan lejos y el cambio horario los llevaba locos. La conexión no era buena y eso hacía la conversación complicada. Pero Elisa se divertía haciéndole creer a mi madre que no iba a volver y mi padre se limitaba a sonreír ante la cámara como si le estuvieran haciendo una foto. Creo que es que le gustaba verse en la ventanita de la esquina de la pantalla más que seguir la interminable conversación de mi madre. De pronto mi madre dijo que se tenía que ir a su trabajo, y se despidió cortando la llamada, no le dio la opción a mi padre a seguir hablando, aunque él tampoco lo pidió.

Mi madre me pidió que le acompañara. Quería enseñarme la tienda en la que trabajaba. Por lo visto desde que tenía asistenta tenía mucho más tiempo libre. Se había dedicado a hacer manualidades, así que se hizo amiga de una mujer que tenía una tienda de regalos, ya que en su tienda había organizado un curso de *patchwork* al que mi madre había asistido. Desde entonces mi madre se había asociado con ella para trabajar en la tienda pero también

continuar haciendo cursos. Mi madre enseñaba a tejer y hacer ganchillo. Todas las prendas que tejía también las vendía en la tienda. Estaba entusiasmada y parecía otra persona. Me contó otros cursos que estaba organizando y las ideas que tenía para mejorar el negocio, como crear una especie de club de tejedoras para así fidelizar a la clientas. Me preguntó si podía ayudarle con algo de informática. Por supuesto podía hacerles una base de datos para su clientas y organizarles un *newsletter* y algo de social media para la tienda. A mi madre le encantó la idea, me dijo que lo hablaría con la Luisa, la dueña de la tienda, a ver cuanto me podían pagar. Me costaba creerlo pero parecía que mi primer trabajo como autónoma me lo había proporcionado mi madre.

Me enseñó con orgullo la tienda y me contó los planes que tenía. Pensaba remodelar algunas cosas, redecorarla, me sorprendió que estuviera tan metida en el negocio pero es que también me contó que había hablado con la Luisa para llevarlo a medias. Con la economía tal y como estaba la tienda de Luisa tampoco daba mucho dinero así que mi madre había pensado invertir parte de sus ahorros y así ser socia. Yo estaba impresionada, desconocía esa faceta de *businesswoman* de mi madre. Pero ella estaba feliz. Completamente feliz como no la había visto nunca. No sé quejaba de nada, al contrario, todo eran ideas y propuestas y qué-te-parece buscando mi opinión. Así que al final mi madre no necesitaba un antiguo amante para ser feliz, necesitaba un trabajo. Y eso había sido gracias a un detalle totalmente casual como el de buscar una asistenta. Si eso era así, tal vez yo también había acertado con mi padre a la primera, y la tele ya le había hecho suficientemente feliz. Sí, no había nada más que remover, sólo esperaba que no hubiera dejado de ir al cine con el pobre Juan.

—Oh, no te preocupes, siguen yendo al cine. Incluso ahora más, ya que yo los sábados estoy todo el día en la tienda. —me dijo mi madre.

—Menos mal. No quisiera que dejara de hacer algo que le gusta tanto. Además, como me dijiste que Juan estaba tan solo.

—Que va, no hay problema. Pero ¿sabes? Creo que tienes razón, tu padre es homosexual.

—¡¿Cómo?!

—Sí, claro que sí, si hasta tú te has dado cuenta. Pero déjalo, no sería capaz de reconocerlo jamás. Igualmente si con ir al cine le basta, pues ya está, ¿no? Y bueno, tampoco sabemos lo que hace, ni

lo sabremos, jamás lo diría, pero… déjalo.

—¿A ti no te importa?

—Claro que no. A estás alturas ya que me va importar. Hace muchísimos años ya que no hacemos el amor. Ah, por cierto. Daniel me volvió a llamar una vez más. Nos hemos visto. —dijo mi madre tras lo cuál soltó una risita falsamente tímida.

—¿Entonces?

Justo en ese momento llegó la Luisa. Me la presentó era una mujer algo más joven que mi madre pero muy cándida y dulce. Parecía que realmente hacían un buen equipo, mi madre era mucho más brusca y con más carácter pero seguro que Luisa entraba mucho mejor a las clientas.

Cuando por fin me fui no pude evitar preguntarle en voz baja que pasó con Daniel. Me había quedado con la intriga.

—Nada, pero estuvo bien verle. Creo que está más guapo ahora que cuando le conocí de joven.

Mis padres eran felices, a su manera.

52.

—Creo que no tengo ninguna otra amiga. Sólo tú.

—¿En serio? —me preguntó Carla.

—Solía tener una amiga, desde el colegio, pero corté con ella. En realidad siempre me he llevado mucho mejor con los hombres.

—Bueno, no tiene nada de malo. ¿Cortaste con tu amiga? Qué raro. Qué duro.

—Sí, no teníamos nada en común. Por eso corté. Aunque ella había sido mi única amiga de la infancia. En el colegio me defendía cuando los niños se metían conmigo. Creo que ella misma se asigno el papel de mi defensora. Tal vez pensaba que necesitaba a alguien que me defendiera no sé. Igualmente, con los niños me llevaba bastante bien y cuando se metían conmigo se la devolvía. Las niñas siempre me parecieron muy tontas así que las ignoraba directamente. No sé porque Laura pensaba que debía protegerme. Pero supongo que estaba bien. Tal vez debería llamarla y disculparme. Aunque no tenemos nada en común.

Había quedado con Carla para tomar unas cervezas el viernes por la tarde. Ahora que era autónoma y trabajaba desde casa había estado leyendo bastantes artículos sobre gestión del tiempo. Repetían a menudo que era importante crearse una agenda en la que incluyera tanto tiempo laboral como personal. Y sobre todo, si se trabajaba solo, como era mi caso, había que guardar un tiempo para sociabilizar. Eso hice. Podría haber quedado con Robert y Mario, porque Albert parecía seguir desaparecido pero sin él, sin el ARMARIO al completo, el grupo no era igual. No parecía tan divertido. Además, me apetecía más hablar con Carla. Las conversaciones con ella eran más profundas. Estaba redescubriendo la amistad con una mujer. Tal vez iba a ser capaz de hacer cosas de chicas. Quedar para tomar una cerveza era bastante de chica, pero también de chico, tal vez si tomáramos una copa de vino o un coctel en lugar de cerveza… En realidad yo estaba más acostumbrada a tomar cerveza cuando salía, por culpa de salir siempre con chicos, claro. Pero ¿cómo una bebida puede ser femenina o masculina? No tiene sentido. Sin embargo, yo tomaba cerveza mientras que Carla se tomaba un mojito, efectivamente. Era un gran modelo de feminidad para mí, pero una feminidad que me gustaba, no parecía ser tan tensa y forzada como Elisa o Laura. Me gustaba pasar el rato con ella.

—Si te sientes mal sí que deberías llamar y disculparte.

—Pero si me disculpo tal vez quiera que volvamos a ser amigas. Y yo no quiero eso, yo sólo quiero pedirle perdón por si la he herido pero no quiero ser su amiga.

—Ya. Pues es complicado.

—Mejor no hago nada.

—Es una opción. ¿Y qué pasa con Víctor? ¿Tampoco piensas hacer nada?

—Pues…

—Ethan ya hace un par de semanas que se fue.

—Sí. La verdad, para que te voy a engañar. No pienso hacer nada. Me da vergüenza ver a Víctor. No sé que decirle. Tampoco hay nada que explicar porque ya los dos sabemos lo que ha pasado y tampoco hay nada de que disculparse porque, en realidad, todo está bien. Así que no sé que decirle.

—Puedes dejar que él hable.

—No creo que el sepa que decirme tampoco. Le conozco y sé que estará igual que yo. Bueno, supongo que tarde o temprano tendremos que vernos porque en fin, tú eres de la familia y si él está contigo siempre habrá alguna boda en la que coincidamos entonces…

—No creo que hayan más bodas, la gente ya no se casa.

—Ya. Bueno, creo que llegará un momento que se nos pase la vergüenza y entonces podamos hablar.

—Yo sólo digo que erais muy buenos amigos, y sería una pena dejar pasar una amistad así.

Eso era cierto, Víctor era mi mejor amigo, lo había sido desde que le conocí en la Universidad. Pero en realidad cuando Carla dijo eso quien me vino a la mente fue Albert. Éramos buenos amigos, me gustaba mucho el tipo de amistad que teníamos ¿qué había pasado?

—Carla, ¿qué crees que es la felicidad? —le pregunté.

—¡Vaya pregunta!

—No, en serio. Tú sabes que yo empecé todo esto, empecé a cambiar cosas porque no era feliz. Pero ahora no tengo muy claro qué he hecho o por qué lo he hecho. Sólo sé que he cambiado. Ahora incluso me gusta salir con chicas, y me gusta estar sola.

—Supongo que la felicidad no es una cosa concreta. La felicidad puede ser algo distinto para cada persona. Puede ser lo que tú quieras que sea y sólo tú puedes encontrarla para ti.

—Es personal e intransferible. Sí, ya habíamos llegado a esa conclusión.

—¿Cómo te imaginas siendo feliz?

—Yo creía que era feliz antes, tal como estaba.

—Pues ¿qué es lo que ahora te hace sentir bien?

—Me siento muy bien cuando trabajo. Estoy muy orgullosa de intentar ser mi propia jefa. Y me siento muy bien hablando contigo. Pero me siento mal cuando pienso en Albert.

—¿Quién?

—Un ex compañero de trabajo. Bueno, un amigo, éramos buenos amigos.

—¿Y qué ha pasado?

—No lo sé. Pero no está bien. Dijo que estaba enamorado de mí pero no entiendo que tenga que estar mal por eso. Igualmente desde que nos conocemos yo siempre he estado con Víctor y él nunca ha tenido novia, que yo sepa. Así que está acostumbrado a estar solo.

—No sé. Creo que tendrás que hablar con él. Yo no puedo decirte que pasa por su cabeza. Tal vez no es por ti, es por otra cosa que está mal.

—Las drogas. Fuma mucho.

—Tal vez, las drogas nunca son buenas.

—¿Nunca?

—No.

—A veces sí, ¿no?

—No creo. Sólo sirven para evadirte de tus problemas y postergar una solución. Es como quedarse encallado y anestesiado, te sientes bien momentáneamente pero el problema persiste.

Hubo un momento de silencio. Yo me quedé pensando.

—Oye, ¿por qué te liaste con Víctor? No digo que Víctor no valga la pena, todo lo contrario, no podría recomendarte a nadie mejor. Lo que quiero decir es que apenas hacía una semana que habías dejado a tu marido y ya estabas con Víctor, y además ahora es tu pareja. Es como que no has tenido un descanso. Se me hace raro, porque no sé, este tiempo sola a mí me está sentando tan bien.

—Bueno, yo no soy como tú. No puedo estar sola. Me aterroriza la simple idea. Por eso me costó tantísimo dejar a mi marido y por eso en seguida empecé con Víctor. No quiero decir que me hubiera liado con el primero que se me hubiera cruzado por el camino. Bueno, tal vez sí, pero no hubiera sido nada serio. Sólo quiero decir que… no sé, Víctor me gustó y simplemente no dejé pasar la oportunidad. Salió así y… Soy débil, Mónica. Y Víctor es igual, él empalmó casi más que yo, él tampoco sabe estar solo. Nosotros no somos como tú.

Yo sí sé estar sola, es más me gusta, incluso demasiado. A veces pienso que si no voy con cuidado me volveré una ermitaña y

acabaré mis días rodeada de gatos y charlando conmigo misma (y lo peor, es que tampoco me disgusta la idea). Tras la frase de Carla, una vez más, Albert vino a mi cabeza. No me lo podía quietar de encima y no sabía por qué. Tal vez era sólo lástima lo que sentía por él, o simplemente, me sentía mal por no poder ayudar a un amigo. Por no poderle hacer feliz como había hecho a los demás, cumpliendo así mi plan maestro. Está vez pensé que Albert sí sabía estar solo. Era de hecho un lobo solitario. Le conocía desde hacía muchos años y nunca había tenido novia. Además siempre había vivido sólo, nada de compartir, le gustaba estar solo. De hecho sentí un cierto orgullo al pensarlo, los dos éramos personas que no tenían miedo a estar solas. Eso nos hacía fuertes. Igual Carla tenía razón y no era por mí que él estaba mal, era otra cosa: su carrera profesional, alguna otra mujer o su familia. ¿Quién sabe? Tendría que preguntarle y recordarle que él es fuerte. Que no necesita a nadie y que no necesita drogas, claro.

53.

Cuando dejé a Carla me fui directa a casa de Albert. Ni siquiera le llamé para avisar que iba. Sin embargo, no abrió la puerta. Pensé que debería haberle llamado, seguramente había salido, era viernes noche. Pero oí ruido dentro, insistí. Entonces oí como bajaba el volumen de la televisión y se quedaba en silencio. Insistí más y le llamé. Le pedí que por favor me abriera la puerta. Entonces oí más ruido, lo oí caminar de un lado a otro y finalmente abrió la puerta. La casa apestaba y él tenía muy mal aspecto. Estaba en pijama, el pelo sucio y olía mal. Entré y me senté en el sofá, él me sirvió una cerveza, por lo visto era lo único que tenía y de sobras. También tenía una gran bolsa de marihuana y el cenicero lleno a rebosar de colillas, tanto de cigarros como de porros. Me levanté a abrir la ventana para ventilar, no sólo por el humo que estaba ahí estancado, también por el olor a rancio que hacía. Él no estaba nada cómodo, no hacía más que disculparse por todo y se quedó de pie. No se quería sentar a mi lado. Estaba avergonzado.

—He estado hablando con mi prima Carla y me he dado cuenta de ciertas cosas. Primero de todo me he dado cuenta de que tú y yo somos buenos amigos. De que tú siempre me has hecho sentir bien, siempre me has hecho reír y me has apoyado incondicionalmente en todo, aunque fuera una locura, aun cuando ni Víctor me apoyaba. Simplemente tú nunca me has juzgado, has confiado en mí y me has dado tu apoyo ciegamente.

—Bueno. Sí, claro.

—Siéntate por favor. Es muy raro decirte todo esto estando tú de pie. Ya me cuesta bastante decir estas cosas.

Por fin se sentó en el sofá, pero en el filo, como preparado para levantarse en cualquier momento y manteniendo cierta distancia conmigo. Aún así pude olerle. Apestaba. Era bastante desagradable.

—Apestas. —le dije de un modo reflejo.

—Ya, perdona. —se levantó de golpe. —Es que no me he duchado. Te importa si voy a ducharme y luego hablamos.

—Sí, casi mejor. —esperaba que al menos así se sintiera más cómodo.

Se fue a la ducha no sin antes ofrecerme más cerveza y cereales (era lo único que tenía para comer) también me dijo que jugara a los juegos que quisiera o viera la tele. Que me sintiera como en casa. Eso hice. Ordené las cosas sobre la mesa de forma simétrica.

Incluso la marihuana. Y empecé a cambiar cosas de sitio juntándolas por colores. Así, el tiempo que él tardó en la ducharse, se me pasó volando. Cuando volvió tenía muchísimo mejor aspecto. Incluso se había afeitado y puesto alguna crema. Se notaba que se había esmerado por tener buen aspecto, aunque seguía teniendo esas manchas rojas en la cara. Cuando entró en el salón se sorprendió al ver que había cambiado cosas de sitio.

—¿Qué has hecho?

—Sentirme como en casa.

Él se rió a carcajada una vez más, como solía hacer. Se sentó a mi lado. Está vez ya más cómodo cogió una cerveza y se dejó caer.

—Como te iba diciendo… —dije.

—¿Quieres que pida una pizza? —me interrumpió.

—Bueno, tal vez luego. Pero…

—¿No tienes hambre?

—Sí, pero puedo esperar.

—Mejor vamos llamando ya, que luego tarda en llegar.

—Albert, escucha lo que te quiero decir. Es importante, al menos para mí.

—Perdona. —se disculpó.

Y entonces me di cuenta. No es que no le importara lo que le quería decir, es que temía lo que le iba a decir. Todo eso le había pillado desprevenido, desde luego no esperaba mi visita.

—Albert, tú eres fuerte.

—Ya. —dijo con un tono de decepción.

—Tú eres un solitario porque no necesitas a nadie. No puedes estar mal, porque tú no necesitas de nadie. No eres de ese tipo de personas que no puede estar sola.

—Vale. Lo que tú digas. —su decepción se hacia más evidente, parecía no querer escucharme.

—Yo no te quiero perder como amigo. No me quiero perder una amistad como la tuya.

—Claro, no hay problema. Aquí estoy para lo que tú quieras. —el tono seguía igual y no me miraba.

Saqué mi móvil y se lo acerqué.

—Mira. —le enseñé la pantalla.

—¿Noventa y seis por ciento? ¿Qué es esto? —preguntó él.

—Es nuestro resultado. Tú y yo, en mi fórmula.

—¿Noventa y seis por ciento? —volvió a preguntar.

—Sí. Eres mi pareja ideal. —le dije.

—¿Pero no dices que estás enamorada de Ethan?

—Sí, pero no nos enamoramos de las personas que son ideales

para nosotros, desgraciadamente.

—Entonces ¿por qué me enseñas esto?

—Porque yo misma he creado esta fórmula y creo totalmente en su eficacia así que no puedo ignorar este resultado.

—¿Entonces…?

—Entonces, si no te importa, me vendré cada domingo a tu casa y algún otro día entre semana. ¿Te parece bien?

—Sí.

—¡Perfecto! ¿Por qué no vamos a cenar fuera en vez de pedir una pizza?

—Vale. —dijo contento.

Cogimos nuestras chaquetas y cosas y salimos. Teníamos una cita, al menos así me lo tomé yo. Una primera cita, por eso era mejor salir a cenar fuera. Él parecía también tomárselo así porque parecía contento, aunque no estaba del todo segura sí lo había pillado. Tal vez no había sido lo suficientemente clara.

—Por cierto. —le dije girándome hacía él cuando salíamos por la puerta.

Le besé. Volvimos a entrar, ya le había quedado claro. Sabía que estaba drogado, pero también sabía que por la mañana ya no lo estaría. Después salimos a cenar y tuvimos nuestra cita. Pasé la noche con él. Él domingo volví a ir a su casa y desde entonces todos los domingos y algún día más entre semana.

54.

Por fin Elisa tenía fecha para su regreso, lo que quería decir que se me acababa el chollo. Tenía que volver a cambiar las cosas al gusto de Elisa, empezar a contener mis manías y vaciar la cama de libros, ordenadores, auriculares, etc. No sólo eso, ahora que ella volvía seguramente también querría que me buscara otro sitio donde vivir. Supongo que podría quedarme con ella hasta que lo encontrara pero no podía acabar con su paciencia. Era mejor empezar a barajar opciones. No tenía mucho dinero. Mi madre y Luisa me pagaban algo, no era gran cosa, prácticamente vivía de mis ahorros. Pero nadie me alquilaría un piso sin una nómina. Siempre podría alquilar una habitación en un piso compartido, pero eso me aterraba, a saber con quién me tocaría vivir y más ahora que ya estaba tan acostumbrada a estar a mis anchas. Albert ya me había dicho que podía vivir con él, una vez más, pero no me parecía buena idea. Eso nos convertiría en pareja y no me veía así con él. Era mi amigo, con el que también tenía sexo, algo así como mi amante/amigo. Amigo con derechos, follamigo. Pero no quería que pasara de eso. Otra opción era irme a vivir a Londres con Ethan, aunque claro, no viviría con él. Seguro que él me apoyaría y ayudaría económicamente pero ahí sí me tocaría vivir en un piso compartido. Además, sabiendo que mi relación con Ethan estaba totalmente estancada y que la relación con Albert era buena y me gustaba, pensé que simplemente echaría de menos a Albert. También a Carla, e incluso a Elisa y a mis padres, ahora me caían mejor de lo que me habían caído toda mi vida. Carla también me había ofrecido vivir con ella, pero por pura amabilidad, porque, de entrada, en su piso (el que fuera mi piso) no había ninguna habitación extra para mí. Y por encima de todo ¡vivir con Víctor! Ni siquiera me había atrevido a hablar con él como para vivir con él. No, imposible. Mis padres eran la opción más probable, pero no me apetecía nada. Aunque ahora me gustaban más sabía que no podría vivir con ellos. Que volverían a convertirse en los ogros que solían ser para mí. No consentirían ninguna de mis manías y yo tendría que pasar por todas las suyas. De todas maneras eran la mejor opción, podría quedarme con ellos hasta que encontrara algún sitio para mí y mientras podría ir pasando algunas noches con Albert otras con Elisa, para no agobiarme tanto. Pero viviendo así, saltando de un lado a otro, me iba a ser difícil concentrarme en el

trabajo. Iba a necesitar encontrar algún lugar donde trabajar. Tal vez alquilar una oficina o un local era más barato. Eso sería lo mejor. Hablé con mis padres y por supuesto me dijeron que podía quedarme con ellos todo el tiempo que fuera necesario.

Elisa llegó como un torbellino. La fuimos a buscar mis padres y yo al aeropuerto. Estaba morena, sonriente y cambiada. Seguía teniendo su aspecto sofisticado pero como mucho más relajada. Ya no había esa tensión y estiramiento tan habituales en ella. Igualmente su look era más distendido, yo no entiendo mucho de moda pero diría que mucho más hippie. Durante todo el tiempo que estuvo en Méjico no se había cortado el pelo. Lo tenía largísimo, suelto y algo despeinado, creo que formaba parte de su nuevo look. Estaba contenta, no paraba de hablar, de explicar anécdotas y de contarnos cosas sobre gente que había conocido allí. Mis padres estaban contentos de que hubiera vuelto, y creo que yo también lo estaba. A pesar de el fastidio que me representaba romper con mi rutina, estaba contenta de verla, y de verla tan contenta.

Dejamos a mis padres y arrastramos las varias maletas que Elisa traía hasta su casa. El día antes yo había colocados las cosas otra vez en su sitio. Más o menos, porque honestamente, había cosas que no recordaba bien como estaban originariamente. Elisa entró y se sentó en el sofá, estaba cansada del viaje y con *jet lag*. Yo observé sus maletas, que apenas había soltado en la entrada. Eran dos maletas grandes y una pequeña. Traía más maletas que las que se llevó. Yo tenía razón, había hecho muchas compras allí.

—En realidad no tanto. —se defendió Elisa. —Son cosas que he hecho yo. Diseñado. Traigo los *samplers*. Mónica, he decidido que voy a ser diseñadora, me voy a dedicar a diseñar.

—Pero ¿y el trabajo? —le pregunté yo.

—Ah, a tomar por culo. Ya les escribí diciendo que renunciaba hace un mes.

—Oh. O sea que va a ser autónoma.

—Sí. No es genial, las dos vamos a ser autónomas.

—Yo te puedo ayudar con la informática y el marketing.

—¿Sí? Eso sería genial. Tendré que encontrar un taller que me haga las prendas y bueno, usar mis dotes de vendedora para conseguir tiendas que me vendan mis productos.

—Puedes poner una tienda online. Hoy en día se vende mucha ropa online, es muy práctico, yo siempre compro online.

—¡Oh, claro! ¿Y en qué estás trabajando?

—Pues en mi fórmula.

—¿Lo del novio ideal? ¿Todavía con eso?

—Sí, es que parece que funciona. Estoy creando una aplicación de citas basándome en la fórmula.

—Eso está genial.

—Ya sé que contigo no funcionó pero le ha funcionado a otra mucha gente.

—Sí que funcionó. Pero es que yo soy tonta, Mónica.

—No digas eso.

—Bueno, era tonta. Ahora intentó enmendar mis errores. ¿Te acuerdas de David, mi novio ideal según tu fórmula?

—Sí, claro.

—Pues he mantenido el contacto con él. Durante estos meses hemos ido hablando y, sí, es muy majo. Hemos quedado en vernos ahora cuando volvamos, ya tengo ganas. Aunque no me quiero hacer demasiadas ilusiones.

—¿Por qué no?

—Quiero decir, que no quiero crear expectativas como si tener novio fuera lo más importante en mi vida.

—Bien hecho. Sabes, yo también he aprendido eso durante este tiempo. Que estar enamorado o tener pareja no es lo que te hace feliz.

—No. Mira, yo ahora no tengo novio, pero y qué. Nunca he sido tan feliz. ¿No es genial? Las dos vamos a ser autónomas, empresarias. Vamos a perseguir nuestros sueños.

—Sí, es genial. Pero… bueno, yo ahora voy a tener que encontrar algún sitio para trabajar.

—¿Por qué? No trabajas bien aquí.

—Sí, aquí sí. Pero claro, imaginé que querrías que me fuera, y más ahora que vas a necesitar tu propio espacio para trabajar.

—Pero tú no me molestas, tú sólo necesitas una mesa y un ordenador. En todo caso te molestaré yo a ti.

—Entonces, ¿me puedo quedar?

—¡Claro! Es más, quiero que te quedes, quiero que me ayudes.

—Te ayudaré, claro. Eso dalo por descontado.

—Quiero que me ayudes en algo más.

—¿Qué?

—Mónica, estoy embarazada. Está vez de verdad. Estoy ya de tres meses.

—¡¿Cómo?! ¿En serio?

—Sí. —dijo sonriente.

—¿Quién es el padre?

—Hmm, uno que conocí. Tampoco estoy muy segura. Me he descantillado bastante allí. Pero da igual, quiero ser madre y me da

igual que no haya padre. Pero creo que voy a necesitar ayuda. Sé que es mucho pedir, y más para ti, que no eres muy de niños. Entenderé que digas que no, pero me gustaría mucho que vivieras aquí conmigo y me ayudarás a criar al niño.

—O niña. Pues me parece bien.

Su tiempo sabático había sido muy productivo para mi hermana. Había cambiado totalmente de carrera, había cambiado su aspecto, se había convertido en madre, madre soltera, y, sobre todo, había cambiado de actitud ante la vida. Tenía algo de radiante y positivo y yo quería estar cerca de eso, de esa energía y formar parte de ella.

55.

¡El Frankenstein! Me había olvidado por completo de él. Era el primer ordenador que nunca había tenido. O, más bien, algo de lo que una vez fue mi primer ordenador. Por tal de actualizarlo y rescatarlo de la muerte, le había cambiado casi todas las piezas y hardware en varias ocasiones. Por eso Víctor y yo lo llamábamos el Frankenstein. Lo había conservado con gran apego toda mi vida. Por más que hubiera tenido otros muchos ordenadores, mucho mejores, nunca había querido deshacerme del Frankenstein. Sin embargo, cuando me llevé las cosas de casa ayudada por Albert, dejé el Frankenstein, porque era muy pesado. Mi intención era recuperarlo más tarde y con más calma, pero después se me había olvidado por completo. Lo cierto es que ya no tenía espacio en mi vida para el Frankenstein, mucho menos en casa de Elisa.

"¿Qué quieres que haga con el Frankenstein? ¿Quieres que te lo lleve a casa de Elisa?"

Eso fue todo lo que Víctor decía en el mensaje que me envió al móvil. Por fin había encontrado una excusa para hablar conmigo. Yo también pensaba que era ya momento de que habláramos. Habían pasado ocho meses desde que cortamos sin cortar. Las cosas ya estaban tan frías que no parecía que hubiera nada que temer de nuestro encuentro. Lo único temible era el no tener nada de que hablar. Por suerte, teníamos la excusa del Frankenstein.

Le dije a Víctor que pasaría a buscarlo pero si me podía ayudar a llevarlo. Le dije que me esperara en la calle con el ordenador. Le pedí a Elisa que me ayudara con el coche para cargar el Frankenstein. A la hora convenida pasamos a buscar a Víctor, apenas nos saludamos y cargamos el ordenador en el maletero. Pero le pedí que nos acompañara. Él parecía no saber muy bien porque pero también resultaba raro que, ya que por fin nos veíamos, todo el encuentro terminara nada más que en meter un ordenador en un maletero. Traer a Elisa conmigo era conveniente, no sólo por la parte logística de tener algún medio de transporte, si no también porque me servía de amortiguador. Daba conversación y quitaba tensión. Ella hablaba, así aunque Víctor y yo no dijéramos nada, no se hacía tan raro. Le contó sus aventuras en Méjico y le preguntó por él y por Carla.

—Pues nos estamos mudando. Hemos encontrado otro piso y bueno… —se dirigió a mí. —Es por eso que te preguntaba que

hacer con el Frankenstein. A mí no me importa guardártelo el tiempo que sea necesario pero…

—No te preocupes. Está bien así. —dije yo. —No lo voy a guardar más. —me giré hacia el asiento de atrás para mirar a Víctor. —Creo que ha llegado el momento de deshacerme de él.

—¿En serio? Pero si es tu ordenador de toda la vida.

—Por eso. Es inservible ya, lo conservo por pura nostalgia y… eso.

Llegamos al centro de reciclaje a las afueras. Ya me había informado y allí era donde separaban las piezas de ordenadores y otros aparatos eléctricos para su reciclaje. Descargamos el ordenador del maletero. Elisa se quedó esperando en el coche, mirando su móvil. Víctor y yo cargamos el ordenador hasta la entrada. Yo llevaba la torre y él la pantalla. Allí hablamos con el personal, que recogió el ordenador. Pedí si podíamos ver lo que hacían con él. El hombre muy amable nos dijo que sí, que de hecho el centro estaba abierto al público para que todo el mundo pudiera ver que realmente reciclaban todo lo posible. Así que seguimos al hombre, nos quedamos mirando como abrían la torre y sacaban todas las piezas. Yo observaba fijamente todo el proceso, en un momento dado Víctor se giró a mirarme y, de pronto, me cogió la mano. Creo que pensó que estaba llorando, pero no lo estaba, creo que no, era sólo un ordenador, eran sólo trozos de plástico, cables y metales. Nada más. Pero sí era mi liberación. De mí misma. Pensé en lo apegada que solía estar a ese ordenador y lo poco que me estaba importando desguazarlo en ese momento. Realmente había cambiado mucho, entendía el mundo mejor. Antes ya lo entendía, pero sólo la parte física. Ahora entendía a las personas y su comportamiento, entendía que las cosas importantes eran otras y claro, que dependía de cada cual. Pensé que por fin entendía la poesía mucho más allá del simple hecho de hacer rimas.

Miré a Víctor, apreté su mano y le dije:

—Te he echado de menos.

—Yo también. —contestó él.

Volvimos a observar como despedazaban al Frankenstein.

—¿Sabes? —le dije. —Estoy con Albert.

—Lo sabía.

—¿Cómo podías saberlo?

—Sabía que te gustaba.

—Ni siquiera yo sabía que me gustaba, ¿cómo podías saberlo tú?

—Intuición, supongo.

—¿Intuición?

Víctor se encogió de hombros.

Volvimos al coche con Elisa y volvimos a la ciudad. Víctor y yo ya estábamos mucho más relajados y teníamos muchísimas cosas de que hablar. Elisa nos dejó y nosotros nos fuimos a un bar a tomar algo. Me contó que habían decidido cambiar de piso porque se le seguía haciendo raro vivir con Carla en el mismo lugar que había vivido conmigo. Pero quedó claro que estaba muy feliz con Carla y que estábamos completamente en paces. Podríamos haber acabado la relación mejor pero después de todo no la habíamos acabado tan mal. Nos habíamos ahorrado bastante el drama. No dejaba de fascinarme que Víctor tuviera esa super intuición. Sabía que yo ya no le quería, que yo no estaba bien, y sabía que Albert me gustaba incluso mucho antes de que yo fuera capaz de darme cuenta. ¿Me conocía mejor que yo misma? Eso le convertía en una valiosísima persona en mi vida. Alguien a quien tener siempre cerca. También le hablé de Ethan y como nuestra relación estaba en un callejón sin salida. Él me dijo que tal vez eso era todo lo que me gustaba de él, todo lo diferente que era a mí y por lo tanto lo incompatible. Y Albert, en gran parte era igual que Víctor, sólo que tenía ese punto más canalla que hacía que juzgara menos. Que sus filtros fueran más relajados. Pero lo mejor fue contarle todos mis proyectos en marcha. Especialmente la aplicación, estaba apunto de ponerla en marcha. Le conté todos los buenos resultados que había tenido. A cuenta de eso le hablé de Robert y Mario, pero también de mis padres y de Elisa, de cómo de alguna manera todo el mundo era más feliz ahora. Tal vez mi plan no estaba tan mal después de todo.

—Podrías hacer una fórmula para la felicidad. Incluso una app también. —dijo Víctor.

—No creo que haya una fórmula para la felicidad. ¿Sabes? Deberías hablar con Carla. Ella te lo explicará. La felicidad es personal e intransferible. —le dije.

Víctor se rió a carcajada.

—¿Entonces hacer feliz a los demás no te ha servido a ti para ser feliz?

—Oh, claro que sí. No sería tan feliz como lo soy si los demás no lo fueran.

56.

Ya ha pasado un año desde que desguazamos el Frankenstein. Elisa está apunto de lanzar su primera colección. Tuvo que retrasarla un poco debido al nacimiento de mi sobrino, por supuesto, estuvo bastante ocupada. Pero aún así no deja de trabajar e ir de un sitio a otro con su bebé a cuestas. A mí me gusta mi sobrino, aunque sólo sea un bebé que come y llora, ahora es como un animalito, pero estoy deseando que empiece a hablar, será mucho más divertido. Gracias a él empiezan a gustarme los niños, pero no tanto como para tener mis propios hijos. Es más, estuve en el parto con Elisa y verla gritar de dolor y arrepentirse de su embarazo, me reafirmó completamente en mi decisión de no tener hijos.

En general Elisa y yo no ganamos mucho dinero pero como compartimos gastos y mis padres ayudan un poco con la hipoteca, que ya prácticamente está pagada, nos las arreglamos bastante bien. David y ella son grandes amigos. A menudo viene a verla a casa, no tengo muy claro que tipo de relación tienen, pero David parece aceptar muy bien que Elisa sea madre. Hay días que yo me quedó cuidando del niño y ella pasa la noche fuera, otras veces soy yo quien pasa la noche fuera. Especialmente los sábados por la noche y alguno día entre semana, siempre rotativo con respecto al día de la semana anterior, que paso la noche con Albert, que por cierto, a penas tardó unas semanas en darse cuenta de que mi día casual entre semana no era nada casual. Que cumplía una regla estricta. Nos las arreglamos bastante bien y he descubierto que me gusta tener a Elisa como compañera de trabajo, es tremendamente eficiente, a menudo me motiva, y cumple perfectamente con el requisito de socializar en el trabajo para no correr el peligro de volverme una ermitaña.

Mi aplicación está teniendo mucho éxito, la llamé IDEAL “el lugar donde encontrar a alguien ideal”. Ya que en inglés ideal se traduce igual, la pude lanzar en el mercado anglosajón con la ayuda de Ethan. Al principio tardó un poco en arrancar, pues no fue efectiva hasta que no hubo gran cantidad de gente registrada. Pero después subió como la espuma. Las citas a ciegas atraían mucho a la gente y, sin embargo, alejaba a aquellos que sólo buscan sexo fácil.

Sigo hablando a menudo con Ethan y seguimos teniendo negocios y proyectos entre manos. Hacemos un buen equipo, entre

los dos podemos cubrir el mercado anglosajón e hispano. Sin embargo, le tuve que explicar mi arreglo con Albert y le pareció bien. De hecho él se ha casado hace poco. Finalmente conoció a una cristiana más que dispuesta a casarse. Me alegro por él, porque quiero que sea feliz. Le sigo queriendo y él me quiero a mí, no deja de decirme "I love you" siempre que nos despedimos. Pero está bien, no hay nada que hacer con nuestros sentimientos más que sentirlos. Está bien saber que quieres a alguien sin más, sin esperar nada de esa persona. Aún así los dos sabemos que tenemos un apoyo incondicional para lo que sea.

Mi relación con Albert es como era de esperar, divertida y sin compromisos. A menudo también quedamos el ARMARIO al completo. A veces Robert se trae a su novia. Mario no tiene novia formal ni ganas de compromiso. Pero se dedica a tener muchas citas a través de mi app y otras apps. A veces también él se trae alguna de sus citas. ¡Nunca antes he tenido tanta vida social!

A Víctor ahora lo veo a menudo. Por fin podemos quedar los tres, con Carla también. Carla suele venir a visitarnos a casa de Elisa para vernos a las dos y para ver a mi sobrino. Igualmente, también nos vimos todos en Navidades. Víctor ahora es como un miembro de mi familia. Y me gusta, me gusta pensar que es algo así como un primo, alguien que pertenece a mi familia y por tanto siempre estará en mi círculo social.

Soy feliz. Finalmente soy feliz y no cambiaría mi vida por nada, pero claro, eso mismo pensaba el día que en el metro me di cuenta que apretaba las mandíbulas y comencé mi plan para eliminar el 20% de infelicidad que la gente a mi alrededor estaba creando en mi vida. Sin embargo, calculo que he conseguido aumentar al menos un 63% en cuanto a la gente de mi entorno. Y un 27% gracias a mi cambio de actitud. Mi cambio interno y personal. Sé que cualquier día puede que me vuelva a dar cuenta que no soy feliz del todo, y entonces pondré en marcha otro plan. Total, no tengo ninguna otra cosa que hacer en esta vida más que ser feliz.

Para aquellos que también busquéis la felicidad sólo tengo un consejo: no tengáis miedo al cambio. Para los que busquéis el amor os recomiendo mi aplicación IDEAL, pero no os confundáis, el amor no es la felicidad.